

“AÑO DEL DIÁLOGO Y LA RECONCILIACIÓN NACIONAL”

INSTITUTO SUPERIOR PEDAGÓGICA PRIVADO “SAN JOSÉ”.



TESIS:

“Influencia de la misericordia de Dios en la formación cristiana de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete”.

PRESENTADO POR:

Ronald Ramos Reyes.

PARA OPTAR EL TÍTULO DE:

PROFESOR DE DE EDUCACIÓN RELIGIOSA

CAÑETE, PERÚ

2018

“AÑO DEL DIÁLOGO Y LA RECONCILIACIÓN NACIONAL”

INSTITUTO SUPERIOR PEDAGÓGICA PRIVADO “SAN JOSÉ”.



TESIS:

“Influencia de la misericordia de Dios en la formación cristiana de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete”.

PRESENTADO POR:

Ronald Ramos Reyes.

PARA OPTAR EL TÍTULO DE:

PROFESOR DE LA CARRERA DE EDUCACIÓN SECUNDARIA EN LA ESPECIALIDAD DE
EDUCACIÓN RELIGIOSA

CAÑETE, PERÚ

2018

Dedicatoria.

Dedico a Dios mi trabajo y a la Santísima Virgen María, a mis padres, que siempre me apoyan y sobre todo en los momentos difíciles.

Ronald Alexander

Reconocimiento

Al seminario San José, a los formadores de modo particular al Pbro. Arnaldo Alvarado por su apoyo en el asesoramiento de esta investigación. Además, al profesor Víctor Quispe Faustino, por su apoyo también en la tesis.

Ronald Alexander

CONTENIDO

PRESENTADO POR:	1
PRESENTADO POR:	2
Introducción	1
CAPITULO I.....	5
PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.	5
1.1 Planteamiento del problema, delimitación y formulación del problema.....	5
1.2 Formulación del problema.....	8
1.2.1 Problema general:	8
1.2 Justificación e importancia del estudio.....	8
1.3 Objetivos de la investigación.....	9
1.3.1 Objetivo general:.....	9
1.3.2 Objetivos específicos:	9
1.4 Limitaciones de la investigación.	10
Capitulo II:	11
Marco teórico.	11
2.1 Antecedentes/estado de la cuestión.	11
Antecedentes internacionales.....	11
2.2 Bases Teóricas y Científicas que sustentan el estudio:	23
2.2.1 Carta Encíclica “Dives in misericordia”, del Sumo Pontífice Juan Pablo II sobre la misericordia divina.....	23
2.2.1.1 Quien me ve a mí, ve al Padre. (Jn 14, 9).	23
2.2.1.2 Mensaje mesiánico.....	24
2.2.1.3 La Parábola del Hijo Pródigo.....	25

2.2.1.4 El Misterio Pascual	27
2.2.1.5 La Madre de la Misericordia.....	31
2.2.1.6 La Misericordia de Dios en la misión de la iglesia.....	34
2.2.1.8 La Iglesia recurre a la misericordia divina.....	38
2.2.2 Carta Encíclica “Deus caritas est” del Sumo Pontífice Benedicto XVI, a los obispos a los presbíteros y diáconos a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre el amor cristiano	42
2.2.2.1 Introducción.....	42
2.2.2.2 Primera parte: la unidad del amor en la creación y en la historia de la salvación.	43
2.2.2.3 Segunda parte: caritas. El ejercicio del amor por parte de la iglesia como «comunidad de amor».....	46
2.2.3 Exhortación Apostólica post-sinodal “Reconciliatio et paenitentia” de Juan Pablo II, al episcopado al clero y a los fieles sobre la reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia hoy.....	51
2.2.3.1. Proemio: origen y significado del documento	51
2.2.3.2 ¿Por qué la Iglesia propone de nuevo este tema, y esta invitación?	51
2.2.3.3 Un mundo en pedazos.....	52
2.2.3.4 Primera parte: conversión y reconciliación tarea y empeño de la Iglesia.....	53
2.2.5 Carta del Papa Francisco al concluir el año de la misericordia llamada: “Misericordia et Misera”.....	60
2.2.5.1 Desarrollo.....	60
2.2.4 Scriptura theologica. Año 2012.....	65
2.2.4.1 Evangelizar, misión esencial de la Iglesia.....	65
2.2.4.2 ¿Por qué es hoy necesaria una nueva evangelización?	67
2.2.4.3 Una nueva evangelización exige una verdadera renovación de la iglesia.....	67

2.2.6 CEC: Catecismo de la Iglesia Católica elaborado por SSP. Juan Pablo II El 11 de octubre de 1992.	68
2.2.6.1 Primera parte: La profesión de Fe.....	68
2.2.6.2 Dios al encuentro del Hombre.	69
2.2.6.3 Dios revela su designio amoroso.	69
2.2.6.4 Etapas de la revelación.	70
2.2.6.5 La alianza con Noé.	70
2.2.6.6 Dios elige a Abraham.	70
2.2.6.7 Dios forma a su pueblo Israel.	70
2.2.6.8 Cristo Jesús, mediador y plenitud de toda la revelación.....	71
2.2.6.9 La transmisión de la revelación divina.	71
2.2.6.10 La sagrada escritura.	72
2.2.6.11 Primera parte: la profesión de la fe.....	73
2.2.6.12 María: «Dichosa la que ha creído»	73
2.2.6.13 El hombre.....	74
2.2.6.15 A imagen de Dios".....	74
2.2.6.16 El hombre en el paraíso	74
2.2.6.17 La caída.....	75
2.2.6.18 Consecuencias del pecado de Adán para la humanidad.	75
2.2.6.19 La Buena Nueva: Dios ha enviado a su Hijo.....	76
2.2.6.20 Toda la vida de Cristo es misterio	76

2.2.6.21	Creo en el Espíritu Santo.	76
2.2.6.22	Pentecostés.	77
2.2.6.23	la Iglesia es una, santa, católica y apostólica.	77
2.2.6.11	La celebración del misterio cristiano.	77
2.2.6.12	Tercera parte: la vida en Cristo.	82
2.2.6.13	Tercera parte: La oración cristiana.	96
2.3	Definición de términos básicos.	106
2.4	Supuestos implícitos.	110
2.5	Sistemas de Hipótesis.	110
2.6	Variables:	111
2.6.1	Variable independiente:	111
2.6.1.1	Definición operacional:	111
2.6.2	Variable Dependiente:	112
2.6.2.1	Definición operacional:	112
III.	Metodología.	116
3.1	Nivel y tipo de investigación.	116
3.2	Diseño de Investigación.	117
3.3	Población y muestra de estudio.	118
3.4	Métodos, técnicas e instrumentos de Investigación.	119
3.5	Procedimientos de recolección de datos.	120
3.6	Diseño de organización, procesamiento y análisis de datos.	120
IV.	Análisis e interpretación de Datos.	123
4.1.	Introducción.	123
4.2.	Presentación de cuadros y gráficos.	123

4.3 Conclusiones.....	152
4.4 Recomendaciones.	154
III. Aspectos complementarios.....	155
Bibliografía.	155
Anexos.....	157

INTRODUCCIÓN

La misericordia de Dios, que es un atributo de Él, es necesario para el hombre. Necesario porque el hombre salió de las manos de Dios y por la desobediencia de nuestros primeros padres trajo consigo consecuencias muy graves es a partir de ahí que el hombre siente en su interior una necesidad de Dios, de su cercanía y protección, implora a Dios misericordia y Él, que es rico en misericordia brinda al hombre este Don de su amor. Para que el hombre experimente el perdón y de esta manera pueda perdonar su prójimo ya que como recibió perdón esta llamado también a dar perdón, a perdonar. Hoy en día en el cristianismo hay déficit de formación, de catequesis sacramental, en especial de la confesión. Por todo ello me planteo la siguiente pregunta: ¿En qué medida la misericordia de Dios afecta en la formación cristiana de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete?, por tanto, es también importante la formación a los fieles, para un conocimiento de Dios y de su misericordia. Además, un conocimiento más profundo de la doctrina cristiana, ya que hoy en día vemos muchas personas que no están formadas religiosamente y caen siempre en superstición o se van a adorar a otros dioses como el dinero, la tecnología, etc. Por eso me planteo la siguiente interrogante: ¿Conocer los efectos de la misericordia de Dios en la formación cristiana de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete?

El presente trabajo de investigación titulado “Influencia de la misericordia de Dios en la formación cristiana de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete”, tiene como fin mostrar el amor misericordioso de Dios por los hombres. El hombre tiene expectativa y aspiraciones, de todos los tiempos más aún todavía en estas épocas actuales, en realidad son muestras de la constante aspiración del hombre por su realización plena, en camino al encuentro con Aquel que

es su Creador y su fin Último, es un camino de lucha por parte del hombre, ya que todavía tiene la inclinación al pecado es decir la concupiscencia.

Con estas expresiones se puede afirmar que el hombre tiene el pecado original y el pecado personal que él mismo lo comete, lo realiza con total libertad. Este hombre tiene deseos profundos no sólo de superar estas dificultades, sino también deseos de reconciliación con Dios, con la Iglesia, con los demás y consigo mismo. Dicha reconciliación será posible, sólo si el hombre es consciente de su situación que atraviesa y de la necesidad que tiene de conversión. Pues en esta tesis se tratará de ello y el camino por donde tendrá que recorrer el hombre.

Este trabajo no intenta agotar todo el tema sobre la misericordia, sino proponerlo al ámbito local, parroquial. Además, me ha iluminado tratar este tema porque hoy en día el sacramento de la misericordia está pasando por una crisis, olvidado por algunos pocos, valorado por otros. Además, un profundo estudio en estos temas ayudará a un mejor trabajo y servicio pastoral, y para una enseñanza de la misma a los alumnos.

Es interesante saber que el sacerdote tiene el poder para perdonar los pecados, este poder no es en virtud de sus propias fuerzas, sino que es un don de Dios, una gracia que Dios da a sus ministros para manifestar su perdón en todos los tiempos, hasta que él vuelva, sólo el sacerdote tiene esta alta dignidad que lo tiene que realizar como un servicio, servicio que debe ser eclesial, es decir para toda la Iglesia.

Con referido a la formación cristiana es bueno conocer la doctrina que enseña la Iglesia, para tener un conocimiento más profundo de la misma. El libro más recomendado para este problema es el Catecismo de la Iglesia Católica, que está dividido en IV partes: **La profesión de fe:** creemos, es decir, una fe que no es individual sino eclesial, pues todos tenemos una misma fe que

se expresa de diferentes maneras. Luego está la **celebración del misterio cristiano**: que es la celebración de lo que creemos, pues en la liturgia, la Iglesia celebra principalmente el misterio pascual por el que Cristo realizó la obra de nuestra salvación. En la tercera está la **vida en Cristo**: es decir la transformación del cristiano en Cristo por medio de la gracia. San león magno citado por el Catecismo dice: cristiano, reconoce tu dignidad. Puesto que ahora participas de la naturaleza divina, no degeneres volviendo a la bajeza de tu vida pasada. Recuerda a qué Cabeza perteneces y de qué Cuerpo eres miembro. Acuérdate de que has sido arrancado del poder de las tinieblas para ser trasladado a la luz del Reino de Dios (p. 580). Y por último está **la oración cristiana**: es decir este misterio exige que los fieles crean en Él, lo celebren y vivan de él en una relación viviente y personal con Dios vivo y verdadero. Esta relación es la oración, porque hay un dialogo interpersonal entre el amado y en amante.

Primer capítulo:

En el primer capítulo se desarrolla el planteamiento del problema: problema a resolver, la importancia en cada persona y en la sociedad y la importancia. Luego están los objetivos de esta investigación.

Segundo capítulo:

En el segundo capítulo se desarrolla los Antecedentes/estado de la cuestión: que quiere significar otras tesis anteriores que haya hablado de este tema. Está las bases teóricas y científicas que son los libros, folletos, revistas, documentos que se pronunciaron sobre este tema. Luego están las definiciones de términos básicos, que son los términos que se han utilizado en la tesis correspondiente. Se definen las dos variables, y sus indicadores, y sub-indicadores.

Tercer capítulo:

En el tercer capítulo se desarrolla el nivel y tipo de investigación, en esta investigación el nivel es básico, y el tipo de investigación es descriptivo. Se hablará, del diseño de investigación que es la investigación no experimental, ya que nuestra investigación no es experimental puro, no experimentaremos con las personas. Luego está la población y muestra de estudio, en la población son unas 250 personas y mi muestra será solo 25 personas. Luego está el Método, aquí nuestro método será analítico y sintético. En las técnicas e instrumentos de Investigación será la escala de Likert. En el procedimiento de la recolección de Datos se utiliza la escala de Likert para encuestar a las 25 personas con referido a esta investigación. De la encuesta utilicé la SPSS para sacar los gráficos, código de barras, etc.

Cuarto capítulo:

En este Cuarto capítulo se desarrolla la representación de resultados de interpretación y resumen, que quiere significar los resultados del SPSS, es aquí donde veremos los resultados de nuestra encuesta, de cuanto afecta este tema, esta realidad en los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete. Está las conclusiones en donde diré un resumen de todo lo estudiado. Y al final diré algunas recomendaciones sobre este tema de investigación.

Espero que esta tesis sirva para nuestra santificación y para gloria de Dios.

Ronald Alexander.

CAPITULO I

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.

1.1 Planteamiento del problema, delimitación y formulación del problema.

El año de la Misericordia que el Papa Francisco ha convocado como un año jubilar es un tiempo de Gracia y de Perdón. El Papa manifiesta este año como un tiempo extraordinario. Es un momento para reflexionar de nuestra condición de pecador, limitado y necesitado de Dios. En su bula de convocación dice. “Misericordia es la palabra que revela el misterio de la santísima

trinidad, Misericordia es el acto ultimo y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro y Misericordia es la vía que une Dios y el Hombre” (Francisco, 2016, p. 2).

El Papa Francisco no solo apertura el año de la Misericordia en Roma, sino también en todo el mundo. El mismo lo afirma. “Cada Iglesia particular (Arquidiócesis, Diócesis o Prelatura) estará directamente comprometida a vivir este año santo como un momento extraordinario de gracia y de renovación espiritual” (Francisco, 2016, p. 3). El santo padre lo apertura en Roma el 8 de diciembre del 2015, solemnidad de la Inmaculada Concepción, una fiesta muy importante para la Iglesia Católica, tanto por su hecho histórico como por veneración a la virgen también en hecho histórico, y se concluirá el 26 de noviembre del 2016 solemnidad litúrgica de Jesucristo Rey Del Universo.

En toda Iglesia particular no se abrirá el mismo día a como se abrió en Roma, sino fue aperturada el 13 de diciembre del 2015 y que concluyó el 26 de noviembre del 2016 en la solemnidad litúrgica de Jesucristo Rey Del Universo. En cañete se apertura el 13 de diciembre del 2015, la misa se realizó a las 9 de la mañana en la catedral de San Vicente de cañete en la que la ceremonia se inició fuera de la Iglesia, luego caminaron hasta la catedral y el Obispo abrió la puerta santa de la Misericordia (la misma puerta de la Iglesia) como signo de que este año Dios será más misericordioso como de costumbre.

Este tiempo será algo especial para que mucha gente alejada vuelva a integrarse, experimentara el amor de Dios que perdona siempre y nunca más se alejara de su Iglesia, las Iglesias estarán llenas de entusiasmo y animosas para anunciar a Dios que perdona siempre. Además, a manera general ¿por qué el papa Francisco ha convocado un año de perdón de misericordia? El mismo lo manifiesta. “Porque es una humanidad herida, una humanidad que arrastra heridas profundas. No se trata solo de enfermedades sociales y de las personas heridas por la pobreza, por la exclusión social, por las muchas esclavitudes del tercer milenio, sino también el relativismo. Por esto esta

humanidad necesita de Misericordia” (El nombre de Dios es misericordia, p. 36). En efecto, en el ámbito particular sin dejar de lado otras necesidades constataremos también por las muchas atrocidades que hace el hombre en la sociedad: robos, violaciones, secuestros, corrupción, guerras, pandillajes, prostitución, y piensan que ahí está la felicidad, ¡no!, lo hace en un camino equivocado, por eso la Iglesia sale a buscar a estas gentes para devolverles su dignidad hablándoles de la Misericordia de Dios que perdona siempre.

Al empezar a estudiar, analizar mi trabajo de tesis sobre el tema: “**efecto del año de la Misericordia en la formación cristiana de los fieles de la parroquia de San Vicente de Cañete**”, he obtenido como variable independiente la palabra “**Misericordia**” y como variable dependiente la palabra “**formación cristiana**”. Ahora pues analizare cada una de estas palabras, con la palabra misericordia he encontrado: La Bula de convocación al jubileo llamado *Misericordiae Vultus*, elaborado por el Papa Francisco, también hay otro libro referido al mismo como: el nombre de Dios es Misericordia del autor Andrea Tornielli, este libro consiste en una conversación con el papa Francisco a modo de preguntas y respuestas en donde habla de Misericordia, además el mismo papa habla de su experiencia como confesor

Encíclica “*Dives in misericordia*” del santo padre San Juan Pablo II, sobre la Misericordia Divina, en donde el papa habla sobre la Misericordia de un modo teológico e histórico. Así como también el diccionario teológico nos habla de misericordia, jubileo e indulgencia. De igual manera está el libro *Misericordia et mísera*, del Papa Francisco.

Ahora hablare de la variable dependiente llamada: *formación cristiana*. Como primer libro está el concilio vaticano II, en el decreto: “*Gravissimus Educationis*”, En donde manifiesta lo importante que es educar en la fe, luego está la encíclica “*Sapientia cristiana*” de San Juan Pablo II. También

está la Scripta Theologica 2008-2010 que habla también de la formación cristiana. Y como punto clave de toda formación cristiana está el Catecismo de la Iglesia Católica.

1.2 Formulación del problema

1.2.1 Problema general:

¿En qué medida la misericordia de Dios afecta en la formación cristiana de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete?

1.2.2 Problemas específicos:

¿Cómo aceptan a Dios para librarse del pecado e iluminar las ideas y decisiones de los fieles de la parroquia de San Vicente de Cañete?

¿Cómo es posible la conversión, en un cambiar de vida de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete?

¿Es posible el perdón, para una mirada más cristiana en los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete?

¿Cómo es la actitud ante la gracia de Dios que reciben en la confesión los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete?

1.2 Justificación e importancia del estudio

Elegí este tema porque hoy en día se necesita de la misericordia, hay tanta gente que busca a Dios, lo buscan con desesperación y esto es justamente lo que nos dice el papa. “Una humanidad que arrastra heridas profundas, no solo de enfermedades sociales o personas heridas por la pobreza, por la exclusión social, por las muchas esclavitudes del tercer milenio, sino también el relativismo

que daña mucho a la persona. Por esto está humanidad necesita de Misericordia” (El nombre de Dios es misericordia, 2016).

Ahora bien ¿Dónde encontrar Misericordia en este mundo oscuro y frío? La respuesta es sencilla, se encuentra en la Iglesia. “la Iglesia no está en el mundo para condenar, sino para permitir el encuentro con ese amor visceral, que es la Misericordia de Dios, para que esto suceda es necesario salir, salir de las Iglesias y de las parroquias salir e ir a buscar a las personas allí donde viven, donde sufren, donde esperan” (El nombre de Dios es misericordia, 2016).

Por ello la misericordia está presente en toda la vida del cristiano, desde que nace hasta que muere. Cuando nace es Bautizado y por ello entra a experimentar la misericordia, y cuando antes de morir se recurre al sacramento de la Unción de los enfermos para tener una buena muerte y de esta manera entrar al cielo.

1.3 Objetivos de la investigación.

1.3.1 Objetivo general:

. Conocer los efectos de la misericordia de Dios en la formación cristiana de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete.

1.3.2 Objetivos específicos:

. Entender sobre el aceptar a Dios para librarse del pecado e iluminar las ideas y decisiones de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete.

. Estudiar si es posible la conversión, en un cambiar de vida de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete.

. Reflexionar sobre el perdón para una mirada más cristiana en los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete.

. Demostrar la actitud ante la gracia que recibe en la confesión de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete.

1.4 Limitaciones de la investigación.

El tema es muy amplio, muy extenso porque al hablar de la misericordia de Dios es sobre todo hablar de hechos históricos que obviamente se hace por revelación de manera progresiva, y a través de la historia de la salvación y que están descritos en la Sagrada Escritura, y todo lo hace por amor al hombre. Pero me limitare solo a hablar de la acción de la misericordia de Dios en la parroquia de San Vicente de Cañete por límites de tiempo, ya que también tengo otros encargos que hacer también importantes. También una limitación que hay que destacar es la organización del tema. Así mismo por poco tiempo posible para realizar esta tesis. Así como también el aspecto económico y por fuentes bibliográficas.

CAPITULO II:

MARCO TEÓRICO.

2.1 Antecedentes/estado de la cuestión.

Al revisar las diferentes fuentes de tesis que han hablado sobre este tema se han hallado los precedentes estudios:

Antecedentes internacionales

Sobre la variable independiente:

Primer Antecedente: Tesis realizado por Santiago Rodríguez Olivos, titulado: “*La humildad, la verdad y la oración como propiciadores de la Misericordia de Dios en la parábola del fariseo y el publicano en el Evangelio de Lucas*”. Universidad de San

Buenaventura facultad de teología, maestría en teología de la biblia Bogotá 2013. De esta tesis se encuentra la conclusión:

El trabajo aquí realizado permite ver con claridad, la importancia que tiene el tema de la misericordia de Dios, en la práctica de la fe y por ello la necesidad de seguir reflexionando, actualizando y asumiendo la revelación que presenta Jesús en los evangelios y para ello se presenta las siguientes conclusiones:

Con referencia a los datos obtenidos en el análisis exegético, podemos afirmar que la perícopa estudiada sigue dando nuevas directrices teológicas que iluminan las actitudes necesarias para una efectiva relación con Dios. Dentro de las acciones comunes a ambos orantes: Subir y orar para hallar justificación ante el mismo destinatario (Dios). Se encuentran cargas semánticas fuertes que marcan la diferencia en el resultado obtenido. En primer lugar, todo lo que hace o dice el fariseo denota auto-exaltación y rechazo a los demás; asimila la perfección de sus obras a la perfección de Dios, pero de tajo, excluye y descalifica “al otro”; lo que debiera ser una relación vertical “tu-yo” se convierte solamente en una relación “yo-yo”. Mientras tanto, en el publicano todo expresa humillación, vergüenza, carencia, desconfianza de sí mismo, confianza en la misericordia de Dios, y, sobre todo, no pretende hablarle a Dios de “tú a tú”; reconoce su inferioridad y dependencia (se mantiene lejos), como tampoco se compara ni descalifica a nadie; de la relación horizontal “yo-yo” se eleva a una oración vertical “tu-yo”. Después viene la sentencia de Jesús, como la clave de interpretación de la parábola. Contrariamente a lo que se podría suponer, dice: “Yo os digo” que no es así. La justicia divina se revela y despliega con toda fuerza y esplendor. Al final del relato se produce un cambio de valores que refleja el actual rol mimetizado entre “ser y parecer ser”. El que parece justo queda sin justificación, mientras el que parece pecador, queda justificado. La parábola abre los ojos para que nadie limite la misericordia de Dios y advierte que no acoger a los

hermanos, es hacerlo. Jesús compartía la mesa con publicanos y pecadores. Esta situación abarca a cada uno de los creyentes y se tiene que empezar a analizar, a reflexionar como es la relación de cada uno con Dios y con el prójimo, para entender que uno solo es criatura delante del Creador y que Dios, siendo misericordioso, también es Justo y que algún día cada uno tendrá que estar delante de Dios para responder por nuestro amor en este mundo (Mt 25, 31-46).

Estos parámetros sobre la oración, en la parábola del fariseo y el publicano, muestran que la oración debe ir acompañada de la humildad como su cualidad de fondo. El publicano que tuvo esta actitud "...no hace, pues sino expresar su situación ontológica y la lucidez de su conciencia esclarecida por la luz de Dios, que lo acoge. Con la concepción antropocéntrica prevalente desde la época renacentista en la cual Dios pasa a un segundo plano y es el hombre quien ocupa el lugar central de todo lo creado, hecho éste reflejado incluso en algunos púlpitos desde los cuales sólo se predica un humanismo inmediateista no como concepción de un fin próximo, sino como propio del hombre preponderante y sin límite de tiempo; con la tendencia postmodernista –relativista en la cual todos los hombres tienen todas las respuestas, de las cuales no se excluye a la sociedad religiosa de Colombia. La vida laica cada vez se aleja más de las expresiones teológicas de "oración" y "humildad" aunque en la sociedad hay un auge creciente de nuevas congregaciones cristianas romanas y extra-romanas que en algunos pocos casos buscan con sinceridad unirse, como coyunturas del mismo Cuerpo (Cristo), mediante la presencia del Espíritu Santo como fundamento, y encuentran en la oración un elemento cohesionador de su fe individual y comunitaria.

Dado esto el Señor muestra con la parábola que hay que hacer la oración a Él, con una actitud de humildad, sencillez y verdadera confianza en Dios. Asimismo, se visualiza en nuestro tiempo que existe un "lenguaje religioso falso, de los que ya se saben la parábola, que hace suya la oración

del publicano, pero solo en el sonido de las palabras”. Esto demuestra una actitud errada que solo Dios puede ver, ya que Él es el único que escudriña los corazones. El Papa Francisco ha dicho: “En todos nosotros hay un pedacito de incredulidad. Es necesaria una plegaria fuerte y ese rezo humilde y fuerte hace que Jesús pueda hacer el milagro. La plegaria para pedir un milagro, para pedir una acción extraordinaria debe ser una plegaria comprometida, que nos abarque a todos” Esta palabra nos interpela a cada creyente y nos hace un llamado que en la parábola hace explícito: La oración debe hacerse con humildad para que tenga efecto, para que esa oración llegue hasta Dios, solo con un corazón que quiere abrirse completamente a la acción salvífica y misericordiosa del Señor, obtendrá lo que pide en su oración. Esta es la oración que agrada a Dios, la que se hace con humildad de corazón, necesitando y confiando en su misericordia.

Segundo Antecedente: Realizado por Dña. María de las Mercedes Lucas Pérez, titulado: “*La misericordia en la diócesis de Cartagena 2017*” (Mujer, Matrimonio, Familia y Parroquia).

De esta tesis he sacado sus conclusiones:

Mentalidad de amor, frutos de misericordia.

Iniciamos nuestro trabajo situándolo en el papel que ejercieron las mujeres que seguían y acompañaron a Jesús a lo largo de su vida pública, ya que nos sirve como referencia en nuestra praxis cristiana el tratar de vislumbrar la manera que tuvieron de responder al Evangelio haciéndolo vida aquellas primeras discípulas. Descubrimos que el elemento esencial que se desprende de los evangelios sinópticos es el “servicio” y éste no queda reducido a una mera función doméstica, pues es el mismo Jesús quien intenta modificar esa concepción.

El hecho de que Jesús no las llamara como “llamó a otros”, resulta comprensible y evidente si nos atenemos a las condiciones de las mujeres en la sociedad judía, ya que su testimonio, en este

contexto cultural, hubiese sido rechazado. Respecto a la familia, descubrimos a un Jesús que rompe el modelo de familia jerárquica patriarcal instaurando un modelo donde subsisten los vínculos fraternos entre iguales, incluidos hermanos y hermanas, y rechaza la importancia dada a la maternidad, ya que sólo ella permitía a la mujer judía ocupar un lugar en la familia patriarcal. Jesús elige a las mujeres como primeras testigos de su resurrección a pesar de no ser aceptado el testimonio de ellas hasta que los hombres son los protagonistas del hecho. También las mujeres reciben el Espíritu al mismo tiempo que los discípulos – varones y con el mismo título que ellos. Será a partir de los siglos III y IV donde la tendencia a una valoración positiva de las mujeres se verá disminuida, ya que, en medio de una grave crisis se opta por la voluntad de restauración de los valores tradicionales, lo que afectará profundamente a la mujer.

La práctica del amor

Concluamos nuestro trabajo con la concreción de alguna de las ideas ya mencionadas a favor de una diócesis rica en misericordia y vivamente evangelizadora. Destacamos algunas de las tareas que lo propician:

. Es necesario estimular los encuentros entre jóvenes y sus familias. A veces, la especialización excesiva (adultos, jóvenes, niños, mayores) de la pastoral, resulta excluyente e, incluso, es causa de división en las propias familias.

. Imperativo resulta la atención a las necesidades de las familias y no sólo las básicas. Se pueden crear redes solidarias desde las mismas parroquias, donde unos ayuden intentando cubrir las necesidades de otros. Por ejemplo, un cartel de “necesidades”, junto a otra columna de “disponibilidades”, donde cada uno puede anotar su demanda y oferta.

. Liturgia, coros, catequesis, limpieza, arreglos, hay tarea para todos, pero no son exclusivas de un sexo. La mujer puede colaborar en cualquier tarea sin riesgo ni peligro de desplazar a los varones, si confiamos, realmente en que es el Espíritu Santo quien conduce la Iglesia.

. Se hacen necesarios los testimonios de lo que llamaríamos “sacerdotes con delantal”. No hay nada más pedagógico y evangélico que un sacerdote sirviendo. Hemos de desterrar un “clericalismo” denostado que idealiza o que trata al sacerdote como a un embajador o un noble al que se le ha de servir “ya que sus manos son consagradas” (que lo son), como si el hecho de implicarse en tareas de servicio constituyese una contaminación de la que han de ser liberados.

La Iglesia del futuro

La Iglesia del futuro no ha de ser, ni más ni menos, que la Iglesia del pasado. No del pasado reciente, aunque muchos lo anhelan, sino una Iglesia que “testimonia el amor” al igual que la iglesia primitiva. Sobre todo, por sus frutos de amor: “Mirad cómo se aman”.

Debemos ser conscientes de que “La Iglesia es femenina”. Es esposa y amada de Cristo. No es alguien a quien hay que usar sino alguien de quien debemos aprender. El Santo Padre sabe que la “armonía” es la virtud que las mujeres pueden aportar.

Nacionales:

Tercera tesis: realizados por Avalos Saravia Walter Antonio y Comina Zevallos Alfonso Armando titulado: “*El sacramento de la penitencia, signo visible y eficaz de la reconciliación con Dios*”. Cañete- Perú 2005. He ahí la conclusión.

Al concluir este trabajo queremos recordar ese profundo deseo por conocer la enseñanza del Magisterio de la Iglesia sobre el sacramento de la reconciliación que nos motivó realizar este

estudio. Luego de haber realizado estudios de los concilios, se puede decir que contiene una riqueza enorme en lo doctrinal y en lo pastoral, nos permitirá como sacerdote, un mejor servicio pastoral-sacramental a los fieles de Cristo en la Iglesia.

. Significado de la ascesis, para despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo. Es decir, el esfuerzo concreto y cotidiano del hombre, sostenido por la gracia de Dios, para perder la propia vida por Cristo y como único modo de ganarla.

. Jesucristo inició su predicación proclamando la penitencia y la conversión.

. Poder de perdonar conferido por Jesús, mediante el Espíritu a sus apóstoles, incluso como transmisible a sus sucesores.

. Potestad de la Iglesia: perdonar los pecados. Las palabras que Cristo resucitado pronuncia a la Iglesia expresan la potestad conferida para perdonar los pecados, como puede observarse en Mt 16,19 atar y desatar o perdonar y retener en Jn 20,23.

. Un don y una iniciativa de Dios al hombre. La reconciliación es ante todo un don misericordioso de Dios al hombre, una iniciativa suya.

Sobre la variable dependiente:

A nivel internacional.

Tercera Tesis: Elaborado por Gilberto Rodríguez da Silva titulado: “*De un cristianismo en crisis hacia un cristianismo místico*”. Una búsqueda por comprender la crisis espiritual personal y colectiva del cristianismo contemporáneo como aproximación al abordaje y superación de este escenario para la vivencia de una espiritualidad mística que parta del encuentro personal con Cristo

y del compromiso con la Civilización del Amor. En la Pontificia universidad Javeriana Bogotá D.C. agosto de 2013.

De esta tesis sacaremos las conclusiones:

Al término de este trabajo queremos que haya quedado claro que la experiencia espiritual personal evidencia no sólo la crisis personal sino también la de la Pastoral de la Juventud, del cristianismo católico y de la humanidad, pues a partir de la propia experiencia mostramos que la crisis es real, histórica y profunda, pero esto no quiere decir que el ser humano perdió o está perdiendo la fe, puesto que hoy las investigaciones muestran que en países como Brasil 99% de la población afirma creer en Dios o en algún poder superior, sin embargo, en todos los países disminuye el número de los católicos en relación con el número de la población, así como aumenta el número de los católicos sin referencias comunitarias y sin pertenencia a la Iglesia.

La crisis no se trata de una pérdida de fe, sino de la pérdida de la referencia a las instituciones religiosas, porque estas no permitieron al ser humano una experiencia espiritual satisfactoria. Con esto han surgido infinitos movimientos religiosos que ofrecen a las personas una experiencia con lo Sagrado a su gusto y a su manera, sin ningún compromiso religioso o social y a un valor accesible a ricos y pobres. La fe se convirtió en mercado en donde cada uno puede encontrar lo que más le agrada. La crisis del cristianismo es la crisis de la humanidad, porque el problema de la espiritualidad está correlacionado con el problema de la vida, entonces, la superación de la crisis consiste en la superación de todos los factores que imposibilitan la autorrealización humano-espiritual. La mística ha de llevarnos a ser verdaderos discípulos del Maestro y a conocer al Padre, condición para ser verdaderos misioneros en un mundo cada vez más sediento de Dios y de su consolación. Vivir la consolación es realizar la profunda experiencia de ser consolado por Dios, es

decir, ser discípulo del Señor y, asumir el compromiso de anunciar la consolación de Dios al mundo, consolando a los demás.

Quinto Antecedente: Realizado por Luis del Espino Díaz titulado: “*La enseñanza de la religión y el aprendizaje de valores sociales, de autorregulación y logro: modelo predictivo y diseño pedagógico*”. De la universidad de Córdoba 2013. El origen de esta investigación ha surgido debido al creciente interés que está suscitando el estudio de conductas antisociales en las aulas de los centros educativos dentro y fuera de nuestras fronteras, enmarcado todo ello dentro de una crisis general de valores en la sociedad.

A continuación, se exponen las conclusiones que pueden inferirse de las evidencias empíricas que se han constatado en la investigación:

1. La muestra de adolescentes de la ESO de la que se han recogido los datos para esta investigación se caracteriza por la presencia de valores sociales, de autorregulación y logro en niveles medio-altos, aunque la inflación probablemente provocada por el sesgo de autopresentación obliga necesariamente a rebajar las medias empíricas.
2. Los análisis correlacionales evidencian que el alumnado matriculado en la asignatura de Religión muestra más valores sociales que el alumnado de alternativa.
3. En la dimensión predictiva y a partir de modelos mediacionales obtenidos por análisis de regresión, se concluye que la asignatura de Religión anticipa indirectamente el aprendizaje de valores sociales, de autorregulación y logro.
4. El análisis de moderación pone de manifiesto la importancia de los valores sociales individuales, tanto como moderadores como ejerciendo de variable dependiente.
5. Las orientaciones pedagógicas derivadas del estudio de moderación van dirigidas especialmente al alumnado de alternativa debido a que el alumnado de Religión puntúa por

encima de la alternativa en la mayor parte de las regiones de significación halladas en los análisis de moderación.

Las orientaciones pedagógicas derivadas del estudio de moderación van dirigidas especialmente al alumnado de alternativa debido a que el alumnado de Religión puntúa por encima de la alternativa en la mayor parte de las regiones de significación halladas en los análisis de moderación.

A nivel nacional

Sexto Antecedente. Realizado por Artemio Quispe Huamán titulado: “*la fe cristiana católica y la actitud fraterna de los estudiantes de la Institución Educativa n° 21508 de San Isidro- Imperial- Cañete*”. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él, a Dios mismo, para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo. (San Juan Pablo II, Enc. *Fides et Ratio*, n° 1), esta es la razón principal para realizar el presente trabajo de investigación sobre la fe de los alumnos de la institución Educativa de San Isidro N°21508 de educación secundaria. Muchas veces decimos tener fe y no somos coherentes con lo que pensamos. Del instituto pedagógico privado San José. Cañete 2015.

De esta tesis se verá las conclusiones:

La fe cristiana católica influye positivamente en la actitud fraterna de los estudiantes porque a través de esta me ayuda a aceptar mi fe, vivir una vida ética y moral, conocer y practicar los valores, lo cual permite construir una sociedad más humana. Las prácticas que nos ayudan a aceptar a Dios es la aceptación a Dios libremente, ir a misa, respetando a los demás, practicando la fe, siendo solidario y honesto con todos los seres humanos.

Los motivos naturales de todo ser humano está dentro de nuestra propia naturaleza y lo podemos observar al observar la naturaleza, el orden, la inteligencia, lo cual no permite adherirnos a Dios y de esta manera mejora positivamente la actitud fraterna de los estudiantes.

Séptima Tesis: Elaborado por Luis Felipe Mujica Bermúdez titulado: Poncho y sombrero, alforja y bastón. Proceso de un proyecto pastoral en la Diócesis de Cajamarca: 1962-1992. Tesis para optar el grado académico de Magister en Antropología. Lima, julio de 2000.

De esta tesis se verá sus conclusiones:

La acción pastoral de la Iglesia en Cajamarca fue concebida, promovida y dirigida sobre todo por el obispo, siguiendo las directrices del Concilio Vaticano II y las Conferencias Episcopales de Medellín y Puebla. De este modo contribuyó a la construcción de una Iglesia local comprometida con la realidad social. Sin embargo, desde la perspectiva del obispo, la aplicación de las enseñanzas y los lineamientos eclesiales encontró algunas dificultades, por la escasez de agentes pastorales que posibilitaran abarcar la extensa y abrupta geografía diocesana. Pero, las dificultades también eran de carácter exógeno, en la medida en que las estructuras jerárquicas tradicionales y las maneras de organizar la acción pastoral no tomaban en cuenta la realidad concreta como la cajamarquina. La línea directriz de la acción pastoral en Cajamarca fue la opción por los pobres. La opción suponía una elección personal e institucional por vivir entre los campesinos y las poblaciones urbano marginales de manera comprometida, para contribuir a la transformación de las condiciones socio-económicas y culturales los pobres. Por otro lado, la pastoral impulsada por el obispo no tenía un plan prefijado, pero los lineamientos que orientaban la acción pastoral se producían con la participación de los agentes pastorales en asambleas a distintos niveles de la vida diocesana. La Asamblea pastoral diocesana en el proceso de la acción pastoral ha jugado un rol importante en la medida que era una referencia importante sobre todo para los catequistas. Dichas

asambleas tenían un carácter reflexivo y constituían el espacio simbólico de dirección de la acción pastoral. Los agentes pastorales laicos en general eran personas profesionales de diversas carreras y origen, las agentes pastorales religiosas, en general, eran extranjeras o nacidas fuera de la diócesis y estaban presente temporalmente en la diócesis; los sacerdotes tenían en general a su cargo una parroquia. Desarrollaban sus actividades pastorales en la ciudad y en el campo, y algunos a través de las instituciones pastorales. El obispo en la diócesis de Cajamarca era considerado como la personas que dirigía y orientaba la acción pastoral con autoridad.

Las líneas fundamentales de la acción pastoral en la diócesis han estado orientadas sobre todo a responder en el campo formativo-educativo, en el asistencial y el técnico. Para esto el obispo propició la creación de instituciones pastorales conformadas por equipos multidisciplinarios. Para mantener la acción pastoral ha contado con la solidaridad de parroquias alemanas mediante la Partnerschaft, que consistía en un intercambio de experiencia, personal y económica.

2.2 BASES TEÓRICAS Y CIENTÍFICAS QUE SUSTENTAN EL ESTUDIO:

2.2.1 Carta Encíclica “Dives in misericordia”, del Sumo Pontífice Juan Pablo II sobre la misericordia divina.

2.2.1.1 Quien me ve a mí, ve al Padre. (Jn 14, 9).

2.2.1.1.1 *Revelación de la Misericordia.*

Dios rico en misericordia (Ef. 2, 4), es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre, cabalmente su hijo, en sí mismo nos lo ha manifestado y nos lo ha hecho conocer (Jn 1, 18; heb 1, 1 s.). Así como también en el texto de 2 Timoteo nos habla del designio amoroso de Dios por todos los hombres. (1 Tim 2,4)

Dios que es rico en misericordia, por el gran Amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida eterna por Cristo (Ef. 2, 4 s.).

Comentario: Uno de los atributos de Dios es la Misericordia, es decir poner el corazón ante el miserable. Dios es infinitamente misericordioso, porque es Dios.

La manifestación del hombre en la plena dignidad de su naturaleza no puede tener lugar sin la referencia a Dios. La apertura a Cristo que en cuanto redentor del mundo revela plenamente al hombre, no puede llevarse a efecto más que a través de una referencia cada vez más madura al padre y a su amor. Desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las obras (Rom 1,20).

2.2.1.1.2 *Encarnación de la misericordia.*

A Dios nadie lo ha visto escribe San Juan para dar mayor relieve a la verdad, el hijo unigénito que está en el seno del Padre, ese le ha dado a conocer. Mediante esta revelación de Cristo

conocemos a Dios, sobre todo en su relación de amor hacia el hombre: en su filantropía. Es justamente ahí donde sus perfecciones invisibles se hacen de modo especial visibles.

En Cristo y por Cristo, se hace también particularmente visible Dios en su Misericordia. Cristo confiere un significado definitivo a toda la tradición Veterotestamentaria, no solo habla de ella y la explica usando semejanzas y parábolas, sino que además y, ante todo, El mismo la encarna y personifica. Él es en cierto sentido la misericordia. La palabra y el concepto de misericordia parecen producir cierta desazón en el hombre, quien gracias a los adelantos tan enormes de la ciencia y de la técnica, como nunca fueron conocidos antes en la historia, se ha hecho dueño y ha dominado la tierra mucho más que en el pasado (Gen 1, 28.). Tal dominio sobre la tierra, entendido tal vez unilateral y superficialmente, parece no dejar espacio a la misericordia.

Revelada en Cristo, la verdad acerca de Dios como *Padre de la misericordia* (2 Cor 1 ,3), nos permite verlo especialmente cercano al hombre, sobre todo cuando sufre, cuando está amenazado en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad.

2.2.1.2 Mensaje mesiánico.

2.2.1.2.1 Cuando Cristo comenzó a obrar y enseñar.

Mediante tales hechos y palabras, Cristo hace presente al padre entre los hombres. Es altamente significativo que estos hombres sean en primer lugar los pobres, carentes de medios de subsistencia, los privados de libertad, los ciegos que no ven la belleza de la creación, los que viven en aflicción de corazón o sufren a causa de la injusticia social, y finalmente los pecadores.

Con relación a éstos especialmente, Cristo se convierte sobre todo en signo legible de Dios que es amor, se hace signo del Padre.

Jesús sobre todo con su estilo de vida y con sus acciones, ha demostrado cómo en el mundo en que vivimos está presente el amor, el amor operante, el amor que se dirige al hombre y abraza todo

lo que forma su humanidad. Este amor se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza; en contacto con toda la condición humana histórica, que de distintos modos manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre, bien sea física, bien sea moral. Cabalmente el modo y el ámbito en que se manifiesta el amor son llamados misericordia en el lenguaje bíblico. Cristo pues revela a Dios que es padre, que es amor, como dirá san Juan en su primera carta (1 Jn 4, 16.), revela a Dios rico de misericordia como leemos en San Pablo (Ef 2, 4). Jesús hace de la misma misericordia uno de los temas principales de su predicación. Baste recordar la parábola del hijo prodigo (Lc 15,11-32), o la del buen samaritano (Lc 10,30-37) y también la parábola del ciervo inicuo (Mt 18, 23-35). Son muchos los pasos de las enseñanzas de Cristo que ponen de manifiesto el amor-misericordia bajo un aspecto siempre nuevo. Basta tener ante los ojos al buen pastor en busca de la oveja extraviada (Mt 18, 12-14; Lc 15, 3-7) o la mujer que barre la casa buscando la dracma perdida (Lc 15, 8-10). El evangelista que trata con detalle estos temas en las enseñanzas de Cristo es San Lucas, cuyo evangelio ha merecido ser llamado el evangelio de la misericordia.

Cristo al convertirse en la encarnación del amor que se manifiesta con peculiar fuerza respecto a los que sufren, a los infelices y a los pecadores, hace presente y revela de este modo más plenamente al padre, que es Dios rico en misericordia. La misericordia es una de las componentes esenciales del *ethos* evangélico.

2.2.1.3 La Parábola del Hijo Pródigo.

En la parábola del hijo prodigo, se muestra la esencia de la misericordia divina, aunque la palabra misericordia no se encuentra allí, es expresada de manera particularmente límpida.

Aquel hijo, que recibe del padre la parte de su patrimonio, que le corresponde y abandona la casa para malgastarla en un país lejano, viviendo disolutamente, es en cierto sentido el hombre de

todos los tiempos. La parábola toca indirectamente toda clase de rupturas de la alianza de amor, toda pérdida de la gracia, todo pecado. Aquel hijo, cuando hubo gastado todo..., comenzó a sentir necesidad, hubiera querido saciarse con algo incluso con las bellotas que comían los puercos. Pero también esto le estaba prohibido. La situación en que llegó a encontrarse cuando ya había perdido los bienes materiales, le debía hacer consiente, por necesidad, de la pérdida de esa dignidad, Él no había pensado en ello anteriormente. Había ido madurando en sentido de la dignidad perdida, cuando él decide volver a la casa paterna y pedir a su padre que lo acoja, parece externamente que obra por razones del hambre y de la miseria en que ha caído; pero este motivo está impregnado por la conciencia de una pérdida más profunda: ser *un jornalero en la casa del propio padre* es ciertamente una gran humillación y vergüenza.

Se da cuenta de que ya no tiene ningún otro derecho, sino el de ser mercedario en la casa de su Padre. Su decisión es tomada en plena conciencia de lo que merece y de aquello a lo que puede aún tener derecho según las normas de la justicia. Precisamente este razonamiento demuestra que, en el centro de la conciencia del hijo prodigo, emerge el sentido de la dignidad que brota de la relación del hijo con el padre.

En la parábola del hijo prodigo no se utiliza, ni siquiera una sola vez, el término “Justicia”, como tampoco, en el texto original, lo que sí se usa es la palabra “Misericordia”; sin embargo, la relación de la justicia con el amor, que se manifiesta como misericordia está inscrito con gran precisión en el contenido de la parábola evangélica. Se hace más obvio que el amor se transforma en misericordia cuando hay que superar la norma precisa de la justicia.

2.2.1.3.1 Reflexión particular sobre la dignidad humana.

Esta imagen concreta del estado de ánimo del hijo prodigo no permite comprender con exactitud en qué consiste la misericordia divina. La figura del progenitor nos revela a Dios padre.

El padre del hijo prodigo es *fiel a su paternidad, fiel al amor*, que desde siempre sentía por su hijo. Tal fidelidad se expresa en la parábola no sólo con la inmediata prontitud en acogerlo cuando vuelve a casa después de haber malgastado el patrimonio; se expresa aún más plenamente con aquella alegría.

El padre está obrando ciertamente a impulsos de un profundo afecto, lo cual explica también su generosidad hacía el hijo. El padre es consciente de que se ha salvado un bien fundamental: el bien de la humanidad de su hijo. Así se expresa ante todo la alegre conmoción por su vuelta a casa. El amor que brota de la esencia misma de la paternidad, obliga en cierto sentido al padre a tener solicitud por la dignidad del hijo.

La misericordia- tal como nos lo ha presentado en la parábola del hijo pródigo- tiene la forma interior del amor, que en el nuevo testamento se llama *ágape*. Tal amor es capaz de inclinarse hacia todo hijo prodigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o pecado.

La parábola del hijo prodigo expresa de manera sencilla, pero profunda la realidad de la conversión. Esta es la expresión más concreta de la obra del amor y de la presencia de la misericordia en el mundo humano. La misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y extrae el bien de todas las formas del mal existentes en el mundo y en el hombre. Es necesario que el rostro genuino de la misericordia sea siempre desvelado de nuevo. No obstante, múltiples prejuicios, ella se presenta particularmente necesaria en nuestros tiempos.

2.2.1.4 El Misterio Pascual

2.2.1.4.1 Misericordia revelada en la Cruz y en la resurrección

El mensaje mesiánico de Cristo y su actividad entre los hombres terminan con la cruz y la resurrección. Debemos penetrar hasta lo hondo en este acontecimiento final que, de modo especial

en el lenguaje conciliar, es definido *mysterium paschale*, si queremos expresar profundamente la verdad de la misericordia, tal como ha sido hondamente revelada en la historia de nuestra salvación. En efecto, si la realidad de la redención, en su dimensión humana desvela la grandeza inaudita del hombre. *Que mereció tener tan gran Redentor*: Tradición litúrgica, (silgo VI). Al mismo tiempo yo diría que la *dimensión divina de la redención* nos permite, en el momento más empírico e «histórico», desvelar la profundidad de aquel amor que no se echa atrás ante el extraordinario sacrificio del Hijo, para colmar la fidelidad del Creador y Padre respecto a los hombres creados a su imagen y ya desde el «principio» elegidos, en este Hijo, para la gracia y la gloria.

Los acontecimientos del Viernes Santo y, aun antes, la oración en Getsemaní, introducen en todo el curso de la revelación del amor y de la misericordia, en la misión mesiánica de Cristo, un cambio fundamental. El que «pasó haciendo el bien y sanando», «curando toda clase de dolencias y enfermedades», (Mt 9, 35), él mismo parece merecer ahora la más grande misericordia y *apelarse a la misericordia* cuando es arrestado, ultrajado, condenado, flagelado, coronado de espinas; cuando es clavado en la cruz y expira entre terribles tormentos (Mc 15, 37; Jn 19, 30). Es entonces cuando merece de modo particular la misericordia de los hombres, a quienes ha hecho el bien, y no la recibe. Incluso aquellos que están más cercanos a Él, no saben protegerlo y arrancarlo de las manos de los opresores. En esta etapa final de la función mesiánica se cumplen en Cristo las palabras pronunciadas por los profetas, sobre todo Isaías, acerca del Siervo de Yahvé: «por sus llagas hemos sido curados». (Is 53, 5)

Cristo, en cuanto hombre que sufre realmente y de modo terrible en el Huerto de los Olivos y en el Calvario, se dirige al Padre, a aquel Padre, cuyo amor ha predicado a los hombres, cuya

misericordia ha testimoniado con todas sus obras. Pero no le es ahorrado —precisamente a él— el tremendo sufrimiento de la muerte en cruz: «*a quien no conoció el pecado, Dios le hizo pecado por nosotros*», (2 Cor 5, 21), escribía san Pablo, resumiendo en pocas palabras toda la profundidad del misterio de la cruz y a la vez la dimensión divina de la realidad de la redención. Justamente esta redención es la revelación última y definitiva de la santidad de Dios, que es la plenitud absoluta de la perfección: plenitud de la justicia y del amor, ya que la justicia se funda sobre el amor, mana de él y tiende hacia él. En la pasión y muerte de Cristo —en el hecho de que el Padre no perdonó la vida a su Hijo, sino que lo «hizo pecado por nosotros» (2 Cor 5, 21), se expresa la justicia absoluta, porque Cristo sufre la pasión y la cruz a causa de los pecados de la humanidad. Esto es incluso una «sobreabundancia» de la justicia, ya que los pecados del hombre son «compensados» por el sacrificio del Hombre-Dios. Sin embargo, tal justicia, que es propiamente justicia «a medida» de Dios, nace toda ella del amor: del amor del Padre y del Hijo, y fructifica toda ella en el amor. Precisamente por esto la justicia divina, revelada en la cruz de Cristo, es «a medida» de Dios, porque nace del amor y se completa en el amor, generando frutos de salvación. *La dimensión divina de la redención* no se actúa solamente haciendo justicia del pecado, sino restituyendo al amor su fuerza creadora en el interior del hombre, gracias a la cual él tiene acceso de nuevo a la plenitud de vida y de santidad, que viene de Dios. De este modo la redención comporta la revelación de la misericordia en su plenitud

El misterio pascual es el culmen de esta revelación y actuación de la misericordia, que es capaz de justificar al hombre, de restablecer la justicia en el sentido del orden salvífico querido por Dios desde el principio para el hombre y, mediante el hombre, en el mundo. Cristo que sufre, habla sobre todo al hombre, y no solamente al creyente. También el hombre no creyente podrá descubrir en La elocuencia de la solidaridad con la suerte humana, como también la armoniosa plenitud de

una dedicación desinteresada a la causa del hombre, a la verdad y al amor. La dimensión divina del misterio pascual llega sin embargo a mayor profundidad aún. *La cruz* colocada sobre el Calvario, donde Cristo tiene su último diálogo con el Padre, *emerge del núcleo mismo de aquel amor*, del que el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, ha sido gratificado según el eterno designio divino. Dios, tal como Cristo ha revelado, no permanece solamente en estrecha vinculación con el mundo, en cuanto Creador y fuente última de la existencia. Él es además Padre: con el hombre, llamado por El a la existencia en el mundo visible, está unido por un vínculo más profundo aún que el de Creador. Es el amor, que no sólo crea el bien, sino que hace participar en la vida misma de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. En efecto el que ama desea darse a sí mismo.

La Cruz de Cristo sobre el Calvario surge *en el camino* de aquel *admirabile commercium*, de aquel *admirable comunicarse de Dios al hombre* en el que está contenida a su vez *la llamada* dirigida al hombre, a fin de que, donándose a sí mismo a Dios y donando consigo mismo todo el mundo visible, participe en la vida divina, y para que como hijo adoptivo se haga partícipe de la verdad y del amor que está en Dios y proviene de Dios. Justamente en el camino de la elección eterna del hombre a la dignidad de hijo adoptivo de Dios, se alza en la historia la Cruz de Cristo, Hijo unigénito que, en cuanto «luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero», (Credo niceno constantinopolitano) ha venido para dar el testimonio último de la admirable *alianza de Dios con la humanidad, de Dios con el hombre*, con todo hombre. Esta alianza tan antigua como el hombre —se remonta al misterio mismo de la creación— restablecida posteriormente en varias ocasiones con un único pueblo elegido, es asimismo la alianza nueva y definitiva, establecida allí, en el Calvario, y no limitada ya a un único pueblo, a Israel, sino abierta a todos y cada uno.

¿Qué nos está diciendo pues la cruz de Cristo, que es en cierto sentido la última palabra de su mensaje y de su misión mesiánica? Y sin embargo ésta no es aún la última palabra del Dios de la alianza: esa palabra será pronunciada en aquella alborada, cuando las mujeres primero y los Apóstoles después, venidos al sepulcro de Cristo crucificado, verán la tumba vacía y proclamarán por vez primera: «Ha resucitado». Ellos lo repetirán a los otros y serán testigos de Cristo resucitado. No obstante, también en esta glorificación del hijo de Dios sigue estando presente la cruz, la cual —a través de todo el testimonio mesiánico del Hombre-Hijo— que sufrió en ella la muerte, *habla y no cesa nunca de decir que Dios-Padre, que es absolutamente fiel a su eterno amor por el hombre, ya que «tanto amó al mundo —por tanto, al hombre en el mundo— que le dio a su Hijo unigénito, para que quien crea en él no muera, sino que tenga la vida eterna»*. (Jn 3, 16). Creer en el Hijo crucificado significa «ver al Padre», (Jn 14, 19), significa creer que el amor está presente en el mundo y que este amor es más fuerte que toda clase de mal, en que el hombre, la humanidad, el mundo están metidos. Creer en ese amor significa *creer en la misericordia*. En efecto, es ésta la dimensión indispensable del amor, es como su segundo nombre y a la vez el modo específico de su revelación y actuación respecto a la realidad del mal presente en el mundo que afecta al hombre y lo asedia, que se insinúa asimismo en su corazón y puede hacerle «perecer en la gehena» (Mt 10, 28).

2.2.1.5 La Madre de la Misericordia

En estas palabras pascuales de la Iglesia resuenan en la plenitud de su contenido profético las ya pronunciadas por María durante la visita hecha a Isabel, mujer de Zacarías: «Su misericordia de generación en generación» (Lc 1, 50). Ellas, ya desde el momento de la encarnación, abren una nueva perspectiva en la historia de la salvación. Después de la resurrección de Cristo, esta

perspectiva se hace nueva en el aspecto histórico y, a la vez, lo es en sentido escatológico. Desde entonces se van sucediendo siempre nuevas generaciones de hombres dentro de la inmensa familia humana, en dimensiones crecientes; se van sucediendo además nuevas generaciones del Pueblo de Dios, marcadas por el estigma de la cruz y de la resurrección, «selladas» (2 Cor 1, 21 s), a su vez con el signo del misterio pascual de Cristo, revelación absoluta de la misericordia proclamada por María en el umbral de la casa de su pariente: «su misericordia de generación en generación». (Lc 1, 50).

Además, María es la que de manera singular y excepcional ha experimentado —como nadie— la misericordia y, también de manera excepcional, ha hecho posible con el sacrificio de su corazón la propia participación en la revelación de la misericordia divina. Tal sacrificio está estrechamente vinculado con la cruz de su Hijo, a cuyos pies ella se encontraría en el Calvario. Este sacrificio suyo es una participación singular en la revelación de la misericordia, es decir, en la absoluta fidelidad de Dios al propio amor, a la alianza querida por El desde la eternidad y concluida en el tiempo con el hombre, con el pueblo, con la humanidad; es la participación en la revelación definitivamente cumplida a través de la cruz. *Nadie ha experimentado, como la Madre del Crucificado* el misterio de la cruz, el pasmoso encuentro de la trascendente justicia divina con el amor: el «beso» dado por la misericordia a la justicia (Sal 85 (84), 11). Nadie como ella, María, ha acogido de corazón ese misterio: aquella dimensión verdaderamente divina de la redención, llevada a efecto en el Calvario mediante la muerte de su Hijo, junto con el sacrificio de su corazón de madre, junto con su «Fiat» definitivo.

María pues es la que conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina. Sabe su precio y sabe cuán alto es. En este sentido la llamamos también *Madre de la misericordia*: Virgen de la

misericordia o Madre de la divina misericordia; en cada uno de estos títulos se encierra un profundo significado teológico, porque expresan la preparación particular de su alma, de toda su personalidad, sabiendo ver primeramente a través de los complicados acontecimientos de Israel, y de todo hombre y de la humanidad entera después, aquella misericordia de la que « por todas las generaciones » (Lc 1, 50), nos hacemos partícipes según el eterno designio de la Santísima Trinidad.

Los susodichos títulos que atribuimos a la Madre de Dios nos hablan no obstante de ella, por encima de todo, como Madre del Crucificado y del Resucitado; como de *aquella que, habiendo experimentado la misericordia de modo excepcional, « merece »* de igual manera *tal misericordia* a lo largo de toda su vida terrena, en particular a los pies de la cruz de su Hijo; finalmente, como de aquella que a través de la participación escondida y, al mismo tiempo, incomparable en la misión mesiánica de su Hijo ha sido llamada singularmente a acercar los hombres al amor que Él había venido a revelar: amor que halla su expresión más concreta en aquellos que sufren, en los pobres, los prisioneros, los que no ven, los oprimidos y los pecadores, tal como habló de ellos Cristo, siguiendo la profecía de Isaías, primero en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 18), y más tarde en respuesta a la pregunta hecha por los enviados de Juan Bautista. (Lc 7, 22).

Precisamente, en este amor «misericordioso», manifestado ante todo en contacto con el mal moral y físico, participaba de manera singular y excepcional el corazón de la que fue Madre del Crucificado y del Resucitado —participaba María—. En ella y por ella, tal amor no cesa de revelarse en la historia de la Iglesia y de la humanidad. Tal revelación es especialmente fructuosa, porque se funda, por parte de la Madre de Dios, sobre el tacto singular de su corazón materno,

sobre su sensibilidad particular, sobre su especial aptitud para llegar a todos aquellos que *aceptan más fácilmente el amor misericordioso de parte de una madre*. Este es uno de los misterios más grandes y vivificantes del cristianismo, tan íntimamente vinculado con el misterio de la encarnación.

Comentario.

Al lado de María podemos entrar en el misterio de Cristo, podemos sentir que estamos salvados siempre y cuando nos acercamos a María siempre digamos: gracias madre, porque sé que el único camino corto para llegar a Jesús eres tú María.

2.2.1.6 La Misericordia de Dios en la misión de la iglesia

2.2.1.6.1 La Iglesia profesa la misericordia de Dios y la proclama

La Iglesia debe *profesar y proclamar la misericordia divina en toda su verdad*, cual nos ha sido transmitida por la revelación. En las páginas precedentes de este documento hemos tratado de delinear al menos el perfil de esta verdad que encuentra tan rica expresión en toda la Sagrada Escritura y en la Tradición. En la vida cotidiana de la Iglesia la verdad acerca de la misericordia de Dios, expresada en la Biblia, resuena cual eco perenne a través de numerosas lecturas de la Sagrada Liturgia. La percibe el auténtico sentido de la fe del Pueblo de Dios, como atestiguan varias expresiones de la piedad personal y comunitaria. Sería ciertamente difícil enumerarlas y resumirlas todas, ya que la mayor parte de ellas están vivamente inscritas en lo íntimo de los corazones y de las conciencias humanas. Si algunos teólogos afirman que la misericordia es el más grande entre los atributos y las perfecciones de Dios, la Biblia, la Tradición y toda la vida de fe del Pueblo de Dios dan testimonios exhaustivos de ello. No se trata aquí de la perfección de la

inescrutable esencia de Dios dentro del misterio de la misma divinidad, sino de la perfección y del atributo con que el hombre, en la verdad íntima de su existencia, se encuentra particularmente cerca y no raras veces con el Dios vivo. Conforme a las palabras dirigidas por Cristo a Felipe, (Jn 14, 9 s) «la visión del Padre»—visión de Dios mediante la fe—halla precisamente en el encuentro con su misericordia un momento singular de sencillez interior y de verdad, semejante a la que encontramos en la parábola del hijo pródigo.

«Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14, 9 s). La Iglesia profesa la misericordia de Dios, la Iglesia vive de ella en su amplia experiencia de fe y también en sus enseñanzas, contemplando constantemente a Cristo, concentrándose en EL, en su vida y en su evangelio, en su cruz y en su resurrección, en su misterio entero. Todo esto que forma la «visión» de Cristo en la fe viva y en la enseñanza de la Iglesia nos acerca a la «visión del Padre» en la santidad de su misericordia. La Iglesia parece profesar de manera particular la misericordia de Dios y venerarla dirigiéndose al corazón de Cristo. En efecto, precisamente el acercarnos a Cristo en el misterio de su corazón, nos permite detenernos en este punto en un cierto sentido y al mismo tiempo accesible en el plano humano—de la revelación del amor misericordioso del Padre, que ha constituido el núcleo central de la misión mesiánica del Hijo del Hombre.

La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia—el atributo más estupendo del Creador y del Redentor—y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora. En este ámbito tiene un gran significado la meditación constante de la palabra de Dios, y sobre todo la participación consciente y madura en la Eucaristía y en el sacramento de la penitencia o reconciliación. La Eucaristía nos acerca siempre a aquel amor que es más fuerte que la muerte: en efecto, «cada vez que comemos

de este pan o bebemos de este cáliz», no sólo anunciamos la muerte del Redentor, sino que además proclamamos su resurrección, mientras esperamos su venida en la gloria. (1 Cor 11, 26; aclamación en el misal romano). El mismo rito eucarístico, celebrado en memoria de quien en su misión mesiánica nos ha revelado al Padre, por medio de la palabra y de la cruz, atestigua el *amor inagotable*, en virtud del cual desea siempre El unirse e identificarse con nosotros, saliendo al encuentro de todos los corazones humanos. Es el sacramento de la penitencia o reconciliación el que allana el camino a cada uno, incluso cuando se siente bajo el peso de grandes culpas. En este sacramento cada hombre puede experimentar de manera singular la misericordia, es decir, el amor que es más fuerte que el pecado. Se ha hablado ya de ello en la encíclica *Redemptor Hominis*; convendrá sin embargo volver una vez más sobre este tema fundamental.

Precisamente porque existe el pecado en el mundo, al que «Dios amó tanto. Que lo dio su Hijo unigénito», (Jn 3, 16). Dios que «es amor» (1 Jn 4, 8), *no puede revelarse de otro modo si no es como misericordia*. Esta corresponde no sólo con la verdad más profunda de ese amor que es Dios, sino también con la verdad interior del hombre y del mundo que es su patria temporal.

La misericordia en sí misma, en cuanto perfección de Dios infinito es también infinita. Infinita pues e inagotable es la prontitud del Padre en acoger a los hijos pródigos que vuelven a casa. *Son infinitas la prontitud y la fuerza del perdón* que brotan continuamente del valor admirable del sacrificio de su Hijo. No hay pecado humano que prevalezca por encima de esta fuerza y ni siquiera que la limite. Por parte del hombre puede limitarla únicamente la falta de buena voluntad, la falta de prontitud en la conversión y en la penitencia, es decir, su perdurar en la obstinación, oponiéndose a la gracia y a la verdad especialmente frente al testimonio de la cruz y de la resurrección de Cristo.

Por tanto, la Iglesia profesa y proclama la conversión. La conversión a Dios consiste siempre en *descubrir su misericordia*, es decir, ese amor que es paciente y benigno (1 Cor 13, 4), a medida del Creador y Padre: el amor, al que «Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo» (2 Cor 1, 3), es fiel hasta las últimas consecuencias en la historia de la alianza con el hombre: hasta la cruz, hasta la muerte y la resurrección de su Hijo. La conversión a Dios es siempre fruto del «reencuentro» de este Padre, rico en misericordia.

El auténtico conocimiento de Dios, Dios de la misericordia y del amor benigno, es una constante e inagotable fuente de conversión, no solamente como momentáneo acto interior, sino también como disposición estable, como estado de ánimo. Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo «ven» así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a Él. Viven pues *in statu conversionis*; es este estado el que traza la componente más profunda de la peregrinación de todo hombre por la tierra *in statu viatoris*. Es evidente que la Iglesia profesa la misericordia de Dios, revelada en Cristo crucificado y resucitado, no sólo con la palabra de sus enseñanzas, sino, por encima de todo, con la más profunda pulsación de la vida de todo el Pueblo de Dios. Mediante este testimonio de vida, la Iglesia cumple la propia misión del Pueblo de Dios, misión que es participación y, en cierto sentido, continuación de la misión mesiánica del mismo Cristo.

La Iglesia contemporánea es altamente consciente de que únicamente sobre la base de la misericordia de Dios podrán hacer realidad los cometidos que brotan de la doctrina del Concilio Vaticano II, en primer lugar, el cometido ecuménico que tiende a unir a todos los que confiesan a Cristo. Iniciando múltiples esfuerzos en tal dirección, la Iglesia confiesa con humildad que solo ese *amor*, más fuerte que la debilidad de las divisiones humanas, *puede realizar definitivamente*

la unidad por la que oraba Cristo al Padre y que el Espíritu no cesa de pedir para nosotros «con gemidos inenarrables» (Rom 8, 26).

2.2.1.8 La Iglesia recurre a la misericordia divina

La Iglesia proclama la verdad de la misericordia de Dios, revelada en Cristo crucificado y resucitado, y la profesa de varios modos. Además, trata de practicar la misericordia para con los hombres a través de los hombres, viendo en ello una condición indispensable de la solicitud por un mundo mejor y «más humano», hoy y mañana. Sin embargo, en ningún momento y en ningún período histórico —especialmente en una época tan crítica como la nuestra— la Iglesia puede olvidar *la oración que es un grito a la misericordia de Dios* ante las múltiples formas de mal que pesan sobre la humanidad y la amenazan. Precisamente éste es el fundamental derecho-deber de la Iglesia en Jesucristo: es el derecho-deber de la Iglesia para con Dios y para con los hombres. La conciencia humana, cuanto más pierde el sentido del significado mismo de la palabra «misericordia», sucumbiendo a la secularización; cuanto más se distancia del misterio de la misericordia alejándose de Dios, tanto más *la Iglesia tiene el derecho y el deber* de recurrir al Dios de la misericordia «con poderosos clamores» (Heb 5, 7). Estos poderosos clamores deben estar presentes en la Iglesia de nuestros tiempos, dirigidos a Dios, para implorar su misericordia, cuya manifestación ella profesa y proclama en cuanto realizada en Jesús crucificado y resucitado, esto es, en el misterio pascual. Es este misterio el que lleva en sí la más completa revelación de la misericordia, es decir, del amor que es más fuerte que la muerte, más fuerte que el pecado y que todo mal, del amor que eleva al hombre de las caídas graves y lo libera de las más grandes amenazas.

El hombre contemporáneo siente estas amenazas. Lo que, a este respecto, ha sido dicho más arriba es solamente un simple esbozo. El hombre contemporáneo se interroga con frecuencia, con ansia profunda, sobre la solución de las terribles tensiones que se han acumulado sobre el mundo y que se entrelazan en medio de los hombres. Y si tal vez no tiene *la valentía de pronunciar la palabra «misericordia»*, o en su conciencia privada de todo contenido religioso no encuentra su equivalente, *tanto más se hace necesario que la Iglesia pronuncie esta palabra*, no sólo en nombre propio sino también en nombre de todos los hombres contemporáneos.

Es pues necesario que todo cuanto he dicho en el presente documento sobre la misericordia *se transforme continuamente en una ferviente plegaria*: en un grito que implore la misericordia en conformidad con las necesidades del hombre en el mundo contemporáneo. Que este *grito condense toda la verdad sobre la misericordia*, que ha hallado tan rica expresión en la Sagrada Escritura y en la Tradición, así como en la auténtica vida de fe de tantas generaciones del Pueblo de Dios. Con tal grito nos volvemos, como todos los escritores sagrados, al Dios que no puede despreciar nada de lo que ha creado, (Sab 11, 24; Sal 145 (144), 9; Gen 1, 31), al Dios que es fiel a sí mismo, a su paternidad y a su amor. Y al igual que los profetas, recurramos al amor que tiene características maternas y, a semejanza de una madre, sigue a cada uno de sus hijos, a toda oveja extraviada, aunque hubiese millones de extraviados, aunque en el mundo la iniquidad prevaleciese sobre la honestidad, aunque la humanidad contemporánea mereciese por sus pecados un nuevo «diluvio», como lo mereció en su tiempo la generación de Noé. Recurramos al amor paterno que Cristo nos ha revelado en su misión mesiánica y que alcanza su culmen en la cruz, en su muerte y resurrección. Recurramos a Dios mediante Cristo, recordando las palabras del *Magnificat* de María, que proclama la misericordia «de generación en generación». Imploramos la misericordia divina para la generación contemporánea. La Iglesia que, siguiendo el ejemplo de María, trata de

ser también madre de los hombres en Dios, exprese en esta plegaria su materna solicitud y al mismo tiempo su amor confiado, del que nace la más ardiente necesidad de la oración.

Elevemos nuestras *súplicas, guiados por la fe, la esperanza, la caridad* que Cristo ha injertado en nuestros corazones. Esta actitud es asimismo amor hacia Dios, a quien a veces el hombre contemporáneo ha alejado de sí ha hecho ajeno a sí, proclamando de diversas maneras que es algo «superfluo». Esto es pues *amor a Dios*, cuya ofensa-rechazo por parte del hombre contemporáneo sentimos profundamente, dispuestos a gritar con Cristo en la cruz: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). Esto es al mismo tiempo *amor a los hombres*, a todos los hombres sin excepción y división alguna: sin diferencias de raza, cultura, lengua, concepción del mundo, sin distinción entre amigos y enemigos. Esto es amor a los hombres que desea todo bien verdadero a cada uno y a toda la comunidad humana, a toda familia, nación, grupo social; a los jóvenes, los adultos, los padres, los ancianos, los enfermos: es amor a todos, sin excepción. Esto es amor, es decir, solicitud apremiante para garantizar a cada uno todo bien auténtico y alejar y conjurar el mal.

Y si alguno de los contemporáneos no comparte la fe y la esperanza que me inducen, en cuanto siervo de Cristo y ministro de los misterios de Dios (1 Cor 4, 1), a implorar en esta hora de la historia la misericordia de Dios en favor de la humanidad, que trate al menos de comprender *el motivo de esta premura. Está dictada por el amor al hombre*, a todo lo que es humano y que, según la intuición de gran parte de los contemporáneos, está amenazado por un peligro inmenso. El misterio de Cristo que, desvelándonos la gran vocación del hombre, me ha impulsado a confirmar en la Encíclica *Redemptor Hominis* su incomparable dignidad, me obliga al mismo tiempo a proclamar la misericordia como amor compasivo de Dios, revelado en el mismo misterio de Cristo,

Ello me obliga también a recurrir a tal misericordia y a implorarla en esta difícil, crítica fase de la historia de la Iglesia y del mundo, mientras nos encaminamos al final del segundo Milenio.

En el nombre de Jesucristo, crucificado y resucitado, en el espíritu de su misión mesiánica, que permanece en la historia de la humanidad, *elevemos nuestra voz y supliquemos* que en esta etapa de la historia se revele una vez más aquel Amor que está en el Padre y que por obra del Hijo y del Espíritu Santo se haga presente en el mundo contemporáneo como más fuerte que el mal: más fuerte que el pecado y la muerte. Supliquemos por intercesión de Aquella que no cesa de proclamar «la misericordia de generación en generación», y también de aquellos en quienes se han cumplido hasta el final las palabras del sermón de la montaña: «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5, 7).

Al continuar el gran cometido de actuar el Concilio Vaticano II, en el que podemos ver justamente una nueva fase de la autorrealización de la Iglesia—a medida de la época en que nos ha tocado vivir—la *Iglesia* misma debe guiarse por la plena conciencia de que en esta obra no le es lícito, en modo alguno, replegarse sobre sí misma. La *razón* de su *ser* es en efecto la de *revelar a Dios*, esto es, al Padre que nos permite «verlo» en Cristo (Jn 14, 9). Por muy fuerte que pueda ser la resistencia de la historia humana; por muy marcada que sea la heterogeneidad de la civilización contemporánea; por muy grande que sea la negación de Dios en el mundo, tanto más grande debe ser la proximidad a ese misterio que, escondido desde los siglos en Dios, ha sido después realmente participado al hombre en el tiempo mediante Jesucristo.

2.2.2 Carta Encíclica “Deus caritas est” del Sumo Pontífice Benedicto XVI, a los obispos a los presbíteros y diáconos a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre el amor cristiano

2.2.2.1 Introducción.

«Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (*I Jn 4, 16*). Estas palabras de la *Primera carta de Juan* expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Además, en este mismo versículo, Juan nos ofrece, por así decir, una formulación sintética de la existencia cristiana: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él».

Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna» (3, 16). La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. En efecto, el israelita creyente reza cada día con las palabras del *Libro del Deuteronomio* que, como bien sabe, compendian el núcleo de su existencia: «Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas» (6, 4-5). Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el *Libro del Levítico*: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (19, 18; *Mc 12, 29- 31*). Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (*I Jn 4, 10*),

ahora el amor ya no es sólo un «mandamiento», sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro.

2.2.2.2 Primera parte: la unidad del amor en la creación y en la historia de la salvación.

Aunque hasta ahora hemos hablado principalmente del Antiguo Testamento, ya se ha dejado entrever la íntima compenetración de los dos Testamentos como única Escritura de la fe cristiana. La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito. Tampoco en el Antiguo Testamento la novedad bíblica consiste simplemente en nociones abstractas, sino en la actuación imprevisible y, en cierto sentido inaudito, de Dios. Este actuar de Dios adquiere ahora su forma dramática, puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la «oveja perdida», la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca la dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: «Dios es amor» (*1 Jn 4, 8*). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar.

Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná (*Jn 6, 31-33*). Si el

mundo antiguo había soñado que, en el fondo, el verdadero alimento del hombre —aquello por lo que el hombre vive— era el *Logos*, la sabiduría eterna, ahora este *Logos* se ha hecho para nosotros verdadera comida, como amor. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos* encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. La imagen de las nupcias entre Dios e Israel se hace realidad de un modo antes inconcebible: lo que antes era estar frente a Dios, se transforma ahora en unión por la participación en la entrega de Jesús, en su cuerpo y su sangre. La «mística» del Sacramento, que se basa en el abajamiento de Dios hacia nosotros, tiene otra dimensión de gran alcance y que lleva mucho más alto de lo que cualquier elevación mística del hombre podría alcanzar.

Pero ahora se ha de prestar atención a otro aspecto: la «mística» del Sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: «El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan», dice san Pablo (*1 Co* 10, 17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y, por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos «un cuerpo», aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el *agapé* se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el *agapé* de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor. El paso desde la Ley y los Profetas al doble mandamiento del amor de Dios y del prójimo, el hacer derivar de este precepto toda la existencia de fe, no es simplemente moral, que podría

darse autónomamente, paralelamente a la fe en Cristo y a su actualización en el Sacramento: fe, culto y *ethos* se compenetran recíprocamente como una sola realidad, que se configura en el encuentro con el *agapé* de Dios. Así, la contraposición usual entre culto y ética simplemente desaparece. En el «culto» mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viceversa —como hemos de considerar más detalladamente aún—, el «mandamiento» del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser «mandado» porque antes es dado.

Las grandes parábolas de Jesús han de entenderse también a partir de este principio. El rico epulón (*Lc* 16, 19-31) suplica desde el lugar de los condenados que se advierta a sus hermanos de lo que sucede a quien ha ignorado frívolamente al pobre necesitado. Jesús, por decirlo así, acoge este grito de ayuda y se hace eco de él para ponernos en guardia, para hacernos volver al recto camino. La parábola del buen Samaritano (*Lc* 10, 25-37) nos lleva sobre todo a dos aclaraciones importantes. Mientras el concepto de «prójimo» hasta entonces se refería esencialmente a los conciudadanos y a los extranjeros que se establecían en la tierra de Israel, y por tanto a la comunidad compacta de un país o de un pueblo, ahora este límite desaparece. Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar. Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto. Aunque se extienda a todos los hombres, el amor al prójimo no se reduce a una actitud genérica y abstracta, poco exigente en sí misma, sino que requiere mi compromiso práctico aquí y ahora. La Iglesia tiene siempre el deber de interpretar cada vez esta relación entre lejanía y proximidad, con vistas a la vida práctica de sus miembros. En fin, se ha de recordar de modo particular la gran parábola del Juicio final (*Mt* 25, 31-46), en el cual el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa

de una vida humana. Jesús se identifica con los pobres: los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados. «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (*Mt 25, 40*). Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios.

2.2.2.3 Segunda parte: caritas. El ejercicio del amor por parte de la iglesia como «comunidad de amor».

Ves la Trinidad si ves el amor. San Agustín, (426dc), VIII, 8, 12. En las reflexiones precedentes hemos podido fijar nuestra mirada sobre el Traspasado (*Jn 19, 37; Za 12, 10*), reconociendo el designio del Padre que, movido por el amor (*Jn 3, 16*), ha enviado el Hijo unigénito al mundo para redimir al hombre. Al morir en la cruz —como narra el evangelista—, Jesús «entregó el espíritu» (*Jn 19, 30*), preludio del don del Espíritu Santo que otorgaría después de su resurrección (*Jn 20, 22*). Se cumpliría así la promesa de los «torrentes de agua viva» que, por la efusión del Espíritu, manarían de las entrañas de los creyentes (*Jn 7, 38-39*). En efecto, el Espíritu es esa potencia interior que armoniza su corazón con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como Él los ha amado, cuando se ha puesto a lavar los pies de sus discípulos (*Jn 13, 1-13*) y, sobre todo, cuando ha entregado su vida por todos (*Jn 13, 1; 15, 13*).

El Espíritu es también la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia. Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos, empresa tantas veces heroica en su realización histórica; y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana. Por tanto, el amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los

sufrimientos y las necesidades, incluso materiales, de los hombres. Es este aspecto, este *servicio de la caridad*, al que deseo referirme en esta parte de la Encíclica.

2.2.2.3.1 Los responsables de la acción caritativa de la Iglesia

Finalmente, debemos dirigir nuestra atención a los responsables de la acción caritativa de la Iglesia ya mencionados. En las reflexiones precedentes se ha visto claro que el verdadero sujeto de las diversas organizaciones católicas que desempeñan un servicio de caridad es la Iglesia misma, y eso a todos los niveles, empezando por las parroquias, a través de las Iglesias particulares, hasta llegar a la Iglesia universal. Por esto fue muy oportuno que mi venerado predecesor Pablo VI instituyera el Consejo Pontificio *Cor unum* como organismo de la Santa Sede responsable para la orientación y coordinación entre las organizaciones y las actividades caritativas promovidas por la Iglesia católica. Además, es propio de la estructura episcopal de la Iglesia que los obispos, como sucesores de los Apóstoles, tengan en las Iglesias particulares la primera responsabilidad de cumplir, también hoy, el programa expuesto en los *Hechos de los Apóstoles* (cf. 2, 42-44): la Iglesia, como familia de Dios, debe ser, hoy como ayer, un lugar de ayuda recíproca y al mismo tiempo de disponibilidad para servir también a cuantos fuera de ella necesitan ayuda. Durante el rito de la ordenación episcopal, el acto de consagración propiamente dicho está precedido por algunas preguntas al candidato, en las que se expresan los elementos esenciales de su oficio y se le recuerdan los deberes de su futuro ministerio. El *Código de Derecho Canónico*, en los cánones relativos al ministerio episcopal, no habla expresamente de la caridad como un ámbito específico de la actividad episcopal, sino sólo, de modo general, del deber del Obispo de coordinar las diversas obras de apostolado respetando su propia índole Can. 394; (*Código de los cánones de las Iglesias Orientales*, can. 203). Recientemente, no obstante, el *Directorio para el ministerio pastoral de los obispos* ha profundizado más concretamente el deber de la caridad como cometido

intrínseco de toda la Iglesia y del Obispo en su diócesis (nn. 193-198: pp. 209-215) y ha subrayado que el ejercicio de la caridad es una actividad de la Iglesia como tal y que forma parte esencial de su misión originaria, al igual que el servicio de la Palabra y los Sacramentos (Ib, 194: p. 210).

. Por lo que se refiere a los colaboradores que desempeñan en la práctica el servicio de la caridad en la Iglesia, ya se ha dicho lo esencial: no han de inspirarse en los esquemas que pretenden mejorar el mundo siguiendo una ideología, sino dejarse guiar por la fe que actúa por el amor (cf. *Ga* 5, 6). Han de ser, pues, personas movidas ante todo por el amor de Cristo, personas cuyo corazón ha sido conquistado por Cristo con su amor, despertando en ellos el amor al prójimo. El criterio inspirador de su actuación debería ser lo que se dice en la *Segunda carta a los Corintios*: «Nos apremia el amor de Cristo» (5, 14). La conciencia de que, en Él, Dios mismo se ha entregado por nosotros hasta la muerte, tiene que llevarnos a vivir no ya para nosotros mismos, sino para Él y, con Él, para los demás. Quien ama a Cristo ama a la Iglesia y quiere que ésta sea cada vez más expresión e instrumento del amor que proviene de Él. El colaborador de toda organización caritativa católica quiere trabajar con la Iglesia y, por tanto, con el Obispo, con el fin de que el amor de Dios se difunda en el mundo. Por su participación en el servicio de amor de la Iglesia, desea ser testigo de Dios y de Cristo y, precisamente por eso, hacer el bien a los hombres gratuitamente.

La apertura interior a la dimensión católica de la Iglesia ha de predisponer al colaborador a sintonizar con las otras organizaciones en el servicio a las diversas formas de necesidad; pero esto debe hacerse respetando la fisonomía específica del servicio que Cristo pidió a sus discípulos. En su himno a la caridad (cf. *I Co* 13), san Pablo nos enseña que ésta es siempre algo más que una simple actividad: «Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve. Este himno debe ser la *Carta Magna* de todo el servicio eclesial; en

él se resumen todas las reflexiones que he expuesto sobre el amor a lo largo de esta Carta encíclica. La actuación práctica resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor por el hombre, un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo. La íntima participación personal en las necesidades y sufrimientos del otro se convierte así en un darme a mí mismo: para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona.

Éste es un modo de servir que hace humilde al que sirve. No adopta una posición de superioridad ante el otro, por miserable que sea momentáneamente su situación. Cristo ocupó el último puesto en el mundo —la cruz—, y precisamente con esta humildad radical nos ha redimido y nos ayuda constantemente. Quien es capaz de ayudar reconoce que, precisamente de este modo, también él es ayudado; el poder ayudar no es mérito suyo ni motivo de orgullo. Esto es gracia. Cuanto más se esfuerza uno por los demás, mejor comprenderá y hará suya la palabra de Cristo: «Somos unos pobres siervos» (*Lc 17,10*). En efecto, reconoce que no actúa fundándose en una superioridad o mayor capacidad personal, sino porque el Señor le concede este don. A veces, el exceso de necesidades y lo limitado de sus propias actuaciones le harán sentir la tentación del desaliento. Pero, precisamente entonces, le aliviará saber que, en definitiva, él no es más que un instrumento en manos del Señor; se liberará así de la presunción de tener que mejorar el mundo —algo siempre necesario— en primera persona y por sí solo. Hará con humildad lo que le es posible y, con humildad, confiará el resto al Señor. Quien gobierna el mundo es Dios, no nosotros. Nosotros le ofrecemos nuestro servicio sólo en lo que podemos y hasta que Él nos dé fuerzas. Sin embargo, hacer todo lo que está en nuestras manos con las capacidades que tenemos, es la tarea que mantiene siempre activo al siervo bueno de Jesucristo: «Nos apremia el amor de Cristo» (*Co 5, 14*).

Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo. Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo. La familiaridad con el Dios personal y el abandono a su voluntad impiden la degradación del hombre, lo salvan de la esclavitud de doctrinas fanáticas y terroristas. Una actitud auténticamente religiosa evita que el hombre se erija en juez de Dios, acusándolo de permitir la miseria sin sentir compasión por sus criaturas. Pero quien pretende luchar contra Dios apoyándose en el interés del hombre, ¿con quién podrá contar cuando la acción humana se declare impotente?

Es cierto que Job puede quejarse ante Dios por el sufrimiento incomprensible y aparentemente injustificable que hay en el mundo. Por eso, en su dolor, dice: «¡Quién me diera saber encontrarle, poder llegar a su morada!... Sabría las palabras de su réplica, comprendería lo que me dijera. ¿Precisaría gran fuerza para disputar conmigo?»

2.2.3 Exhortación Apostólica post-sinodal “Reconciliatio et paenitentia” de Juan Pablo II, al episcopado al clero y a los fieles sobre la reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia hoy

2.2.3.1. Proemio: origen y significado del documento

Hablar de reconciliación y penitencia es, para los hombres y mujeres de nuestro tiempo, una invitación a volver a encontrar —traducidas al propio lenguaje— las mismas palabras con las que Nuestro Salvador y Maestro Jesucristo quiso inaugurar su predicación: «Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15), esto es, acoged la Buena Nueva del amor, de la adopción como hijos de Dios y, en consecuencia, de la fraternidad. Hay una primera afirmación si queremos sentir la misericordia de Dios, que es la conversión, que se traduce creer en Jesús que es el Hijo de Dios, que se encarnó para redimirnos y que al final de la historia el mismo Jesús vendrá con poder y gloria para separar los corderos de las cabras.

2.2.3.2 ¿Por qué la Iglesia propone de nuevo este tema, y esta invitación?

El ansia por conocer y comprender mejor al hombre de hoy y al mundo contemporáneo, por descifrar su enigma y por desvelar su misterio; el deseo de poder discernir los fermentos de bien o de mal que se agitan ya desde hace bastante tiempo; todo esto, lleva a muchos a dirigir a este hombre y a este mundo una mirada interrogante. Es la mirada del historiador y del sociólogo, del filósofo y del teólogo, del psicólogo y del humanista, del poeta y del místico; es sobre todo la mirada preocupada y a pesar de todo cargada de esperanza del pastor.

Dicha mirada se refleja de una manera ejemplar en cada página de la importante Constitución Pastoral del Concilio Vaticano II *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo y,

de modo particular, en su amplia y penetrante introducción. Se refleja igualmente en algunos Documentos emanados de la sabiduría y de la caridad pastoral de mis venerados Predecesores, cuyos luminosos pontificados estuvieron marcados por el acontecimiento histórico y profético de tal Concilio Ecuménico.

Al igual que las otras miradas, también la del pastor vislumbra, por desgracia, entre otras características del mundo y de la humanidad de nuestro tiempo, la existencia de numerosas, profundas y dolorosas divisiones.

2.2.3.3 Un mundo en pedazos

Es evidente que en la historia de los hombres siempre ha habido divisiones, conflictos, guerras, pero también ha habido personas y habrá personas promotoras de paz y llenas de santidad que quieren un mundo unido esto es las personas santas que la iglesia las canoniza y pide su intercesión.

Estas divisiones se manifiestan en las relaciones entre las personas y los grupos, pero también a nivel de colectividades más amplias: Naciones contra Naciones y bloques de Países enfrentados en una afanosa búsqueda de hegemonía. En la raíz de las rupturas no es difícil individuar conflictos que, en lugar de resolverse a través del diálogo, se agudizan en la confrontación y el contraste.

Indagando sobre los elementos generadores de división, observadores atentos detectan los más variados: desde la creciente desigualdad entre grupos, clases sociales y Países, a los antagonismos ideológicos todavía no apagados; desde la contraposición de intereses económicos, a las polarizaciones políticas; desde las divergencias tribales a las discriminaciones por motivos socio religiosos.

2.2.3.4 Primera parte: conversión y reconciliación tarea y empeño de la Iglesia.

2.2.3.4.1 Capítulo primero: una parábola de la reconciliación.

Al comienzo de esta Exhortación Apostólica se presenta a mi espíritu la página extraordinaria de S. Lucas, que ya he tratado de ilustrar en un Documento mío anteriormente. Juan Pablo II, 1980 p, 5-6: Me refiero a la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32).

2.2.3.4.2 Del hermano que estaba perdido...

Un hombre tenía dos hijos. El más joven dijo al Padre: "Padre, dame la parte de herencia que me corresponde", dice Jesús poniendo al vivo la dramática vicisitud de aquel joven: la azarosa marcha de la casa paterna, el despilfarro de todos sus bienes llevando una vida disoluta y vacía, los tenebrosos días de la lejanía y del hambre, pero más aún, de la dignidad perdida, de la humillación y la vergüenza y, finalmente, la nostalgia de la propia casa, la valentía del retorno, la acogida del Padre. Este, ciertamente no había olvidado al hijo, es más, había conservado intacto su afecto y estima. Siempre lo había esperado y ahora lo abraza mientras hace comenzar la gran fiesta por el regreso de «aquel que había muerto y ha resucitado, se había perdido y ha sido encontrado.

El hombre todo hombre es este hijo pródigo: hechizado por la tentación de separarse del Padre para vivir independientemente la propia existencia; caído en la tentación; desilusionado por el vacío que, como espejismo, lo había fascinado; solo, deshonrado, explotado mientras buscaba construirse un mundo todo para sí; atormentado incluso desde el fondo de la propia miseria por el deseo de volver a la comunión con el Padre. Como el padre de la parábola, Dios anhela el regreso

del hijo, lo abraza a su llegada y adereza la mesa para el banquete del nuevo encuentro, con el que se festeja la reconciliación.

Lo que más destaca en la parábola es la acogida festiva y amorosa del padre al hijo que regresa: signo de la misericordia de Dios, siempre dispuesto a perdonar. En una palabra: la reconciliación es principalmente un *don del Padre celestial*.

2.2.3.4.3 capítulo segundo: a las fuentes de la reconciliación

2.2.3.4.4 En la luz de Cristo reconciliador

Como se deduce de la parábola del hijo pródigo, la reconciliación es un *don de Dios*, una *iniciativa* suya. Mas nuestra fe nos enseña que esta iniciativa se concreta en el misterio de Cristo redentor, reconciliador, que libera al hombre del pecado en todas sus formas. El mismo S. Pablo no duda en resumir en dicha tarea y función la misión incomparable de Jesús de Nazaret, Verbo e Hijo de Dios hecho hombre.

También nosotros podemos partir de este *misterio central de la economía de la salvación*, punto clave de la cristología del Apóstol. «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo escribe a los Romanos mucho más, reconciliados ya, seremos salvos en su vida. Y no solo reconciliados, sino que nos gloriamos en Dios Nuestro Señor Jesucristo, por quien recibimos ahora la reconciliación» (Rom 5, 10 s; Col 1, 20-22). Puesto que Dios nos ha reconciliado con sí por medio de Cristo», Pablo se siente inspirado a exhortar a los cristianos de Corinto: «Reconciliaos con Dios» (2 Cor 5, 18. 20).

De esta misión reconciliadora mediante la muerte en la cruz hablaba, en otros términos, el evangelista Juan al observar que Cristo debía morir «para reunir en uno todos los hijos de Dios que estaban dispersos (Jn 11, 52).

Pero S. Pablo nos permite ampliar más aún nuestra visión de la obra de Cristo a dimensiones cósmicas, cuando escribe que en Él, el Padre ha reconciliado consigo todas las criaturas, las del cielo y las de la tierra (Col 1, 20). Con razón se puede decir de Cristo redentor que «en el tiempo de la ira ha sido hecho reconciliación» (Eclo 44, 17), y que, si Él es «nuestra paz» (Ef 2, 14), es también nuestra reconciliación.

Con toda razón, por tanto, su pasión y muerte, renovadas sacramentalmente en la Eucaristía, son llamadas por la liturgia «Sacrificio de reconciliación» (*Plegaria Eucarística III*): reconciliación con Dios, y también con los hermanos, puesto que Jesús mismo nos enseña que la reconciliación fraterna ha de hacerse antes del sacrificio (Mt 5, 23 s). Por consiguiente, partiendo de estos y de otros autorizados y significativos lugares neotestamentarios, es legítimo hacer converger las reflexiones acerca de todo el misterio de Cristo en torno a su misión de reconciliador.

Una vez más se ha de proclamar la fe de la Iglesia en el acto redentor de Cristo, en el misterio pascual de su muerte y resurrección, como causa de la reconciliación del hombre en su doble aspecto de liberación del pecado y de comunión de gracia con Dios. Y precisamente ante el doloroso cuadro de las divisiones y de las dificultades de la reconciliación *entre los hombres*, invito a mirar hacia el *mysterium Crucis* como al drama más alto en el que Cristo percibe y sufre hasta el fondo el drama de la división del hombre con respecto a Dios, hasta el punto de gritar con las palabras del Salmista: «Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46; Mc 15, 34; *Sal* 22 [21], 2), llevando a cabo, al mismo tiempo, nuestra propia reconciliación.

La mirada fija en el misterio del Gólgota debe hacernos recordar siempre aquella *dimensión* «*vertical*» de la división y de la reconciliación en lo que respecta a la relación hombre-Dios, que para la mirada de la fe prevalece siempre sobre la *dimensión* “*horizontal*», esto es, sobre la realidad de la división y sobre la necesidad de la reconciliación entre los hombres. Nosotros sabemos, en efecto, que tal reconciliación entre los mismos no es y no puede ser sino el fruto del acto redentor de Cristo, muerto y resucitado para derrotar el reino del pecado, restablecer la alianza con Dios y de este modo derribar el muro de separación (Ef 2, 14-16), que el pecado había levantado entre los hombres.

2.2.3.4.5 Capítulo tercero: la iniciativa de Dios y el ministerio de la Iglesia.

2.2.3.4.6 La reconciliación viene de Dios.

Dios es fiel a su designio eterno incluso cuando el hombre, empujado por el Maligno (*Sab* 2, 24), y arrastrado por su orgullo, abusa de la libertad que le fue dada para amar y buscar el bien generosamente, negándose a obedecer a su Señor y Padre; continúa siéndolo incluso cuando el hombre, en lugar de responder con amor al amor de Dios, se le enfrenta como a un rival, haciéndose ilusiones y presumiendo de sus propias fuerzas, con la consiguiente ruptura de relaciones con Aquel que lo creó. A pesar de esta prevaricación del hombre, *Dios permanece fiel al amor*. Ciertamente, la narración del paraíso del Edén nos hace meditar sobre las funestas consecuencias del rechazo del Padre, lo cual se traduce en un desorden en el interior del hombre y en la ruptura de la armonía entre hombre y mujer, entre hermano y hermano (*Gén* 3, 12 s.; 4, 1-16). También la parábola evangélica de los dos hijos que de formas diversas se alejan del padre, abriendo un abismo entre ellos es significativa. El rechazo del amor paterno de Dios y de sus dones de amor está siempre en la raíz de las divisiones de la humanidad.

Pero nosotros sabemos que Dios «rico en misericordia» (Ef 2, 4), a semejanza del padre de la parábola, no cierra el corazón a ninguno de sus hijos. Él los espera, los busca, los encuentra donde el rechazo de la comunión los hace prisioneros del aislamiento y de la división, los llama a reunirse en torno a su mesa en la alegría de la fiesta del perdón y de la reconciliación.

Esta iniciativa de Dios se concreta y manifiesta en el acto redentor de Cristo que se irradia en el mundo mediante el ministerio de la Iglesia.

En efecto, según nuestra fe, el Verbo de Dios se hizo hombre y ha venido a habitar la tierra de los hombres; ha entrado en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en sí (Ef 1, 10). Él nos ha revelado que Dios es amor y que nos ha dado el «mandamiento nuevo» (Jn 13, 34), del amor, comunicándonos al mismo tiempo la certeza de que la vía del amor se abre a todos los hombres, de tal manera que el esfuerzo por instaurar la fraternidad universal no es vano (Conc. Ecum. Vatic. II, Const. Past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 38). Venciendo con la muerte en la cruz el mal y el poder del pecado con su total obediencia de amor, Él ha traído a toda la salvación y se ha hecho «reconciliación» para todos. En Él Dios ha reconciliado al hombre consigo mismo.

La Iglesia, continuando el anuncio de reconciliación que Cristo hizo resonar por las aldeas de Galilea y de toda Palestina (Mc 1, 15), no cesa de invitar a la humanidad entera a convertirse y a creer en la Buena Nueva. Ella habla en nombre de Cristo, haciendo suya la apelación del apóstol Pablo que ya hemos mencionado: «Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros. Por eso os rogamos: reconciliaos con Dios» (2 Cor 5, 20).

Quien acepta esta llamada entra en la economía de la reconciliación y experimenta la verdad contenida en aquel otro anuncio de San Pablo, según el cual Cristo «es nuestra paz; él hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de separación, la enemistad... estableciendo la paz, y reconciliándolos a ambos en un solo cuerpo con Dios por la cruz» (Ef 2, 14-16). Aunque este texto se refiere directamente a la superación de la división religiosa dentro de Israel en cuanto pueblo elegido del Antiguo Testamento y a los otros pueblos llamados todos ellos a formar parte de la Nueva Alianza, en él encontramos, sin embargo, la afirmación de la nueva universalidad espiritual, querida por Dios y por Él realizada mediante el sacrificio de su Hijo, el Verbo hecho hombre, en favor de todos aquellos que se convierten y creen en Cristo, sin exclusiones ni limitaciones de ninguna clase. Por tanto, todos —cada hombre, cada pueblo— hemos sido llamados a gozar de los frutos de esta reconciliación querida por Dios.

2.2.3.4.7 La Iglesia, gran sacramento de reconciliación

La Iglesia tiene la misión de anunciar esta reconciliación y de ser el sacramento de la misma en el mundo. *Sacramento*, o sea, signo e instrumento de reconciliación es la Iglesia por diferentes títulos de diverso valor, pero todos ellos orientados a obtener lo que la iniciativa divina de misericordia quiere conceder a los hombres. Lo es, sobre todo, por su existencia misma de comunidad reconciliada, que testimonia y representa en el mundo la obra de Cristo.

Además, lo es por su servicio como guardiana e intérprete de la Sagrada Escritura, que es gozosa nueva de reconciliación en cuanto que, generación tras generación, hace conocer el designio amoroso de Dios e indica a cada una de ellas los caminos de la reconciliación universal en Cristo.

Por último, lo es también por los siete sacramentos que, cada uno de ellos en modo peculiar edifican la Iglesia San Agustín, 354, XXII, 17. De hecho, puesto que conmemoran y renuevan el misterio de la Pascua de Cristo, todos los sacramentos son fuente de vida para la Iglesia y, en sus manos, instrumentos de conversión a Dios y de reconciliación de los hombres.

2.2.3.4.8 Otras vías de reconciliación

La misión reconciliadora es propia de toda la Iglesia, y en modo particular de aquella que ya ha sido admitida a la participación plena de la gloria divina con la Virgen María, con los Ángeles y los Santos, que contemplan y adoran al Dios tres veces santo. Iglesia del cielo, Iglesia de la tierra e Iglesia del purgatorio están misteriosamente unidas en esta cooperación con Cristo en reconciliar el mundo con Dios.

Existe además otra vía: la de la predicación. Siendo discípula del único Maestro Jesucristo, la Iglesia, a su vez, como Madre y Maestra, no se cansa de proponer a los hombres la reconciliación y no duda en denunciar la malicia del pecado, en proclamar la necesidad de la conversión, en invitar y pedir a los hombres «reconciliarse con Dios». En realidad, esta es su misión profética en el mundo de hoy como en el de ayer; es la misma misión de su Maestro y Cabeza, Jesús. Como Él, la Iglesia realizará siempre tal misión con sentimientos de amor misericordioso y llevará a todas las palabras de perdón y la invitación a la esperanza que viene de la cruz.

Existe también la vía, frecuentemente difícil y áspera, de la acción pastoral para devolver a cada hombre —sea quien sea y dondequiera se halle— al camino, a veces largo, del retorno al Padre en comunión con todos los hermanos.

2.2.5 Carta del Papa Francisco al concluir el año de la misericordia llamada: “Misericordia et Misera”.

2.2.5.1 Desarrollo.

Misericordia et mísera son las dos palabras que San Agustín usa para comentar el encuentro entre Jesús y la adúltera. Quedaron solos ellos dos: la miseria y la misericordia. Es un tiempo rico de misericordia, que pide ser siempre celebrada y vivida en nuestras comunidades, la misericordia no puede ser un paréntesis en la vida de la Iglesia. Todo se revela en la misericordia, todo se resuelve en el amor misericordioso del padre. Una vez que hemos sido revestidos de misericordia, aunque permanezca la condición de debilidad por el pecado, esta debilidad es superada por el amor que permite mirar más allá y vivir de otra manera.

El perdón es el signo más visible del amor del padre, que Jesús ha querido revelar a lo largo de toda su vida. La misericordia es esta acción concreta del amor que, perdonando, transforma y cambia la vida. Así se manifiesta en Juan José Pérez: La acción de la misericordia divina tiene como fin *curar y fortalecer* para que el hombre viva esa nueva unión que le ha salvado. (La confesión, evento de misericordia, p. 26). Sólo Dios es misericordioso (Ex34, 6), su misericordia dura por siempre (Sal 136), de generación en generación abraza a cada persona que se confía a él y la transforma, dándole su misma vida. Cuanta alegría ha brotado en el corazón de estas dos mujeres, la adúltera y la pecadora. Las lágrimas de vergüenza y de dolor se han transformado en la sonrisa de quien se sabe amado. La misericordia suscita alegría porque el corazón se abre a la esperanza de una vida nueva. La alegría del perdón es difícil de expresar, pero se trasparente en nosotros cada vez que la experimentamos.

Experimentar la misericordia produce alegría. No permitamos que las aflicciones y preocupaciones nos la quiten; que permanezca bien arraigada en nuestro corazón y nos ayude a mirar siempre con serenidad la vida cotidiana.

En una cultura frecuentemente dominada por la técnica, se multiplican las formas de tristeza y soledad en las que caen las personas, entre ellas muchos jóvenes. Se necesitan testigos de la esperanza y de la verdadera alegría para deshacer las quimeras que prometen una felicidad fácil con paraísos artificiales. El vacío profundo de muchos puede ser colmado por la esperanza que llevamos en el corazón y por la alegría que brota de ella.

Y delante de esta mirada amorosa de Dios, que de manera tan prolongada se ha posado sobre cada uno de nosotros, no podemos permanecer indiferentes, porque ella cambia la vida.

Sentimos la necesidad, ante todo de dar gracias al señor y decirle: has sido bueno, señor, con tu tierra. Has perdonado la culpa de tu pueblo (Sal 85,2-3). Así es: Dios ha destruido nuestras culpas y ha arrojado nuestros pecados a lo hondo del mar (Mi 7,19), como dista el oriente del ocaso, así aparta de nosotros nuestros pecados (Sal 103,12).

Ahora, concluido este jubileo es tiempo de mirar hacia adelante y de comprender cómo seguir viviendo con fidelidad, alegría y entusiasmo, la riqueza de la misericordia divina. No limitemos su acción, no hagamos entristecer al espíritu, que siempre indica nuevos senderos para recorrer y llevar a todos los evangelios que salva.

En primer lugar, estamos llamados a celebrar la misericordia. Cuanta riqueza contiene la oración de la Iglesia cuando invoca a Dios como padre misericordioso. En la liturgia, la misericordia no solo se evoca con frecuencia, sino que se recibe y se vive. Desde el inicio hasta el final de la celebración eucarística la misericordia aparece varias veces en el dialogo entre la

asamblea orante y el corazón del padre, que se alegra cada vez que puede derramar su amor misericordioso.

Muchas oraciones colectas se refieren al gran don de la misericordia. En el periodo de cuaresma. Además, la plegaria eucarística cuarta es un himno a la misericordia de Dios. En resumen, cada momento de la celebración eucarística está referido a la misericordia de Dios.

Así en la oración de la Iglesia la referencia a la misericordia lejos de ser solamente parenética es altamente performativa, es decir que mientras la invocamos con fe, nos viene concedida, mientras la confesamos viva y real nos transforma verdaderamente.

El amor es el primer acto con el que Dios se da a conocer y viene a nuestro encuentro. Su amor nos precede siempre, nos acompaña y permanece juntos a nosotros a pesar de nuestro pecado. Comunicar la certeza de que Dios nos ama no es un ejercicio retórico, sino condición de credibilidad del propio sacerdocio.

Deseo vivamente que la palabra de Dios se celebre, se conozca y se difunda cada vez más para que nos ayude a comprender mejor el misterio del amor que brota de esta fuente de misericordia.

Ciertamente, entre esas iniciativas tendrá que estar la difusión más amplia de la *lectio divina*, para que, a través de la lectura del texto sagrado, la vida espiritual se fortalezca y crezca. La gracia es más fuerte y supera cualquier posible resistencia porque el amor todo lo puede (1 cor 3,7).

En el sacramento del perdón, Dios muestra la vía de la conversión hacia él, es un perdón que se obtiene ante todo empezando por vivir la caridad. Reconciliaos con Dios (2 cor 5,20), esta es la invitación que el apóstol dirige también hoy a cada creyente, para que descubra la potencia del amor que transforma en una criatura nueva (2 cor 5,17).

A los sacerdotes renuevo la invitación a prepararse con mucho esmero para el misterio de la confesión, os pido que seáis acogedores con todos, solícitos en ayudar a reflexionar sobre el mal cometido, claros a la hora de presentar los principios morales, disponibles para acompañar a los fieles en el camino penitencial, prudentes en el discernimiento de cada caso concreto, generosos en el momento de dispensar el perdón de Dios.

Quedarse solamente en la ley equivale a banalizar la fe y la misericordia divina. Quiero enfatizar con todas mis fuerzas que el aborto es un pecado grave, porque pone fin a una vida humana inocente. Con la misma fuerza, sin embargo, puedo y debo afirmar que no existe ningún pecado que la misericordia de Dios no pueda perdonar y destruir. Por tanto, que cada sacerdote sea guía, apoyo y alivio a la hora de acompañar a los penitentes en ese camino de reconciliación especial. Establezco por decisión personal que esta facultad se extienda más allá del periodo jubilar. La misericordia tiene también el rostro de la consolación, su misericordia se expresa también en la cercanía, en el afecto y el apoyo que muchos hermanos y hermanas nos ofrecen cuando sobrevienen los días de tristezas y aflicción.

Una palabra de ánimo, un abrazo que te hace sentir comprendido, una caricia que hace percibir el amor, una oración que permite ser más fuerte... son todas expresiones de la cercanía de Dios a través del consuelo ofrecido por los hermanos. No es cierto que el silencio sea un acto de rendición, al contrario, es un momento de fuerza y de amor, la experiencia de la misericordia nos hace capaces de mirar todas las dificultades humanas con la actitud del amor del Dios, que no se cansa de acoger y acompañar. Nuestra vida, con sus alegrías y dolores es algo único e irrepetible, que se desenvuelve bajo la mirada misericordiosa de Dios. En todas las religiones el momento de la muerte, así como el del nacimiento, está acompañado de una presencia religiosa.

Termina el Jubileo y se cierra la puerta santa. Pero la puerta de la misericordia de nuestro corazón permanece siempre abierta, de par en par. Hemos aprendido que Dios se inclina hacia nosotros (Os 11,4). Querer acercarse a Jesús implica hacerse prójimo de los hermanos, porque nada es más agradable al padre que un signo concreto de misericordia. La misericordia renueva y redime, porque es el encuentro de dos corazones: el de Dios, que sale al encuentro, y el del hombre, he sido perdonado, entonces renazco a una vida nueva, he sido “misericordiado”, entonces me convierto en instrumento de misericordia. Existen personas que encarnan realmente la caridad y que llevan continuamente la solidaridad a los más pobres e infelices. La cultura del individualismo exasperado, sobre todo el occidente, hace que se pierda el sentido de la solidaridad y la responsabilidad hacia los demás. Con todo, las obras de misericordias corporales y espirituales constituyen hasta nuestros días una prueba de la incidencia importante y positiva de la misericordia como valor social.

La obra de la misericordia posee un dinamismo inclusivo mediante el cual se extiende en todas las direcciones, sin límites. En la cruz se revela de manera extrema la solidaridad de Jesús con todos los que han perdido la dignidad por que no cuentan con lo necesario. El carácter social de la misericordia obliga a no quedarse inmóviles y a desterrar la indiferencia y la hipocresía, de modo que los planes y proyectos no queden solo en letra muerta. Estamos llamados a hacer que crezca una cultura de la misericordia, una cultura en la que ninguno mire al otro con indiferencia ni aparte la mirada cuando vea el sufrimiento de los hermanos. Las obras de la misericordia son artesanales. La cultura de la misericordia se va plasmado con la oración asidua, con la dócil apertura a la acción del espíritu santo, la familiaridad con la vida de los santos y la cercanía concreta a los pobres. La tentación de quedarse en la teoría sobre la misericordia se supera en la medida que esta se convierte en vida cotidiana de participación y colaboración. Que la experiencia del Jubileo grave en nosotros

las palabras del apóstol Pedro: los que antes erais no compadecidos, ahora sois objeto de compasión (1 P 2, 10).

Este es el tiempo de la misericordia. Cada día de nuestra vida está marcado por la presencia de Dios. Este es tiempo de la misericordia para todos y cada uno, para que nadie piense que está fuera de la cercanía de Dios y de la potencia de su ternura. Es el tiempo de la misericordia, para que cada pecador no deje de pedir perdón y de sentir la mano del padre que acoge y abraza siempre.

Que los ojos misericordiosos de la santa madre de Dios estén siempre vueltos hacia nosotros.

2.2.4 Scripa theologica. Año 2012.

Nueva evangelización. De Antonio Aranda. "renovación de la iglesia y nueva evangelización. Pág. 675-692

2.2.4.1 Evangelizar, misión esencial de la Iglesia.

Al comienzo del tercer milenio resuena en el mundo la invitación que Pedro, junto con su hermano Andrés y con los primeros discípulos, escucho de Jesús mismo: "remar mar adentro, y echad vuestras redes para pescar" (Lc 5, 4). El eco de aquella primera invitación de Jesús a sus discípulos está, en efecto, resonando de modo singular en estos años. La Iglesia sabe que la misión evangelizadora es parte esencial de su razón de existir, y es también consciente de que las circunstancias culturales y sociales del momento presente urgen a desarrollar un proceso evangelizador en cierto modo histórico, y al mismo tiempo *inédito*. La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior y, si hubiera que resumirlo, en una palabra, lo mejor sería decir que la iglesia evangeliza cuando, por las solas fuerzas divina del mensaje que proclama (Rom 1, 16; 1Cor 1, 18; 2, 4), trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal

y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos (VI, P. (1975). Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, n.18)

Todo proceso de evangelización, vienen a decir esas palabras, mira directamente a las personas a las que se dirige para invitarlas y ayudarlas a convertirse en discípulos de Cristo, y contar con ellas para transformar, con la fuerza del evangelio, todos los ambientes de la humanidad.

Evangelizar significa, ante todo, anunciar la fe en Jesucristo como Dios hecho hombre y único salvador de los hombres a quienes no les conocen. Pero significa también promover entre los que ya le conocen actitudes que ayuden a la conversión personal, es decir, al reconocimiento de la salvación que Cristo me entrega y de la que tengo necesidad. El bautismo no puede considerarse como el punto final de la evangelización sino solo como su paso primero, aunque indispensable.

La misión recibida por la Iglesia de hacer discípulos incluye, pues tanto la donación-recepción del bautismo como la sucesiva enseñanza al discípulo de su identidad personal del cristiano, e sus diferentes aspectos.

Si denominamos personalidad al conjunto de elementos tanto innatos como adquiridos en cuya unidad, por personalidad cristiana entendemos lo que va siendo progresivamente configurada en el sujeto merced a su estable decisión de seguir e identificarse con Cristo, y que se expresa como creciente unidad de vida.

Ese cristiano es consciente de su condición de discípulos es el que está en condiciones de cristianizar, de evangelizar su mundo, es decir, de transformar con la fuerza del evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, la línea de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad. (VI, P. (Exh. Ap. Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, n. 19).

2.2.4.2 ¿Por qué es hoy necesaria una nueva evangelización?

Si se ha comenzado a hablar de ellas es porque antes se ha entendido que era necesaria para el desenvolvimiento de la misión de la iglesia en el tiempo presente (XVI, B. Carta Ap. *Ubicumque et Semper*).

La nueva evangelización es necesaria << no solo porque, después de dos mil años, gran parte de la familia humana aún no reconoce a Cristo, sino también porque la situación en que la iglesia y el mundo se encuentra plantea particulares desafíos a la fe religiosa y a las verdades morales que derivan de ella (II, J.P (1999) Exh. Ap. *Ecclesia in Asia*, n. 29).

La nueva evangelización, como invitación, a la conversión, a la gracia y a la sabiduría, es la única esperanza auténtica para un mundo mejor y para un futuro más luminoso (XVI, B. Carta Ap. *Ubicumque et Semper*).

2.2.4.3 Una nueva evangelización exige una verdadera renovación de la iglesia.

Para ser eficaz la nueva evangelización ha de estar orientada por quienes estén dispuestos a llevarla a cabo al anuncio de la llamada universal a la santidad y a la esencia apostólica de la vocación cristiana (XVI, B. *Caritas christi urget nos*).

Una nueva evangelización como la que hoy está planteada solo es realizable si hay, en efecto, una Iglesia renovada que la lleve a cabo siendo simplemente eso: la iglesia, el pueblo de Dios a estar con Cristo y a convertir en realidad cotidiana, allí donde cada cual se encuentre, el modelo cristiano de existencia. Iglesia verdaderamente renovada y nueva evangelización son dos realidades que se exigen mutuamente.

2.2.6 CEC: Catecismo de la Iglesia Católica elaborado por SSP. Juan Pablo II El 11 de octubre de 1992.

2.2.6.1 Primera parte: La profesión de Fe.

Creo-creemos. Cuando profesamos nuestra fe, comenzamos diciendo: creo o creemos. La fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él, dando al mismo tiempo una luz sobreabundante al hombre que busca el sentido último de su vida.

El hombre es capaz de Dios, porque el deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios.

Como dice la *Gaudium et spes*: *la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su creador.*

De múltiples maneras, en su historia, y hasta el día de hoy, los hombres han expresado su búsqueda de Dios por medio de sus creencias y sus comportamientos religiosos (oraciones, sacrificios, cultos, meditaciones, etc.). A pesar de las ambigüedades que pueden entrañar estas formas de expresión son tan universales que se puede llamar al hombre un ser religioso. Como dice la Sal 105,3: Se alegre el corazón de los que buscan a Dios.

Las vías de acceso al conocimiento de Dios son el mundo y el hombre.

Mundo: Es a partir del movimiento y del devenir, de la contingencia, del orden y de la belleza del mundo se puede conocer a Dios como origen y fin del universo. Como afirma San Pablo en Rm1, 19-20

El hombre: Se llega a conocer a Dios por su apertura a la verdad y a la belleza, con su sentido de bien moral, son su libertad y la voz de su conciencia, etc. Las facultades del hombre lo hacen capaz de conocer la existencia de un Dios personal.

Ahora bien, la Iglesia como madre enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas, esto nos lo enseña el Vaticano I. Todas las criaturas poseen una cierta semejanza con Dios, muy especialmente el hombre creado a imagen y semejanza de Dios.

Dios trasciende toda criatura, es preciso purificar nuestro lenguaje de todo que tiene ser limitado a la hora de hablar de Dios. Y siempre nuestras palabras quedan siempre más acá del misterio de Dios.

2.2.6.2 Dios al encuentro del Hombre.

Por una decisión enteramente libre, Dios se revela y se da al hombre. Lo hace revelando su misterio que estableció desde la eternidad en Cristo. Revela plenamente su designio enviando a su Hijo amado, nuestro Señor Jesucristo, y al Espíritu Santo.

2.2.6.3 Dios revela su designio amoroso.

Dios, que habita una luz inaccesible (1Tm 6,16), quiere comunicar su propia vida divina a los hombres libremente creados por él, para hacer de ellos, en su Hijo único, hijos adoptivos (Ef 1.4-5).

El designio divino de la revelación se realiza a la vez mediante acciones y palabras, íntimamente ligadas entre sí y que se esclarecen mutuamente (DV2).

2.2.6.4 Etapas de la revelación.

Dios se revela ya desde la creación, como dice la DV 3: Dios creándolo todo y conservándolo por su Verbo, da a los hombres testimonio perenne de sí en las cosas creadas, y, queriendo abrir el camino de la salvación sobrenatural, se manifestó, además, personalmente a nuestros primeros padres ya desde el principio. Esta revelación no fue interrumpida por el pecado original al contrario mostró más aún su misericordia.

2.2.6.5 La alianza con Noé.

La alianza con Noé después de diluvio expresa el principio de la Economía divina con las naciones, es decir, con los hombres agrupados según sus países, cada uno según su lengua, y según sus clanes (Gn 1, 5).

2.2.6.6 Dios elige a Abraham.

Para reunir a la humanidad dispersa, Dios elige a Abram llamándolo fuera de su tierra, se su patria y de su casa para hacer de él Abraham es decir el padre de una multitud de naciones (Gn 17,5). El pueblo nacido de Abraham será el depositario de la promesa hecha a los patriarcas, el pueblo de la elección (Rm 11,28), llamándolo a preparar la reunión un día de todos los hijos de Dios en la unidad de la Iglesia.

2.2.6.7 Dios forma a su pueblo Israel.

Después de la etapa de los patriarcas, Dios constituyó a Israel como su pueblo salvándolo de la esclavitud de Egipto. Israel es el pueblo sacerdotal de Dios (Ex 19,6), el que lleva el nombre del Señor (Dt 28,10).

2.2.6.8 Cristo Jesús, mediador y plenitud de toda la revelación.

Dios lo ha dicho todo en su verbo, como nos relata Hb 1,1-2. Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la palabra única, perfecta e insuperable del padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta.

Ya no habrá otra revelación, sin embargo, aunque la revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos. Con respecto a las revelaciones privadas, estas no pertenecen al depósito de la fe. Su función no es la de mejorar o completar la revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia.

2.2.6.9 La transmisión de la revelación divina.

Dios quiso que lo que había revelado para la salvación de todos los pueblos se conservara por siempre íntegro u fuera transmitido a todas las edades (DV7).

La predicación apostólica. La predicación apostólica del Evangelio, según el mandato del Señor, se hizo de dos maneras:

Oralmente: con la predicación de los apóstoles y sus ejemplos, sus instituciones, transmitieron de palabra lo que habían aprendido de las obras palabras de Cristo y los que el espíritu santo les enseñó.

Por escrito: los mismos apóstoles y otros de su generación pusieron por escrito el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo (DV8). Esta revelación es continuada en la sucesión apostólica, mediante la sucesión de los obispos.

La sagrada escritura y la tradición están íntimamente unidas y compenetradas. Una y otra hacen presente u fecundo en la Iglesia el misterio de Cristo que ha prometido estar con los suyos para siempre hasta el fin del mundo (Mt 28, 20).

La sagrada escritura es la palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo. La tradición recibe la palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los apóstoles, e iluminados por el Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación.

La Tradición, la Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el plan prudente de Dios, están unidos y ligados, de modo que ninguno puede subsistir sin los otros; los tres, cada uno según su carácter, y bajo la acción del único Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación del alma (DV 10,3).

2.2.6.10 La sagrada escritura.

La palabra de Dios, expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como la palabra del eterno Padre asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres (DV 13). Por esta razón, la Iglesia ha venerado siempre las divinas Escrituras como venera también el Cuerpo del Señor. En la Sagrada Escritura, la Iglesia encuentra sin cesar su alimento y su fuerza, porque, en ella no recibe solamente una palabra humana, sino lo que es realmente: la palabra de Dios.

Dios es el autor de la Sagrada Escritura. Las verdades reveladas por Dios, que se contienen y manifiestan en la Sagrada Escritura, se consignaron por inspiración del Espíritu Santo. Dios ha inspirado a los autores humanos de los libros sagrados. Dios valiéndose de hombres normales quiso poner todo lo que Dios quería.

Los libros inspirados enseñan la verdad. Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo.

Ante todo, esto la religión cristiana no es una religión del libro, el cristianismo es la religión de la palabra de Dios, no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo encarnado y vivo, para que las Escrituras no queden en la letra muerta es preciso que Cristo, palabra eterna del Dios vivo, por el Espíritu Santo, nos abra el espíritu a la inteligencia de las mismas. Para interpretar bien la Escritura, es preciso estar atento a lo que los autores humanos quisieron verdaderamente afirmar y a lo que Dios quiso manifestarse mediante sus palabras (DV12, 1).

El Concilio Vaticano II señala tres criterios para una interpretación de la escritura conforme al espíritu que la inspiró:

- 1) *prestar una gran atención al contenido y a la unidad de toda la escritura,*
- 2) *leer la escritura en la tradición viva de toda la Iglesia,*
- 3) *Estar atento a la analogía de la fe.*

2.2.6.11 Primera parte: la profesión de la fe

Por su revelación, «Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía» (DV2).

Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela (DV 5).

2.2.6.12 María: «Dichosa la que ha creído»

La Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que «nada es imposible para Dios»

(Lc 1,37; cf. Gn 18,14) y dando su asentimiento: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).

Nuestra fe es una fe trinitaria por eso creemos en: Dios, Hijo y espíritu Santo.

2.2.6.13 El hombre.

Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, hombre y mujer los creó" (Gn 1,27).

2.2.6.15 A imagen de Dios".

De todas las criaturas visibles sólo el hombre es "capaz de conocer y amar a su Creador" (GS 12,3); es la "única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma" (GS 24,3); sólo él está llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios. Para este fin ha sido creado y ésta es la razón fundamental de su dignidad.

Por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano tiene la dignidad de *persona*; no es solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas; y es llamado, por la gracia, a una alianza con su Creador, a ofrecerle una respuesta de fe y de amor que ningún otro ser puede dar en su lugar.

El cuerpo del hombre participa de la dignidad de la "imagen de Dios": es cuerpo humano precisamente porque está animado por el alma espiritual, y es toda la persona humana la que está destinada a ser, en el Cuerpo de Cristo, el templo del Espíritu.

2.2.6.16 El hombre en el paraíso

El primer hombre fue no solamente creado bueno, sino también constituido en la amistad con su creador y en armonía consigo mismo y con la creación en torno a él; amistad y armonía tales que no serán superadas más que por la gloria de la nueva creación en Cristo.

El "dominio" del mundo que Dios había concedido al hombre desde el comienzo, se realizaba ante todo dentro del hombre mismo como *dominio de sí*. El hombre estaba íntegro y ordenado en todo su ser por estar libre de la triple concupiscencia (cf. *1 Jn 2,16*), que lo somete a los placeres de los sentidos, a la apetencia de los bienes terrenos y a la afirmación de sí contra los imperativos de la razón.

2.2.6.17 La caída.

Dios creó al hombre a su imagen y lo estableció en su amistad. Criatura espiritual, el hombre no puede vivir esta amistad más que en la forma de libre sumisión a Dios. Esto es lo que expresa la prohibición hecha al hombre de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, "porque el día que comieres de él, morirás sin remedio" (*Gn 2,17*). "El árbol del conocimiento del bien y del mal" evoca simbólicamente el límite infranqueable que el hombre en cuanto criatura debe reconocer libremente y respetar con confianza. El hombre depende del Creador, está sometido a las leyes de la Creación y a las normas morales que regulan el uso de la libertad.

2.2.6.18 Consecuencias del pecado de Adán para la humanidad.

Todos los hombres están implicados en el pecado de Adán. San Pablo lo afirma: "Por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores" (*Rm 5,19*): "Como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron..." (*Rm 5,12*). A la universalidad del pecado y de la muerte, el apóstol opone la universalidad de la salvación en Cristo: "Como el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación, así también la obra de justicia de uno solo (la de Cristo) procura a toda una justificación que da la vida" (*Rm 5,18*).

2.2.6.19 La Buena Nueva: Dios ha enviado a su Hijo.

Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la Ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva" (*Ga* 4, 4-5). He aquí "la Buena Nueva de Jesucristo, Hijo de Dios" (*Mc* 1, 1): Dios ha visitado a su pueblo (*Lc* 1, 68), ha cumplido las promesas hechas a Abraham y a su descendencia (*Lc* 1, 55); lo ha hecho más allá de toda expectativa: Él ha enviado a su "Hijo amado" (*Mc* 1, 11).

2.2.6.20 Toda la vida de Cristo es misterio

Muchas de las cosas respecto a Jesús que interesan a la curiosidad humana no figuran en el Evangelio. Casi nada se dice sobre su vida en Nazaret, e incluso una gran parte de la vida pública no se narra (*Jn* 20, 30). Lo que se ha escrito en los Evangelios lo ha sido "para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre" (*Jn* 20, 31).

2.2.6.21 Creo en el Espíritu Santo.

"Nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino por influjo del Espíritu Santo" (*I Co* 12, 3). "Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡*Abba*, Padre!" (*Ga*4, 6). Este conocimiento de fe no es posible sino en el Espíritu Santo. Para entrar en contacto con Cristo, es necesario primeramente haber sido atraído por el Espíritu Santo. Él es quien nos precede y despierta en nosotros la fe. Mediante el Bautismo, primer sacramento de la fe, la vida, que tiene su fuente en el Padre y se nos ofrece por el Hijo, se nos comunica íntima y personalmente por el Espíritu Santo en la Iglesia.

2.2.6.22 Pentecostés.

El día de Pentecostés (al término de las siete semanas pascuales), la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo que se manifiesta, da y comunica como Persona divina: desde su plenitud, Cristo, el Señor (cf. *Hch* 2, 36), derrama profusamente el Espíritu. Es derramado a todos los apóstoles y a María la madre del Señor.

2.2.6.23 la Iglesia es una, santa, católica y apostólica.

"Esta es la única Iglesia de Cristo, de la que confesamos en el Credo que es una, santa, católica y apostólica" (LG 8). La Iglesia no los tiene por ella misma; es Cristo, quien, por el Espíritu Santo, da a la Iglesia el ser una, santa, católica y apostólica, y Él es también quien la llama a ejercitar cada una de estas cualidades. Veremos cada una de ellas.

2.2.6.11 La celebración del misterio cristiano.

2.2.6.11.1 Los siete sacramentos de la iglesia.

Los sacramentos de la Nueva Ley fueron instituidos por Cristo y son siete, a saber, Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Unción de los enfermos, Orden sacerdotal y Matrimonio. Los siete sacramentos corresponden a todas las etapas y todos los momentos importantes de la vida del cristiano: dan nacimiento y crecimiento, curación y misión a la vida de fe de los cristianos. Hay aquí una cierta semejanza entre las etapas de la vida natural y las etapas de la vida espiritual (Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae* 3, q. 65, a.1, c).

2.2.6.11.2 El sacramento del bautismo.

El santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu ("*vitae spiritualis ianua*") y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. Por el Bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión.

2.2.6.11.3 Quién puede recibir el Bautismo

"Es capaz de recibir el Bautismo todo ser humano, aún no bautizado, y solo él" (CIC, can. 864: CCEO, can. 679).

2.2.6.11.4 Quién puede bautizar

Son ministros ordinarios del Bautismo el obispo y el presbítero y, en la Iglesia latina, también el diácono (CIC, can. 861,1). En caso de necesidad, cualquier persona, incluso no bautizada, puede bautizar (CIC can. 861, § 2) si tiene la intención requerida y utiliza la fórmula bautismal trinitaria. La intención requerida consiste en querer hacer lo que hace la Iglesia al bautizar. La Iglesia ve la razón de esta posibilidad en la voluntad salvífica universal de Dios (*1 Tm 2,4*) y en la necesidad del Bautismo para la salvación (*Mc 16,16*).

2.2.6.11.5 El sacramento de la confirmación

Con el Bautismo y la Eucaristía, el sacramento de la Confirmación constituye el conjunto de los "sacramentos de la iniciación cristiana", cuya unidad debe ser salvaguardada. Es preciso, pues, explicar a los fieles que la recepción de este sacramento es necesaria para la plenitud de la gracia bautismal (cf *Ritual de la Confirmación*, Prenotandos 1). En efecto, a los bautizados "el sacramento de la Confirmación los une más íntimamente a la Iglesia y los enriquece con una fortaleza especial del Espíritu Santo. De esta forma quedan obligados aún más, como auténticos testigos de Cristo, a extender y defender la fe con sus palabras y sus obras" (*Ritual de la Confirmación*, Prenotandos 2).

2.2.6.11.6 Quién puede recibir este sacramento

Todo bautizado, aún no confirmado, puede y debe recibir el sacramento de la Confirmación. La costumbre latina, desde hace siglos, indica "la edad del uso de razón", como punto de referencia para recibir la Confirmación. Sin embargo, en peligro de muerte, se debe confirmar a los niños incluso si no han alcanzado todavía la edad del uso de razón.

2.2.6.11.7 El ministro de la confirmación

El ministro originario de la Confirmación es el obispo. En Oriente es ordinariamente el presbítero que bautiza quien da también inmediatamente la Confirmación en una sola celebración. Sin embargo, lo hace con el santo crisma consagrado por el patriarca o el obispo, lo cual expresa la unidad apostólica de la Iglesia cuyos vínculos son reforzados por el sacramento de la Confirmación.

En el rito latino, el ministro ordinario de la Confirmación es el obispo, Aunque el obispo puede, en caso de necesidad, conceder a presbíteros la facultad de administrar el sacramento de la Confirmación, conviene que lo confiera él mismo, sin olvidar que por esta razón la celebración de la Confirmación fue temporalmente separada del Bautismo. Los obispos son los sucesores de los apóstoles y han recibido la plenitud del sacramento del orden. Por esta razón, la administración de este sacramento por ellos mismos pone de relieve que la Confirmación tiene como efecto unir a los que la reciben más estrechamente a la Iglesia, a sus orígenes apostólicos y a su misión de dar testimonio de Cristo.

2.2.6.11.8 El sacramento de la Eucaristía.

La Sagrada Eucaristía culmina la iniciación cristiana. Los que han sido elevados a la dignidad del sacerdocio real por el Bautismo y configurados más profundamente con Cristo por la Confirmación, participan por medio de la Eucaristía con toda la comunidad en el sacrificio mismo del Señor.

2.2.6.11.9 El sacramento de la penitencia y de la reconciliación.

Los que se acercan al sacramento de la penitencia obtienen de la misericordia de Dios el perdón de los pecados cometidos contra Él y, al mismo tiempo, se reconcilian con la Iglesia, a la que ofendieron con sus pecados. Ella le mueve a conversión con su amor, su ejemplo y sus oraciones" (LG 11).

2.2.6.11.10 El nombre de este sacramento.

Se le denomina sacramento de conversión porque realiza sacramentalmente la llamada de Jesús a la conversión (Mc 1,15), la vuelta al Padre (Lc 15,18) del que el hombre se había alejado por el pecado. Se le llama sacramento del perdón porque, por la absolución sacramental del sacerdote, Dios concede al penitente "el perdón y la paz" (OP, fórmula de la absolución).

2.2.6.11.11 La celebración del sacramento de la penitencia.

Como todos los sacramentos, la Penitencia es una acción litúrgica. Ordinariamente los elementos de su celebración son: saludo y bendición del sacerdote, lectura de la Palabra de Dios para iluminar la conciencia y suscitar la contrición, y exhortación al arrepentimiento; la confesión que reconoce los pecados y los manifiesta al sacerdote; la imposición y la aceptación de la penitencia; la absolución del sacerdote; alabanza de acción de gracias y despedida con la bendición del sacerdote.

El sacramento de la penitencia puede también celebrarse en el marco de una celebración comunitaria, en la que los penitentes se preparan a la confesión y juntos dan gracias por el perdón recibido. Así la confesión personal de los pecados y la absolución individual están insertadas en una liturgia de la Palabra de Dios, con lecturas y homilía, examen de conciencia dirigido en común, petición comunitaria del perdón, rezo del Padrenuestro y acción de gracias en común. Esta celebración comunitaria expresa más claramente el carácter eclesial de la penitencia. En todo caso, cualquiera que sea la manera de su celebración, el sacramento de la Penitencia es siempre, por su naturaleza misma, una acción litúrgica, por tanto, eclesial y pública (SC 26-27).

2.2.6.11.12 los sacramentos al servicio de la comunidad.

El Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía son los sacramentos de la iniciación cristiana. Fundamentan la vocación común de todos los discípulos de Cristo, que es vocación a la santidad

y a la misión de evangelizar el mundo. Confieren las gracias necesarias para vivir según el Espíritu en esta vida de peregrinos en marcha hacia la patria.

2.2.6.11.13 El sacramento del orden.

El Orden es el sacramento gracias al cual la misión confiada por Cristo a sus Apóstoles sigue siendo ejercida en la Iglesia hasta el fin de los tiempos: es, pues, el sacramento del ministerio apostólico. Comprende tres grados: el episcopado, el presbiterado y el diaconado.

2.2.6.11.14 El sacramento del matrimonio.

"La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, fue elevada por Cristo Nuestro Señor a la dignidad de sacramento entre bautizados" (CIC, can. 1055,1).

2.2.6.11.15 La celebración del matrimonio.

En el rito latino, la celebración del matrimonio entre dos fieles católicos tiene lugar ordinariamente dentro de la Santa Misa, en virtud del vínculo que tienen todos los sacramentos con el Misterio Pascual de Cristo (SC 61). En la Eucaristía se realiza el memorial de la Nueva Alianza, en la que Cristo se unió para siempre a la Iglesia, su esposa amada por la que se entregó (LG 6). Es, pues, conveniente que los esposos sellen su consentimiento en darse el uno al otro mediante la ofrenda de sus propias vidas, uniéndose a la ofrenda de Cristo por su Iglesia, hecha presente en el sacrificio eucarístico, y recibiendo la Eucaristía, para que, comulgando en el mismo Cuerpo y en la misma Sangre de Cristo, "formen un solo cuerpo" en Cristo (1 Co 10,17).

2.2.6.11.16 Los efectos del sacramento del matrimonio.

Del matrimonio válido se origina entre los cónyuges un vínculo perpetuo y exclusivo por su misma naturaleza; además, en el matrimonio cristiano los cónyuges son fortalecidos y quedan como consagrados por un sacramento peculiar para los deberes y la dignidad de su estado.

2.2.6.12 Tercera parte: la vida en Cristo

El Símbolo de la fe profesa la grandeza de los dones de Dios al hombre por la obra de su creación, y más aún, por la redención y la santificación. Lo que confiesa la fe, los sacramentos lo comunican: por “los sacramentos que les han hecho renacer”, los cristianos han llegado a ser “hijos de Dios” (Jn 1,12; 1 Jn 3,1), “partícipes de la naturaleza divina” (2 Pe 1,4). Los cristianos, reconociendo en la fe su nueva dignidad, son llamados a llevar en adelante una “vida digna del Evangelio de Cristo” (Flp 1,27). Por los sacramentos y la oración reciben la gracia de Cristo y los dones de su Espíritu que les capacitan para ello.

“Justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios” (1 Co 6,11.), “santificados y llamados a ser santos” (1 Co 1,2.), los cristianos se convierten en “el templo del Espíritu Santo” (1 Co 6,19). Este “Espíritu del Hijo” les enseña a orar al Padre (Ga 4, 6) y, haciéndose vida en ellos, les hace obrar (Ga 5, 25) para dar “los frutos del Espíritu” (Ga 5, 22.) por la caridad operante. Sanando las heridas del pecado, el Espíritu Santo nos renueva interiormente mediante una transformación espiritual (Ef 4, 23.), nos ilumina y nos fortalece para vivir como “hijos de la luz” (Ef 5, 8.), “por la bondad, la justicia y la verdad” en todo (Ef 5,9.).

2.2.6.12.1 La dignidad de la persona humana.

La dignidad de la persona humana está enraizada en su creación a imagen y semejanza de Dios; se realiza en su vocación a la bienaventuranza divina. Corresponde al ser humano llegar libremente a esta realización. Por sus actos deliberados, la persona humana se conforma, o no se conforma, al

bien prometido por Dios y atestiguado por la conciencia moral. Los seres humanos se edifican a sí mismos y crecen desde el interior: hacen de toda su vida sensible y espiritual un material de su crecimiento. Con la ayuda de la gracia crecen en la virtud, evitan el pecado y, si lo han cometido recurren como el hijo pródigo. (Lc 15, 11 -31) a la misericordia de nuestro Padre del cielo. Así acceden a la perfección de la caridad.

2.2.6.12.2 El hombre, imagen de Dios.

Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación (GS 22, 1). En Cristo, “imagen del Dios invisible” (Col 1,15; Cf. 2 Co 4, 4), el hombre ha sido creado “a imagen y semejanza” del Creador. En Cristo, redentor y salvador, la imagen divina alterada en el hombre por el primer pecado ha sido restaurada en su belleza original y ennoblecida con la gracia de Dios.

2.2.6.12.3 La libertad del hombre.

Dios ha creado al hombre racional confiriéndole la dignidad de una persona dotada de la iniciativa y del dominio de sus actos. “Quiso Dios “dejar al hombre en manos de su propia decisión” (Si 15,14.), de modo que busque a su Creador sin coacciones y, adhiriéndose a Él, llegue libremente a la plena y feliz perfección” (GS 17).

2.2.6.12.4 libertad y responsabilidad.

La libertad es el poder, radicado en la razón y en la voluntad, de obrar o de no obrar, de hacer esto o aquello, de ejecutar así por sí mismo acciones deliberadas. Por el libre arbitrio cada uno dispone de sí mismo. La libertad es en el hombre una fuerza de crecimiento y de maduración en la verdad y la bondad. La libertad alcanza su perfección cuando está ordenada a Dios, nuestra bienaventuranza.

Hasta que no llega a encontrarse definitivamente con su bien último que es Dios, la libertad implica la posibilidad de elegir entre el bien y el mal, y, por tanto, de crecer en perfección o de flaquear y pecar. La libertad caracteriza los actos propiamente humanos. Se convierte en fuente de alabanza o de reproche, de mérito.

2.2.6.12.5 La libertad humana en la economía de la salvación.

Libertad y pecado. La libertad del hombre es finita y falible. De hecho, el hombre erró. Libremente pecó. Al rechazar el proyecto del amor de Dios, se engañó a sí mismo y se hizo esclavo del pecado. Esta primera alienación engendró una multitud de alienaciones. La historia de la humanidad, desde sus orígenes, atestigua desgracias y opresiones nacidas del corazón del hombre a consecuencia de un mal uso de la libertad.

Liberación y salvación. Por su Cruz gloriosa, Cristo obtuvo la salvación para todos los hombres. Los rescató del pecado que los tenía sometidos a esclavitud. “Para ser libres nos libertó Cristo” (Ga 5,1). En Él participamos de “la verdad que nos hace libres” (Jn 8,32). El Espíritu Santo nos ha sido dado, y, como enseña el apóstol, “donde está el Espíritu, allí está la libertad” (2 Co 3,17). Ya desde ahora nos gloriamos de la “libertad de los hijos de Dios” (Rm 8,21).

Libertad y gracia. La gracia de Cristo no se opone de ninguna manera a nuestra libertad cuando ésta corresponde al sentido de la verdad y del bien que Dios ha puesto en el corazón del hombre. Al contrario, como lo atestigua la experiencia cristiana, especialmente en la oración, a medida que somos más dóciles a los impulsos de la gracia, se acrecientan nuestra íntima verdad y nuestra seguridad en las pruebas, como también ante las presiones y coacciones del mundo exterior. Por el trabajo de la gracia, el Espíritu Santo nos educa en la libertad espiritual para hacer de nosotros colaboradores libres de su obra en la Iglesia y en el mundo.

2.2.6.12.6 La moralidad de los actos humanos.

La libertad hace del hombre un sujeto moral. Cuando actúa de manera deliberada, el hombre es, por así decirlo, el padre de sus actos. Los actos humanos, es decir, libremente realizados tras un juicio de conciencia, son calificables moralmente: son buenos o malos.

Las fuentes de la moralidad.

La moralidad de los actos humanos Dependen:

— del objeto elegido

Del fin que se busca o la intención

De las circunstancias de la acción.

El *objeto* elegido es un bien hacia el cual tiende deliberadamente la voluntad. Es la materia de un acto humano.

Frente al objeto, la *intención* se sitúa del lado del sujeto que actúa. La intención, por estar ligada a la fuente voluntaria de la acción y por determinarla en razón del fin, es un elemento esencial en la calificación moral de la acción.

2.2.6.12.7 Los actos buenos y los actos malos.

El acto *moralmente bueno* supone a la vez la bondad del objeto, del fin y de las circunstancias. Una finalidad mala corrompe la acción, aunque su objeto sea de suyo bueno (como orar y ayunar “para ser visto por los hombres”).

2.2.6.12.8 La conciencia moral.

“En lo más profundo de su conciencia el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, sino a la que debe obedecer y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón,

llamándole siempre a amar y a hacer el bien y a evitar el mal... El hombre tiene una ley inscrita por Dios en su corazón... La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que está solo con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de ella” (GS 16).

La conciencia hace posible asumir la *responsabilidad* de los actos realizados. Si el hombre comete el mal, el justo juicio de la conciencia puede ser en él el testigo de la verdad universal del bien, al mismo tiempo que de la malicia de su elección concreta. El veredicto del dictamen de conciencia constituye una garantía de esperanza y de misericordia. Al hacer patente la falta cometida recuerda el perdón que se ha de pedir, el bien que se ha de practicar todavía y la virtud que se ha de cultivar sin cesar con la gracia de Dios. Por tanto, las acciones realizadas sean buenas o malas siempre actuará la conciencia, como llamándonos a rectificar la acción si la acción es mala o a aplaudir si es buena.

2.2.6.12.9 La formación de la conciencia

Hay que formar la conciencia, y esclarecer el juicio moral. Una conciencia bien formada es recta y veraz. Formula sus juicios según la razón, conforme al bien verdadero querido por la sabiduría del Creador. La educación de la conciencia es indispensable a seres humanos sometidos a influencias negativas y tentados por el pecado a preferir su propio juicio y a rechazar las enseñanzas autorizadas.

La educación de la conciencia es una tarea de toda la vida. Desde los primeros años despierta al niño al conocimiento y la práctica de la ley interior reconocida por la conciencia moral. Una educación prudente enseña la virtud; preserva o sana del miedo, del egoísmo y del orgullo, de los insanos sentimientos de culpabilidad y de los movimientos de complacencia, nacidos de la

debilidad y de las faltas humanas. La educación de la conciencia garantiza la libertad y engendra la paz del corazón.

2.2.6.12.10 El juicio erróneo.

La persona humana debe obedecer siempre el juicio cierto de su conciencia. Si obrase deliberadamente contra este último, se condenaría a sí mismo. Pero sucede que la conciencia moral puede estar afectada por la ignorancia y puede formar juicios erróneos sobre actos proyectados o ya cometidos.

El desconocimiento de Cristo y de su Evangelio, los malos ejemplos recibidos de otros, la servidumbre de las pasiones, la pretensión de una mal entendida autonomía de la conciencia, el rechazo de la autoridad de la Iglesia y de su enseñanza, la falta de conversión y de caridad pueden conducir a desviaciones del juicio en la conducta moral.

2.2.6.12.11 Las virtudes

La virtud es una disposición habitual y firme a hacer el bien. Permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí misma. Con todas sus fuerzas sensibles y espirituales, la persona virtuosa tiende hacia el bien, lo busca y lo elige a través de acciones concretas.

2.2.6.12.12 Las virtudes humanas.

Las *virtudes humanas* son actitudes firmes, disposiciones estables, perfecciones habituales del entendimiento y de la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Proporcionan facilidad, dominio y gozo para llevar una vida moralmente buena. El hombre virtuoso es el que practica libremente el bien.

2.2.6.12.13 Distinción de las virtudes cardinales

Cuatro virtudes desempeñan un papel fundamental. Por eso se las llama “cardinales”; todas las demás se agrupan en torno a ellas. Estas son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza: “¿Amas la justicia? Las virtudes son el fruto de sus esfuerzos, pues ella enseña la templanza y la prudencia, la justicia y la fortaleza” (Sb 8, 7). Bajo otros nombres, estas virtudes son alabadas en numerosos pasajes de la Escritura.

2.2.6.12.14 Las virtudes teologales.

Las virtudes humanas se arraigan en las virtudes teologales que adaptan las facultades del hombre a la participación de la naturaleza divina (2 P 1, 4). Las virtudes teologales se refieren directamente a Dios. Disponen a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad. Tienen como origen, motivo y objeto a Dios Uno y Trino. Las virtudes teologales fundan, animan y caracterizan el obrar moral del cristiano. Informan y vivifican todas las virtudes morales. Son infundidas por Dios en el alma de los fieles para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna. Son la garantía de la presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades del ser humano. Tres son las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad (1 Co 13, 13).

La fe

La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que Él nos ha dicho y revelado, y que la Santa Iglesia nos propone, porque Él es la verdad misma. Por la fe “el hombre se entrega entera y libremente a Dios” (DV 5). Por eso el creyente se esfuerza por conocer y hacer la voluntad de Dios. “El justo vivirá por la fe” (Rm 1, 17). La fe viva “actúa por la caridad” (Ga 5,

6). La virtud sobrenatural de la Fe ayuda al cristiano a poner toda su confianza en Dios, y esperar todo de Él ya que lo que él no promete es algo grandioso.

La esperanza

La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo. “Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la promesa” (Hb 10,23). Este es “el Espíritu Santo que Él derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna” (Tt 3, 6-7).

La caridad

La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por El mismo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios.

Jesús hace de la caridad el *mandamiento nuevo* (Jn 13, 34). Amando a los suyos “hasta el fin” (Jn 13, 1), manifiesta el amor del Padre que ha recibido. Amándose unos a otros, los discípulos imitan el amor de Jesús que reciben también en ellos. Por eso Jesús dice: “Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor” (Jn 15, 9). Y también: “Este es el mandamiento mío: que os améis unos a otros como yo os he amado” (Jn 15, 12).

2.2.6.12.15 El pecado

2.2.6.12.15.1 La misericordia y el pecado.

El Evangelio es la revelación, en Jesucristo, de la misericordia de Dios con los pecadores (Cf. Lc 15). El ángel anuncia a José: “Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1, 21). Y en la institución de la Eucaristía, sacramento de la redención, Jesús dice: “Esta es mi sangre de la alianza, que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados” (Mt 26, 28).

Como afirma san Pablo, “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rm 5, 20). Pero para hacer su obra, la gracia debe descubrir el pecado para convertir nuestro corazón y conferirnos “la justicia para la vida eterna por Jesucristo nuestro Señor” (Rm 5, 20-21). Como un médico que descubre la herida antes de curarla, Dios, mediante su palabra y su espíritu, proyecta una luz viva sobre el pecado: La conversión *exige el reconocimiento del pecado*, y éste, siendo una verificación de la acción del Espíritu de la verdad en la intimidad del hombre, llega a ser al mismo tiempo el nuevo comienzo de la dádiva de la gracia y del amor: “Recibid el Espíritu Santo”. Así, pues, en este “convencer en lo referente al pecado” descubrimos una “*doble dádiva*”: el don de la verdad de la conciencia y el don de la certeza de la redención. El Espíritu de la verdad es el Paráclito. (D eV 31).

2.2.6.12.15.2 Definición de pecado

El pecado es una falta contra la razón, la verdad, la conciencia recta; es faltar al amor verdadero para con Dios y para con el prójimo, a causa de un apego perverso a ciertos bienes. Hierde la naturaleza del hombre y atenta contra la solidaridad humana. Ha sido definido como “una palabra, un acto o un deseo contrarios a la ley eterna” (S. Agustín, Faust. 22, 27)

2.2.6.12.15.3 La diversidad de pecados.

La variedad de pecados es grande. La Escritura contiene varias listas. La carta a los Gálatas opone las obras de la carne al fruto del Espíritu: “Las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios” (5,19-21; Rm 1, 28-32; 1 Co 6, 9-10; Ef 5, 3-5; Col 3, 5-8; 1 Tm 1, 9-10; 2 Tm 3, 2-5).

2.2.6.12.16 La gravedad del pecado: pecado mortal y venial

“Conviene valorar los pecados según su gravedad. La distinción entre pecado mortal y venial, perceptible ya en la Escritura se ha impuesto en la tradición de la Iglesia. La experiencia de los hombres la corroboran.”

El *pecado mortal* destruye la caridad en el corazón del hombre por una infracción grave de la ley de Dios; aparta al hombre de Dios, que es su fin último y su bienaventuranza, prefiriendo un bien inferior.

El *pecado venial* deja subsistir la caridad, aunque la ofende y la hiere.

La *materia grave* es precisada por los Diez mandamientos según la respuesta de Jesús al joven rico: “No mates, no cometas adulterio, no robes, no levantes testimonio falso, no seas injusto, honra a tu padre y a tu madre” (Mc 10, 19). La gravedad de los pecados es mayor o menor: un asesinato es más grave que un robo. La cualidad de las personas lesionadas cuenta también: la violencia ejercida contra los padres es más grave que la ejercida contra un extraño.

2.2.6.12.17 La persona y la sociedad.

2.2.6.12.17.1 El carácter comunitario de la vocación humana

Todos los hombres son llamados al mismo fin: Dios. Existe cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la fraternidad que los hombres deben instaurar entre ellos, en la verdad y el amor (GS 24, 3). El amor al prójimo es inseparable del amor a Dios.

La persona humana necesita la vida social. Esta no constituye para ella algo sobreañadido sino una exigencia de su naturaleza. Por el intercambio con otros, la reciprocidad de servicios y el diálogo con sus hermanos, el hombre desarrolla sus capacidades; así responde a su vocación (GS 25, 1).

Una *sociedad* es un conjunto de personas ligadas de manera orgánica por un principio de unidad que supera a cada una de ellas. Asamblea a la vez visible y espiritual, una sociedad perdura en el tiempo: recoge el pasado y prepara el porvenir. Mediante ella, cada hombre es constituido “heredero”, recibe “talentos” que enriquecen su identidad y a los que debe hacer fructificar (Lc 19, 13.15). En verdad, se debe afirmar que cada uno tiene deberes para con las comunidades de que forma parte y está obligado a respetar a las autoridades encargadas del bien común de las mismas.

2.2.6.12.17.2 Responsabilidad y participación

La participación es el compromiso voluntario y generoso de la persona en los intercambios sociales. Es necesario que todos participen, cada uno según el lugar que ocupa y el papel que desempeña, en promover el bien común. Este deber es inherente a la dignidad de la persona humana.

Corresponde a los que ejercen la autoridad reafirmar los valores que engendran confianza en los miembros del grupo y los estimulan a ponerse al servicio de sus semejantes. La participación comienza por la educación y la cultura. “Podemos pensar, con razón, que la suerte futura de la humanidad está en manos de aquellos que sean capaces de transmitir a las generaciones venideras razones para vivir y para esperar” (GS 31, 3).

2.2.6.12.17.3 El respeto de la persona humana

La justicia social sólo puede ser conseguida sobre la base del respeto de la dignidad trascendente del hombre. La persona representa el fin último de la sociedad, que está ordenada al hombre.

El respeto de la persona humana implica el de los derechos que se derivan de su dignidad de criatura. Estos derechos son anteriores a la sociedad y se imponen a ella. Sin este respeto, una autoridad sólo puede apoyarse en la fuerza o en la violencia para obtener la obediencia de sus súbditos. Corresponde a la Iglesia recordar estos derechos a los hombres de buena voluntad y distinguirlos de reivindicaciones abusivas o falsas.

2.2.6.12.18 La salvación de Dios: la ley y la gracia

El hombre, llamado a la bienaventuranza, pero herido por el pecado, necesita la salvación de Dios. La ayuda divina le viene en Cristo por la ley que lo dirige y en la gracia que lo sostiene:

Trabajad con temor y temblor por vuestra salvación, pues Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar como bien le parece (Flp 2, 12-23).

2.2.6.12.18.1 La ley moral

La ley moral es obra de la Sabiduría divina. Se la puede definir, en el sentido bíblico, como una instrucción paternal, una pedagogía de Dios. Prescribe al hombre los caminos, las reglas de

conducta que llevan a la bienaventuranza prometida; proscribire los caminos del mal que apartan de Dios y de su amor. Es a la vez firme en sus preceptos y amable en sus promesas.

2.2.6.12.18.2 La ley moral natural

El hombre participa de la sabiduría y la bondad del Creador que le confiere el dominio de sus actos y la capacidad de gobernarse con miras a la verdad y al bien. La ley natural expresa el sentido moral original que permite al hombre discernir mediante la razón lo que son el bien y el mal, la verdad y la mentira.

La ley “divina y natural” (GS 89) muestra al hombre el camino que debe seguir para practicar el bien y alcanzar su fin. La ley natural contiene los preceptos primeros y esenciales que rigen la vida moral. Tiene por raíz la aspiración y la sumisión a Dios, fuente y juez de todo bien, así como el sentido del prójimo en cuanto igual a sí mismo. Está expuesta, en sus principales preceptos, en el Decálogo. Esta ley se llama natural no por referencia a la naturaleza de los seres irracionales, sino porque la razón que la proclama pertenece propiamente a la naturaleza humana:

2.2.6.12.19 Gracia y justificación

2.2.6.12.19.1 La justificación

La gracia del Espíritu Santo tiene el poder de santificarnos, es decir, de lavarnos de nuestros pecados y comunicarnos “la justicia de Dios por la fe en Jesucristo” (Rm 3, 22) y por el Bautismo (Rm 6, 3-4):

Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él. Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida, es un vivir para Dios.

Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús (Rm 6, 8-11).

2.2.6.12.19.2 La gracia

La gracia es una *participación en la vida de Dios*. Nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria: por el Bautismo el cristiano participa de la gracia de Cristo, Cabeza de su Cuerpo. Como “hijo adoptivo” puede ahora llamar “Padre” a Dios, en unión con el Hijo único. Recibe la vida del Espíritu que le infunde la caridad y que forma la Iglesia.

2.2.6.12.20 La santidad cristiana

“Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman... a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también los llamó; y a los que llamó, a éstos también los justificó; a los que justificó, a éstos también los glorificó” (Rm 8, 28-30).

“Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad” (LG 40). Todos son llamados a la santidad: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5, 48).

Para alcanzar esta perfección, los creyentes han de emplear sus fuerzas, según la medida del don de Cristo, para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Lo harán siguiendo las huellas de Cristo, haciéndose conformes a su imagen, y siendo obedientes en todo a la voluntad del Padre. De esta manera, la santidad del Pueblo de Dios producirá frutos abundantes, como lo muestra claramente en la historia de la Iglesia la vida de los santos. (LG 40).

El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama “mística”, porque participa del misterio de Cristo mediante los sacramentos -” los santos

misterios”- y, en Él, del misterio de la Santísima Trinidad. Dios nos llama a todos a esta unión íntima con Él, aunque las gracias especiales o los signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para manifestar así el don gratuito hecho a todos.

2.2.6.12.21 La Iglesia, madre y educadora

El cristiano realiza su vocación en la Iglesia, en comunión con todos los bautizados. De la Iglesia recibe la Palabra de Dios, que contiene las enseñanzas de la “ley de Cristo” (Ga 6, 2). De la Iglesia recibe la gracia de los sacramentos que le sostienen en el camino. De la Iglesia aprende el *ejemplo de la santidad*; reconoce en la Bienaventurada Virgen María la figura y la fuente de esa santidad; la discierne en el testimonio auténtico de los que la viven; la descubre en la tradición espiritual y en la larga historia de los santos que le han precedido y que la liturgia celebra a lo largo del santoral.

La vida moral es un culto espiritual. O frecemos nuestros cuerpos “como una hostia viva, santa, agradable a Dios” (Rm 12, 1) en el seno del Cuerpo de Cristo que formamos y en comunión con la ofrenda de su Eucaristía. En la liturgia y en la celebración de los sacramentos, plegaria y enseñanza se conjugan con la gracia de Cristo para iluminar y alimentar el obrar cristiano. La vida moral, como el conjunto de la vida cristiana, tiene su fuente y su cumbre en el sacrificio eucarístico.

2.2.6.13 Tercera parte: La oración cristiana

2.2.6.13.1 Primera sección: La oración en la vida cristiana

"Este es el Misterio de la fe". La Iglesia lo profesa en el Símbolo de los Apóstoles y lo celebra en la Liturgia sacramental, para que la vida de los fieles se conforme con Cristo en el Espíritu Santo para gloria de Dios Padre. Por tanto, este Misterio exige que los fieles crean en él,

lo celebren y vivan de él en una relación viviente y personal con Dios vivo y verdadero. Esta relación es la oración.

2.2.6.13.2 ¿Qué es la oración?

Citare a Santa Teresita que da una definición muy profunda de la oración: para mí, la *oración* es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría (Santa Teresa del Niño Jesús, mis autobiografías. C 25r).

2.2.6.13.3 La llamada universal a la oración

El hombre busca a Dios. Por la creación Dios llama a todo ser desde la nada a la existencia. "Coronado de gloria y esplendor" (Sal 8, 6), el hombre es, después de los ángeles, capaz de reconocer "¡qué glorioso es el Nombre del Señor por toda la tierra!" (Sal 8, 2). Incluso después de haber perdido, por su pecado, su semejanza con Dios, el hombre sigue siendo imagen de su Creador. Conserva el deseo de Aquél que le llama a la existencia. Todas las religiones dan testimonio de esta búsqueda esencial de los hombres (Cf. Hch. 17, 27).

Dios es quien primero llama al hombre. Olvide el hombre a su Creador o se esconda lejos de su Faz, corra detrás de sus ídolos o acuse a la divinidad de haberlo abandonado, el Dios vivo y verdadero llama incansablemente a cada persona al encuentro misterioso de la oración. Esta iniciativa de amor del Dios fiel es siempre lo primero en la oración, el caminar del hombre es siempre una respuesta. A medida que Dios se revela, y revela al hombre a sí mismo, la oración aparece como un llamamiento recíproco, un hondo acontecimiento de Alianza. A través de palabras y de actos, tiene lugar un trance que compromete el corazón humano. Este se revela a través de toda la historia de la salvación.

2.2.6.13.4 En el Antiguo Testamento

La revelación de la oración en el Antiguo Testamento se inscribe entre la caída y la elevación del hombre, entre la llamada dolorosa de Dios a sus primeros hijos: "¿Dónde estás?... ¿Por qué lo has hecho?" (Gn 3, 9. 13) y la respuesta del Hijo único al entrar en el mundo: "He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad" (Hb 10, 5-7). Así, la oración está ligada con la historia de los hombres, es la relación con Dios en los acontecimientos de la historia.

2.2.6.13.5 Moisés y la oración del mediador

Cuando comienza a realizarse la promesa (Pascua, Éxodo, entrega de la Ley y conclusión de la Alianza), la oración de Moisés es la figura cautivadora de la oración de intercesión que tiene su cumplimiento en "el único Mediador entre Dios y los hombres, Cristo-Jesús" (1 Tm 2, 5).

También aquí, Dios interviene, el primero. Llama a Moisés desde la zarza ardiendo (Ex 3, 1-10). Este acontecimiento quedará como una de las figuras principales de la oración en la tradición espiritual judía y cristiana. En efecto, si "el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob" llama a su servidor Moisés es que él es el Dios vivo que quiere la vida de los hombres. Él se revela para salvarlos, pero no lo hace solo ni contra la voluntad de los hombres: llama a Moisés para enviarlo, para asociarlo a su compasión, a su obra de salvación. Hay como una imploración divina en esta misión, y Moisés, después de debatirse, acomodará su voluntad a la de Dios salvador. Pero en este diálogo en el que Dios se confía, Moisés aprende también a orar: se humilla, objeta, y sobre todo pide y, en respuesta a su petición, el Señor le confía su Nombre inefable que se revelará en sus grandes gestas.

2.2.6.13.6 En la plenitud de los tiempos

El drama de la oración se nos revela plenamente en el Verbo que se ha hecho carne y que habita entre nosotros. Intentar comprender su oración, a través de lo que sus testigos nos dicen en el Evangelio, es aproximarnos al Santo Señor Jesús como a la Zarza ardiendo: primero contemplando a él mismo en oración y después escuchando cómo nos enseña a orar, para conocer finalmente cómo acoge nuestra plegaria.

2.2.6.13.7 Jesús ora

El Hijo de Dios hecho hombre también aprendió a orar conforme a su corazón de hombre. El aprende de su madre las fórmulas de oración; de ella, que conservaba todas las "maravillas" del Todopoderoso y las meditaba en su corazón (Lc 1, 49; 2, 19; 2, 51). Lo aprende en las palabras y en los ritmos de la oración de su pueblo, en la sinagoga de Nazaret y en el Templo. Pero su oración brota de una fuente secreta distinta, como lo deja presentir a la edad de los doce años: "Yo debía estar en las cosas de mi Padre" (Lc 2, 49). Aquí comienza a revelarse la novedad de la oración en la plenitud de los tiempos: la *oración filial*, que el Padre esperaba de sus hijos va a ser vivida por fin por el propio Hijo único en su Humanidad, con y para los hombres.

El Evangelio según San Lucas subraya la acción del Espíritu Santo y el sentido de la oración en el ministerio de Cristo. Jesús ora *antes* de los momentos decisivos de su misión: antes de que el Padre dé testimonio de él en su Bautismo (Lc 3, 21) y de su Transfiguración (Lc 9, 28), y antes de dar cumplimiento con su Pasión al Plan amoroso del Padre (Lc 22, 41-44); ora también ante los momentos decisivos que van a comprometer la misión de sus Apóstoles: antes de elegir y de llamar a los Doce (Lc 6, 12), antes de que Pedro lo confiese como "el Cristo de Dios" (Lc 9, 18-20) y para que la fe del príncipe de los Apóstoles no desfallezca ante la tentación (Lc 22, 32). La oración de

Jesús ante los acontecimientos de salvación que el Padre le pide es una entrega, humilde y confiada, de su voluntad humana a la voluntad amorosa del Padre.

2.2.6.13.8 Jesús escucha la oración

La oración *a Jesús* ya ha sido escuchada por él durante su ministerio, a través de los signos que anticipan el poder de su muerte y de su resurrección: Jesús escucha la oración de fe expresada en palabras (el leproso: Mc 1, 40-41; Jairo: Mc 5, 36; la cananea: Mc 7, 29; el buen ladrón: Lc 23, 39-43), o en silencio (los portadores del paralítico: Mc 2, 5; la hemorroísa que toca su vestido: Mc 5, 28; las lágrimas y el perfume de la pecadora: Lc 7, 37-38). La petición apremiante de los ciegos: "¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!" (Mt 9, 27) o "¡Hijo de David, ten compasión de mí!" (Mc 10, 48) ha sido recogida en la tradición de la *O ración a Jesús*: "¡Jesús, Cristo, Hijo de Dios, ¡Señor, ten piedad de mí, pecador!" Curando enfermedades o perdonando pecados, Jesús siempre responde a la plegaria que le suplica con fe: "Ve en paz, ¡tu fe te ha salvado!".

2.2.6.13.9 Las fuentes de la oración:

El Espíritu Santo es el "agua viva" que, en el corazón orante, "brotará para vida eterna" (Jn 4, 14). Él es quien nos enseña a recogerla en la misma Fuente: Cristo. Pues bien, en la vida cristiana hay manantiales donde Cristo nos espera para darnos a beber el Espíritu Santo.

2.2.6.13.13.1 La palabra de Dios

La Iglesia "recomienda insistentemente todos sus fieles... la lectura asidua de la Escritura para que adquieran "la ciencia suprema de Jesucristo" (Flp 3,8) ... Recuerden que a la lectura de la Santa Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues "a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras" (DV 25).

2.2.6.13.13.2 La liturgia de la Iglesia

La misión de Cristo y del Espíritu Santo que, en la liturgia sacramental de la Iglesia, anuncia, actualiza y comunica el Misterio de la salvación, se continúa en el corazón que ora. Los Padres espirituales comparan a veces el corazón a un altar. La oración interioriza y asimila la liturgia durante y después de su celebración. Incluso cuando la oración se vive "en lo secreto" (Mt 6, 6), siempre es oración de la *Iglesia*.

2.2.6.13.14 Maestros y lugares de oración

Hay una pléyade de testigos, que nos ayudan como modelos para la oración, y que nos ayudará a encontrar en Cristo el rostro misericordioso del Padre. Los testigos que nos han precedido en el Reino (Hb 12, 1), especialmente los que la Iglesia reconoce como "santos", participan en la tradición viva de la oración, por el modelo de su vida, por la transmisión de sus escritos y por su oración actual. Contemplan a Dios, lo alaban y no dejan de cuidar de aquellos que han quedado en la tierra. Al entrar "en la alegría" de su Señor, han sido "constituidos sobre lo mucho" (Mt 25, 21). Su intercesión es su más alto servicio al plan de Dios. Podemos y debemos rogarles que intercedan por nosotros y por el mundo entero.

En la comunión de los santos, se han desarrollado diversas *espiritualidades* a lo largo de la historia de la Iglesia. El carisma personal de un testigo del amor de Dios hacia los hombres, por ejemplo, el "espíritu" de Elías a Eliseo (2 R 2, 9) y a Juan Bautista (Lc 1, 17).

En la confluencia de corrientes litúrgicas y teológicas se encuentra también una espiritualidad que muestra cómo el espíritu de oración incultura la fe en un ámbito humano y en su historia.

Las diversas espiritualidades cristianas participan en la tradición viva de la oración y son guías indispensables para los fieles. En su rica diversidad, reflejan la pura y única Luz del Espíritu Santo.

2.2.6.13.15 Lugares favorables para la oración

La Iglesia, casa de Dios, es el lugar propio de la oración litúrgica de la comunidad parroquial. Es también el lugar privilegiado para la adoración de la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento. La elección de un lugar favorable no es indiferente para la verdad de la oración:

Para la oración personal, el lugar favorable puede ser un "rincón de oración", con las Sagradas Escrituras e imágenes, para estar "en lo secreto" ante nuestro Padre (Mt 6, 6). En una familia cristiana este tipo de pequeño oratorio favorece la oración en común.

Las peregrinaciones evocan nuestro caminar por la tierra hacia el cielo. Son tradicionalmente tiempos fuertes de renovación de la oración. Los santuarios son, para los peregrinos en busca de fuentes vivas, lugares excepcionales para vivir "en Iglesia" las formas de la oración cristiana.

2.2.6.13.16 Las expresiones de la oración:

2.2.6.13.16.1 La oración vocal

Por medio de su Palabra, Dios habla al hombre. Por medio de palabras, mentales o vocales, nuestra oración toma cuerpo. Pero lo más importante es la presencia del corazón ante Aquél a quien hablamos en la oración.

La oración vocal es un elemento indispensable de la vida cristiana. A los discípulos, atraídos por la oración silenciosa de su Maestro, éste les enseña una oración vocal: el "Padre Nuestro". Jesús no solamente ha rezado las oraciones litúrgicas de la sinagoga; los Evangelios nos lo

presentan elevando la voz para expresar su oración personal, desde la bendición exultante del Padre (Mt 11, 25-26), hasta la agonía de Getsemaní (Mc 14, 36).

Esta necesidad de asociar los sentidos a la oración interior responde a una exigencia de nuestra naturaleza humana. Somos cuerpo y espíritu, y experimentamos la necesidad de traducir exteriormente nuestros sentimientos. Es necesario rezar con todo nuestro ser para dar a nuestra súplica todo el poder posible. Esta necesidad responde también a una exigencia divina. Dios busca adoradores en espíritu y en verdad, y, por consiguiente, la oración que sube viva desde las profundidades del alma. También reclama una expresión exterior que asocia el cuerpo a la oración interior, esta expresión corporal es signo del homenaje perfecto al que Dios tiene derecho.

2.2.6.13.16.2 La meditación

La meditación es, sobre todo, una búsqueda. El espíritu trata de comprender el por qué y el cómo de la vida cristiana para adherirse y responder a lo que el Señor pide. Hace falta una atención difícil de encauzar. Habitualmente, se hace con la ayuda de un libro, que a los cristianos no les faltan: las sagradas Escrituras, especialmente el Evangelio, las imágenes sagradas, los textos litúrgicos del día o del tiempo, escritos de los Padres espirituales, obras de espiritualidad, el gran libro de la creación y el de la historia, la página del "hoy" de Dios.

2.2.6.13.16.3 La oración de contemplación

La contemplación busca al "amado de mi alma" (Ct 1, 7; Cf. Ct 3, 1-4). Esto es, a Jesús y en él, al Padre. Es buscado porque desearlo es siempre el comienzo del amor, y es buscado en la fe pura, esta fe que nos hace nacer de él y vivir en él. En la contemplación se puede también meditar, pero la mirada está centrada en el Señor.

La elección *del tiempo y de la duración de la oración* de contemplación depende de una voluntad decidida reveladora de los secretos del corazón. No se hace contemplación cuando se tiene tiempo, sino que se toma el tiempo de estar con el Señor con la firme decisión de no dejarlo y volverlo a tomar, cualesquiera que sean las pruebas y la sequedad del encuentro. No se puede meditar en todo momento, pero sí se puede entrar siempre en contemplación, independientemente de las condiciones de salud, trabajo o afectividad. El corazón es el lugar de la búsqueda y del encuentro, en la pobreza y en la fe. *La entrada en la contemplación* es análoga a la de la Liturgia eucarística: "recoger" el corazón, recoger todo nuestro ser bajo la moción del Espíritu Santo, habitar la morada del Señor que somos nosotros mismos, despertar la fe para entrar en la presencia de Aquél que nos espera, hacer que caigan nuestras máscaras y volver nuestro corazón hacia el Señor que nos ama para ponernos en sus manos como una ofrenda que hay que purificar y transformar.

2.2.6.13.17 El combate de la oración

La oración es un don de la gracia y una respuesta decidida por nuestra parte. Supone siempre un esfuerzo. Los grandes orantes de la Antigua Alianza antes de Cristo, así como la Madre de Dios y los santos con Él nos enseñan que la oración es un combate. ¿Contra quién? Contra nosotros mismos y contra las astucias del Tentador que hace todo lo posible por separar al hombre de la oración, de la unión con su Dios. Se ora como se vive, porque se vive como se ora. El que no quiere actuar habitualmente según el Espíritu de Cristo, tampoco podrá orar habitualmente en su Nombre. El "combate espiritual" de la vida nueva del cristiano es inseparable del combate de la oración.

2.2.6.13.17.1 Las objeciones a la oración

En el combate de la oración, tenemos que hacer frente en nosotros mismos y en torno a nosotros a *conceptos erróneos sobre la oración*. Unos ven en ella una simple operación psicológica, otros un esfuerzo de concentración para llegar a un vacío mental. Otros la reducen a actitudes y palabras rituales. En el inconsciente de muchos cristianos, orar es una ocupación incompatible con todo lo que tienen que hacer: no tienen tiempo. Hay quienes buscan a Dios por medio de la oración, pero se desalientan pronto porque ignoran que la oración viene también del Espíritu Santo y no solamente de ellos.

2.2.6.13.20 La oración del Señor:

"Padre Nuestro"

"Estando él Jesús en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: "Maestro, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos." (Lc 11, 1). En respuesta a esta petición, el Señor confía a sus discípulos y a su Iglesia la oración cristiana fundamental. San Lucas da de ella un texto breve (con cinco peticiones: Lc 11, 2-4), San Mateo una versión más desarrollada (con siete peticiones: Mt 6, 9-13). La tradición litúrgica de la Iglesia ha conservado el texto de San Mateo. Muy pronto, la práctica litúrgica concluyó la oración del Señor con una doxología. El misal romano desarrolla la última petición (Embolismo: "líbranos del mal") en la perspectiva explícita de "aguardando la feliz esperanza" (Tt 2, 13) y "la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo"; después se hace la aclamación de la asamblea, volviendo a tomar la doxología de las Constituciones apostólicas.

2.3 DEFINICIÓN DE TÉRMINOS BÁSICOS.

Misericordia:

Aspecto compasivo del amor hacia el ser que está en desgracia, o que por su condición espiritual no merece ningún favor. La misericordia y la gracia son actitudes y disposiciones muy semejantes en Dios; mientras que la primera trata al hombre como un ser miserable, la segunda lo toma como culpable. En la Biblia se destaca la misericordia de Dios como una disposición suya que beneficia al hombre pecador. En su ministerio público Jesucristo mostró misericordia para con los enfermos, los necesitados y los desprovistos de atención espiritual (Mt. 9:36). (Diccionario ilustrado de la Biblia. P. 426).

Pecado:

Pecado es propiamente la oposición o aversión de la voluntad del hombre con relación a la voluntad de Dios. El pecado se configura de manera peculiar, como un acto humano, estructuralmente desordenado, que tiene, por consiguiente, una cualificación moral negativa, el aspecto desordenado expresa tanto la voluntariedad y la intención del acto humano como el carácter objetivo de la realidad que constituye el objeto de dicho acto, calificándolo como desorden (Diccionario de teología. p. 522. Diccionario teológico enciclopédico. p 750).

Conversión:

La conversión (hebreo. *Tesubah*, gr. *metanoia*, lat. *Conversio*, *poenitentia*) es propiamente el retorno a Dios, una continua renovación del espíritu. De manera especial es el alejamiento de la idolatría, que es el estado más alejado y más contrario a Dios y fuente de otros pecados. El sujeto de la conversión es la persona, ya que sólo la persona es capaz de una determinación libre por el

bien. El contenido de la conversión es también una persona: Cristo. Nos convertimos creyendo en el Evangelio, acogiendo a Jesucristo en cuanto que es Hijo del hombre (Dn) y siervo de Yahveh (Is), (Diccionario teológico enciclopédico p .190).

Perdón:

El perdón es propiamente el acto por el cual el que ha sufrido un daño dispensa al que es su autor responsable. Toda la Biblia, y en especial en Nuevo Testamento, pone de relieve la generosidad especialísima del perdón de Dios que no sólo no exige ninguna reparación anterior por parte del culpable para restablecerlo en su amistad, sino que toma sobre sí la misma obra reparadora, de manera que el pecador es efectivamente restaurado en esta amistad y filiación a las que Dios le destinaba (Diccionario de teología p. 534).

Gracia:

Gracia será la traducción latina del griego *Kharis*, anteriormente utilizado en la versión bíblica de los Setenta para traducir el hebreo *hen* que significa exactamente el favor testimoniado a alguien. En el AT va acompañado de compasión maternal y se manifiesta primero en su amor misericordioso y después es su fidelidad. En el NT será empleada por San Pablo para designar el conjunto de la nueva economía instaurada por Cristo. (Diccionario de teología, p. 302).

Bautismo:

Viene de griego *baptizo*, significa inmerger, y designa el sacramento de la iniciación cristiana, según la forma primitiva de su rito. En San Pablo encontramos por primera vez el sentido del bautismo, explicado como una inmersión en la muerte de Cristo que nos permite revivir a la vida nueva de la resurrección. (Diccionario de teología, p. 112).

Penitencia:

Del latín *paenitentia* (en griego, *metánoia*), significa la conversión del pecador y designa el conjunto de actos interiores y exteriores dirigidos a la reparación del pecado cometido. Pero la penitencia es también un sacramento, el cuarto, instituido por Cristo para devolver al cristiano pecador la gracia perdida con el pecado. El fundamento del sacramento se puede encontrar en el poder de perdonar y retener los pecados (Jn 20,23) o de atar y desatar (Mt 18,18), concedido por Cristo a sus apóstoles. (Diccionario teológico enciclopédico, p. 756).

Gracia habitual:

El término gracia, designa en general, todavía en nuestro uso actual, la benevolencia, el favor que se da gratuitamente, lo contrario a los que es debido. Gracia es la vuelta inmerecida, inexpressada, incomprendible del amor de Dios al hombre que conduce a éste a la salvación en la comunidad de vida con Dios descubriendo la oposición contra Dios como prisión del hombre en sí mismo y superándola a la par que libera. (Diccionario de teología, p. 426) y (Diccionario de conceptos teológicos, p. 462).

Economía salvífica:

El término economía, que significa etimológicamente administración sobre todo doméstica, o gobierno, indica en el Nuevo Testamento el plan o el ordenamiento de la salvación, la disposición salvífica. En este sentido se usa el Ef 1,10: es el plan de salvación que Dios ha establecido según su beneplácito, llevando a la historia su plenitud. (Diccionario teológico enciclopédico, p. 289).

Sacramentos:

El sacramento es el acontecimiento de salvación en el que Dios se hace experimentable para el hombre, aceptando hablar su lenguaje, sumergirse en su sistema de signos y de símbolos, adoptando de este modo todo lo que esto implica de aproximativo y de condicionado culturalmente. (Diccionario teológico enciclopédico, p. 872)

Decálogo:

El termino decálogo es la denominación que se utiliza desde los tiempos patrísticos para traducir la expresión hebrea *aseret haddbarim* o las diez palabras que se emplea en el Antiguo Testamento para indicar la lista de los mandamientos básicos de la alianza sinaítica. (Diccionario teológico enciclopédico, p. 227).

La oración cristiana:

Esta elevación del alma es, en realidad, una respuesta del hombre a Dios que le ha hablado primero, de modo que la oración se configura, propiamente hablando, como un diálogo personal, íntimo y profundo entre el hombre y Dios. La oración cristiana no se reduce, sin embargo, al asentimiento de fe a la revelación pública, sino que se edifica a partir de ella, porque con esta revelación, el Dios invisible en su inmenso amor habla a los hombres como amigos y se entretiene con ellos, para invitarlos y admitirlos a la comunión con Él (DV2). (Diccionario de teología, p.750).

Profesión de Fe:

¿Qué es la fe?, la fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él dando al mismo tiempo una luz sobreabundante al hombre que busca el sentido último de su vida. Esto es pues la fe. (Catecismo de la Iglesia Católica, p. 23).

Salvación:

La salvación como término teológico central es el compendio del anhelo humano de una apropiación definitiva de la verdad y del bien en libertad y amor. La salvación designa el efecto ya individual ya colectivo, de la redención, y más especialmente su efecto último en la resurrección. (Diccionario de teología, p. 603).

2.4 SUPUESTOS IMPLÍCITOS.

Se ha logrado alcanzar que la variable Independiente que es la Misericordia se relaciona perfectamente con la Variable Dependiente que es la formación cristiana. Pues de una buena formación cristiana comprenderá mejor lo que es la misericordia, y los lugares adecuados para asistir y experimentar la misericordia auténticamente. Sabrá tanto teórico como vivamente o práctico lo que es la Misericordia y la formación cristiana.

2.5 SISTEMAS DE HIPÓTESIS.

Al respecto Hernández E.AL (2010) afirma: No, no todas las investigaciones cuantitativas plantean hipótesis. El hecho de que formulemos o no hipótesis depende de un factor esencial: el alcance inicial del estudio. Las investigaciones cuantitativas que formulan hipótesis son aquellas

cuyo planteamiento define que su alcance será correlacional o explicativo, o las que tienen un alcance descriptivo, pero que intentan pronosticar una cifra o un hecho.

2.6 VARIABLES:

2.6.1 Variable independiente:

Misericordia: Aspecto compasivo del amor hacia el ser que está en desgracia, o que por su condición espiritual no merece ningún favor. La misericordia y la gracia son actitudes y disposiciones muy semejantes en Dios; mientras que la primera trata al hombre como un ser miserable, la segunda lo toma como culpable. En la Biblia se destaca la misericordia de Dios como una disposición suya que beneficia al hombre pecador. En su ministerio público Jesucristo mostró misericordia para con los enfermos, los necesitados y los desprovistos de atención espiritual (Mt. 9:36). (Diccionario ilustrado de la Biblia. P. 426).

2.6.1.1 Definición operacional:

Misericordia de Dios viene a causa del pecado del hombre, y este pecado que el hombre lo comete libremente es una separación con Dios, separación con la Iglesia, separación con los demás y separación con uno mismo.

Esta misericordia que viene para el hombre, el hombre se convierte porque la gracia está actuando en la persona, esta conversión es de la mente, del corazón y del obrar. Esto es llamado *La metanoia*. Dios sólo perdona y este perdón es recibido sólo para el hombre, en primer lugar, el primer paso para el perdón es en el Bautismo, pues es ahí donde entras a la vida de la gracia y donde se borran el pecado Original y los pecados personales, luego por último está el sacramento de la reconciliación donde se borran los pecados y nos da la Salud espiritual. Por último, está la

Gracia que es un Don de Dios para el hombre, en donde nos une a la vida intratrinitaria y nos hace pregonar el cielo mismo.

2.6.2 Variable Dependiente:

Formación Cristiana: ¿Qué es la fe?, la fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él dando al mismo tiempo una luz sobreabundante al hombre que busca el sentido último de su vida. Esto es pues la fe (Catecismo de la Iglesia Católica, p. 23).

2.6.2.1 Definición operacional:

Es importante la formación cristiana en todos los fieles, una formación seria que sepa dar razón de nuestra esperanza, una formación no sólo racional, de la mente, sino también una vida sacramental, una participación activa en las diferentes actividades que realiza la iglesia en beneficio de la humanidad. Sólo así los cristianos sabremos que en la Iglesia católica subsiste la verdadera Iglesia de Cristo.

Operacionalización de variables

Variable	Dimensiones.	Indicadores	Ítems
Variable independiente:	. Pecado	. Separación con Dios.	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para que no se separen de Dios?
		. Separación con la Iglesia.	¿Cómo influye la misericordia de Dios en los fieles para que no se separe con la Iglesia?

<p><i>Misericordia.</i></p> <p>La Palabra misericordia significa, compasión que impulsa a ayudar o a perdonar.</p>		. Separación con los demás	¿Cómo determina la misericordia de Dios en los fieles para que no se separen entre ellos?
		.Separación con uno mismo.	¿Cómo influye la misericordia de Dios en los fieles para que no se separen consigo mismo?
	. Conversión	.Conversión de la mente.	¿Cómo influye la misericordia de Dios, para la conversión de la mente de los fieles?
		.Conversión del corazón.	¿Cómo influye la misericordia de Dios para la conversión del corazón de los fieles?
		.Conversión del obrar.	¿Cómo determina la misericordia de Dios en la conversión del obrar de los fieles?
	. Perdón	.Solo Dios perdona.	¿Cómo influye la misericordia de Dios, para

			reconocer que sólo Dios perdona?
		.Bautismo	¿Cómo influye la misericordia de Dios para reconocer que el bautismo es el primer paso para el perdón de Dios?
		.Penitencia	¿Cómo afecta la misericordia de Dios, para la formación y práctica de la penitencia?
	. Gracia.	.Gracia habitual	¿Cómo influye la misericordia de Dios para mantener la gracia habitual de los fieles?
		. Gracia santificante	¿Cómo influye la misericordia de Dios para que tengan la gracia santificante de los fieles?
Variable dependiente:	. Profesión de fe, lo que creemos.	. "creo"- " creemos"	¿Cómo influye la misericordia de Dios para la credibilidad de los fieles en su fe?

<p><i>Formación cristiana.</i></p> <p>Esta palabra significa formar al fiel cristiano en la vida espiritual y humano.</p>		. La profesión de la fe cristiana.	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para profesar la fe de los fieles?
	.La celebración del misterio cristiano.	. La economía sacramental	¿Cómo influye la misericordia de Dios para la economía sacramental?
		. los siete sacramentos de la iglesia	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para la práctica de los 7 sacramentos?
	. La vida en Cristo.	. La vocación del hombre: la vida en el espíritu.	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para reconocer la vocación del Hombre?
		.los diez mandamientos	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para la práctica de los diez mandamientos?
	. La oración cristiana.	. la oración en la vida cristiana	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para tener una vida de oración intensa?
		.la oración del señor: "padre nuestro"	¿Cómo influye la misericordia de Dios para

			rezar con más piedad la oración del padre nuestro?
--	--	--	--

III. METODOLOGÍA.

3.1 Nivel y tipo de investigación.

El nivel de investigación de la tesis es Básica, y el tipo de Investigación de la tesis es la Descriptiva.

En el nivel de la investigación Ñaupas (2013) en Metodología de la Investigación dice al respecto: Es aquella que se viene realizando desde que surgió la curiosidad científica, por desentrañar los misterios del origen del universo, de la vida natural y de la vida humana. Los primeros investigadores, que fueron filósofos y luego científicos, hicieron su trabajo por amor a la ciencia, por amor a la sabiduría. Los más grandes filósofos griegos que pertenecieron a la Escuela

Jónica, como Anaximandro, Tales de Mileto, Heráclito de Éfeso, Anaxágoras y Anaxímenes, tuvieron espíritu científico porque abandonaron la actitud providencialista para conocer el universo, el mundo y el hombre y utilizaron la observación, el razonamiento lógico, y la imaginación como métodos de investigación. La investigación pura, básica o sustantiva, recibe el nombre de pura porque en efecto no está interesada por un objetivo crematístico, su motivación es la simple curiosidad, el inmenso gozo de descubrir nuevos conocimientos. Se dice que es básica por qué sirve de cimiento a la investigación aplicada o tecnológica; y fundamental porque es esencial para el desarrollo de la ciencia.

En el tipo de la investigación Ñaupas (2013) En metodología de la Investigación dice al respecto: Es una investigación de segundo nivel, inicial, cuyo objetivo principal es recopilar datos e informaciones sobre las características, propiedades, aspectos o dimensiones, clasificación de los objetos, personas, agentes e instituciones o de los procesos naturales o sociales. Este nivel de investigación también recibe el nombre de investigación diagnóstica, puede servir para realizar investigación

3.2 Diseño de Investigación.

Nuestro Diseño que se realizó en Investigación es la Investigación no experimentales. Al respecto Raúl Pino Gotuzzo (2014) en Metodología de la Investigación dice: Este tipo de investigación se caracteriza por no manipular deliberadamente la variable independiente. El investigador para este tipo de diseños no experimentales solo se sustrae a contemplar los fenómenos en su estado natural, para luego analizarlos. Sobre el particular Kerlinger (2002) en investigación del comportamiento nos dice: En la investigación no experimental no es posible manipular las variables o asistir aleatoriamente a los participantes o tratamientos. El investigador

no hace ninguna transformación de la realidad. Su contacto es simplemente fenomenológico. Hernández Sampieri (2003) en Metodología de la investigación considera que: es un estudio donde no se crea ninguna situación nueva, sino que solo las observa dado que el fenómeno a ocurrió y por lo tanto no manipula ninguna variable ni ejerce influencia sobre ellos.

Las investigaciones no experimentales se dividen en:

- ✓ Transversales
- ✓ Longitudinales

3.3 Población y muestra de estudio.

La población del estudio de la tesis es de unas 450 personas. Y en la muestra es de 25 personas.

Ñaupas (2013) al respecto en metodología de la Investigación dice:

Población.

El primer paso para llevar a cabo un buen muestreo es definir la población o universo, que se represente en las operaciones estadísticas con la letra mayúscula (N). El universo en las investigaciones naturales, es el conjunto de objetos, hechos, eventos que se van a estudiar con las variadas técnicas que hemos analizado supra. En las ciencias sociales la población es el conjunto de individuos o personas o instituciones que son motivo de investigación. En la investigación social se acostumbra a diferenciar dos tipos de población: **Población objetivo**, que es la población total pero no disponible, y **la población accesible** que es la disponible y la que sirve a la investigación. Anteriormente ya hicimos sobre planificación en la Universidad San Martín de Porres. Igualmente lo hace Cabanillas, en su tesis doctoral (2004:64), citando a Ary Donal et al.

La población de la tesis son los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete.

Muestra.

La muestra es el subconjunto, o parte del universo o población, seleccionado por métodos diversos, pero siempre teniendo en cuenta la representatividad del universo. Es decir, una muestra es representativa si reúne las características de los individuos del universo. Hay tres problemas con respecto a la muestra: Los procedimientos para determinar el tamaño de la muestra; procedimientos para determinar la representatividad de la muestra, y procedimiento para terminar el error de la muestra.

La muestra de la tesis son 25 personas.

3.4 Métodos, técnicas e instrumentos de Investigación.

El método de esta tesis es sobre todo analítico y sintético.

En el método analítico Raúl Pino Gotuzzo (2004) dice al respecto: Este método analiza las cosas partiendo de lo universal a las partes. Así el químico al estudiar el agua la descompone en sus partes: hidrógeno y oxígeno procediendo por análisis.

En el Método sintético Raúl Pino Gotuzzo citando a Kant en la *Crítica de la razón pura*. Dice al respecto: Es el que procede de la parte al todo, de lo particular a lo universal, del efecto a la causa, del fenómeno a la razón.

Técnicas e instrumentos de investigación.

En las técnicas e instrumentos de investigación se ha utilizado la escala de Likert que consiste en trabajar con los indicadores y ponerlos en forma de pregunta. Estas preguntas fueron llevadas a mi Muestra de estudio que como dije arriba eran 25 personas de la parroquia San Vicente de Cañete.

En Instrumentos de Investigación RAÚL Pino Gotuzzo dice al respecto: Este método fue desarrollado por Rengis Likert en los años 30 del s. XX Este método consiste en la presentación de un conjunto de Ítems del cual la persona debe elegir uno de las cinco alternativas que se presenta. Así, por ejemplo, ante la pregunta: ¿Pagar sus contribuciones sociales contribuye al desarrollo del país?

Se establecen cinco posibilidades: Dos alternativas extremas y una central. Las dos primeras o superior son afirmativas; dos alternativas a la izquierda o interiores que rechazan la afirmación, y una alternativa central que ni afirma ni niega. Así:

- ✓ Muy de acuerdo
- ✓ De acuerdo
- ✓ Ni de acuerdo ni desacuerdo
- ✓ En desacuerdo
- ✓ Muy en desacuerdo

3.5 Procedimientos de recolección de datos.

Hice una escala de Likert que es una encuesta que se realizó a las 25 personas que son mi muestra de estudio para esta tesis. Todos participaron de esta encuesta, que se realizó en una reunión en donde presidía el Padre Jesús Colquepisco.

3.6 Diseño de organización, procesamiento y análisis de datos.

En mi encuesta de Likert fueron 25 personas y que se realizó en la parroquia San Vicente de Cañete. Todo este contenido que me arrojó la escala de Likert lo llevé al programa SPSS en donde sólo paso información a este programa y luego de pasarlo, este programa me arrojará la

información correcta de las 25 personas encuestadas, información de cuantas personas han sido tocadas por la misericordia divina y por ende convertidas verdaderamente al catolicismo.

Ñaupas (2013) en Metodología de la Investigación dice al respecto:

¿Qué es el SPSS?

Es un paquete estadístico para ingresar y analizar datos en Ciencias Sociales. Es un paquete computacional diseñado por estadísticos, ingenieros de sistemas y científicos sociales. El sistema permite efectuar una gran cantidad de tareas de diseños, cálculos, análisis, graficación, en pocos segundos siendo las principales:

- ✓ Tablas de frecuencia
- ✓ Tablas cruzadas
- ✓ Análisis exploratorio
- ✓ Estadígrafos: media, mediana, moda, varianza, desviación estándar
- ✓ Regresión simple y múltiple
- ✓ Comparación de medias: Prueba T de Student, ANOVA
- ✓ Análisis multivalente: análisis factorial, discriminante, etc.
- ✓ Prueba de Chi cuadrado.

Estructura de SPSS.

Como ya se dijo el SPSS está compuesto de varios *programas o rutinas y subprogramas o subrutinas*. A los programas de SPSS se llaman módulos; a los componentes de un programa (es decir a los subprogramas) se les llaman *procedimientos* (Gondar, op.cit.).

Los programas o módulos del SPSS son:

- Base
- Profesionales
- Avanzadas
- Tendencias
- Categorías
- Análisis de conjunto
- Tablas.

A su vez el programa o módulo base tiene los siguientes subprogramas o procedimientos:

- Análisis exploratorio de datos
- Tablas de contingencia
- Comparación de medias
- Análisis de Varianza
- Pruebas no paramétricas.

¿Cómo funciona?

Está organizado a base de comandos, que constituyen los elementos del lenguaje. Cada subprograma o procedimiento tiene asociado una serie de comandos y con las combinaciones de los mismos se puede elaborar un fichero de sintaxis para llevar a cabo los análisis estadísticos más complejos. El SPSS, dispone de una serie de barras, menús, submenús, botones o íconos que hay que saber operar para realizar las operaciones estadísticas simples y complejas, ya mencionadas.

IV. ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE DATOS.

4.1. Introducción.

En esta cuarta parte se trabajará sobre los resultados que se obtuvieron en la escala de Likert y que luego fue trabajado por el programa SPSS y en donde ha arrojado estas conclusiones. Examinaremos cada una de las variables con sus indicadores, veremos cuantas personas han experimentado la misericordia, así como personas que todavía no han sido tocadas por la misericordia de Dios, después se examina mediante el análisis e interpretación.

4.2. Presentación de cuadros y gráficos.

Tabla 2

La misericordia de Dios

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Válido	Totalmente de acuerdo	8	33,3	40,0	40,0
	De acuerdo	12	50,0	60,0	100,0
	Total	20	83,3	100,0	
Perdidos	Sistema	4	16,7		
	Total	24	100,0		

Fuente: la misericordia de Dios

Responsable: Ronald Alexander Ramos Reyes

Análisis e Interpretación.

En la tabla número 2 y gráfico 1 en relación a la variable independiente que es la Misericordia de Dios, respondieron totalmente de acuerdo 8 que equivale a un 40%. Los que respondieron De acuerdo son 12, que corresponde a un 60% del total debido a que los fieles son tocados por la misericordia de Dios que perdona siempre, siempre y cuando que el hombre tenga la disposición adecuada para recibir el perdón de Dios.

Gráfico 1.



Fuente: La misericordia de Dios

Responsable: Ronald Alexander Ramos Reyes

Tabla 3

La formación cristiana

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
	Totalmente de acuerdo	3	12,5	15,0	15,0
Válido	De acuerdo	12	50,0	60,0	75,0
	Indiferente	5	20,8	25,0	100,0
	Total	20	83,3	100,0	
Perdidos	Sistema	4	16,7		
	Total	24	100,0		

Fuente: La formación cristiana

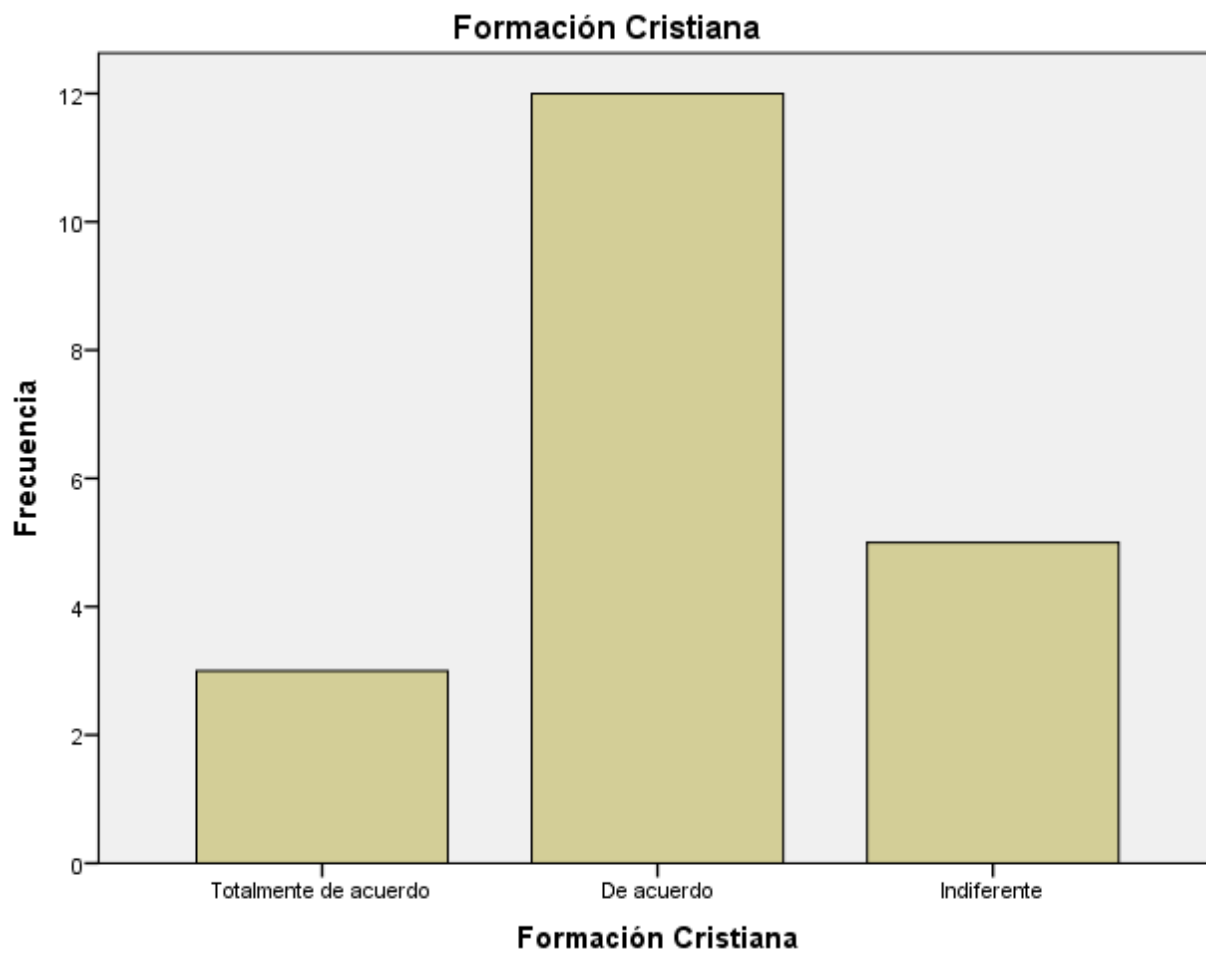
Responsable: Ronald Alexander Ramos Reyes

Análisis e interpretación.

En la tabla 3 y gráfico 2 en relación a la variable Dependiente sobre la formación cristiana, respondieron totalmente de acuerdo 3 que equivale a un 15,0 %, de acuerdo marcaron 12, que corresponde a un son 60%, y finalmente respondieron indiferente 5 que equivale a un 25% del total de los que respondieron totalmente de acuerdo y los de acuerdo, la formación cristiana es

imprescindible y acuden a las parroquias para ser educados en la fe. Y por los del indiferente será a causa de la ignorancia religiosa y no asistir a la iglesia para formarse en la fe y por el otro lado porque nosotros no salimos al encuentro del otro para anunciar la buena nueva y que ellos quizá tengan miedo salir.

Gráfico 2



Fuente: Formación Cristiana

Responsable: Ronald Ramos Reyes

Tabla 4

I Dimensión: Pecado

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Válido	Totalmente de Acuerdo	4	16,7	20,0	20,0
	De Acuerdo	13	54,2	65,0	85,0
	Indiferente	2	8,3	10,0	95,0
	En Desacuerdo	1	4,2	5,0	100,0
	Total	20	83,3	100,0	
Perdidos	Sistema	4	16,7		
	Total	24	100,0		

Fuente: Pecado

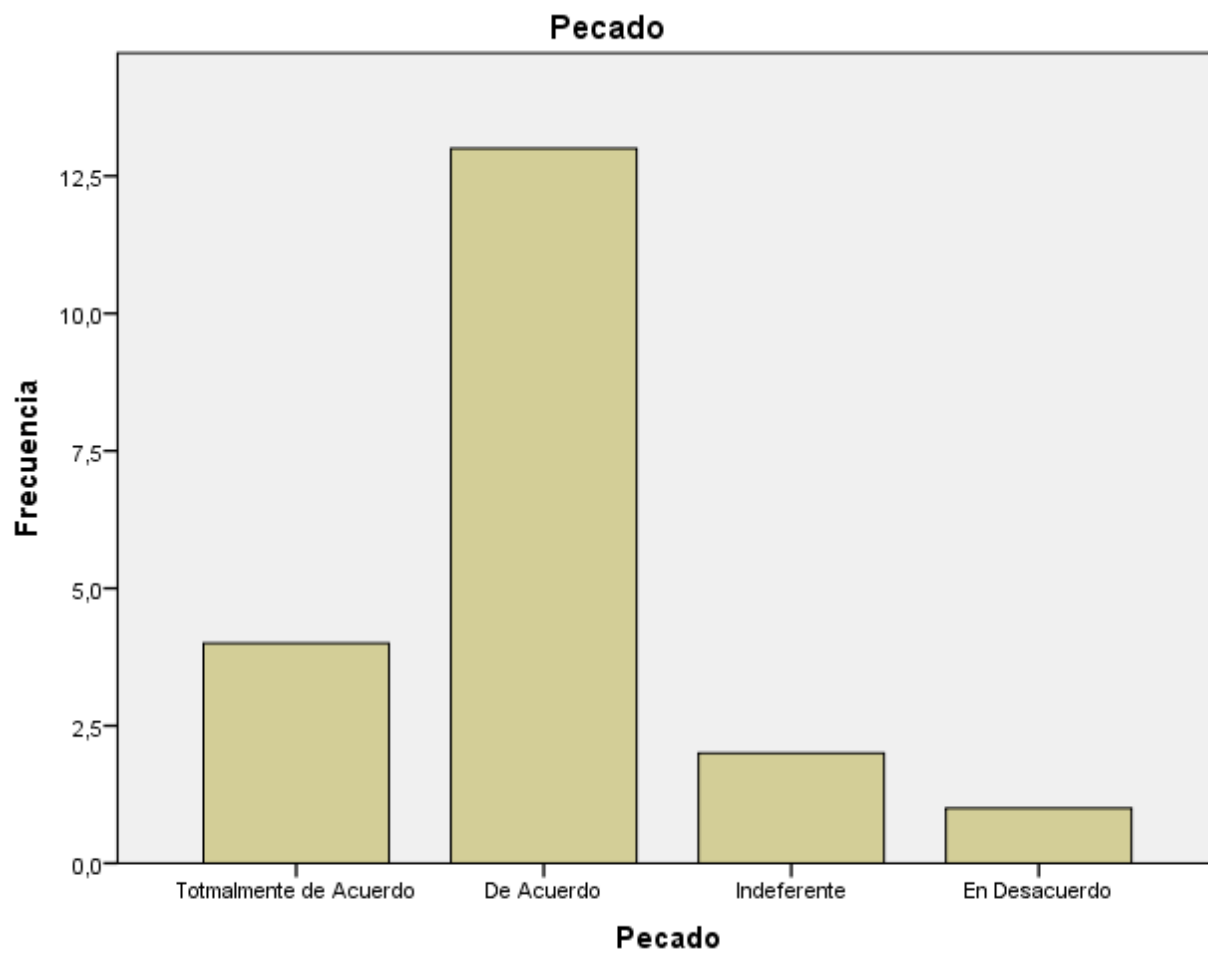
Responsable: Ronald Ramos Reyes.

Análisis e Interpretación.

En la tabla 4 gráfico 3 en relación con la primera dimensión que es el pecado, respondieron totalmente de acuerdo 4, que en porcentaje válido es 20%, los De acuerdo son 13, que en porcentaje son 65,0%, los de Indiferente son 2, que en porcentaje son 10,0% y los que están en Desacuerdo

son 1, que en porcentaje son 5,0% del total, debido a que las personas que pusieron totalmente de Acuerdo es porque en la misericordia encontraron respiro para ver que sus pecados no quedan ahí no más sino que Dios en Jesucristo lo puede perdonar. A los que respondieron De Acuerdo sigue la línea de los de Totalmente de Acuerdo. Los que respondieron Indiferente es porque los fieles no se acercan al sacramento de la confesión y menos aún no se acercan a la Iglesia y participar en ella. Por último, los que pusieron En Desacuerdo es porque aquellos fieles ignoran a Dios y quieren vivir en el pecado, porque estando con Dios (dicen ellos) trae consigo obligaciones.

Gráfico 3.



Fuente: Pecado

Responsable: Ronald Ramos Reyes

Tabla 5

II Dimensión: Conversión

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
	Totalmente de acuerdo	11	45,8	55,0	55,0
Válido	De acuerdo	9	37,5	45,0	100,0
	Total	20	83,3	100,0	
Perdidos	Sistema	4	16,7		
	Total	24	100,0		

Fuente: Conversión

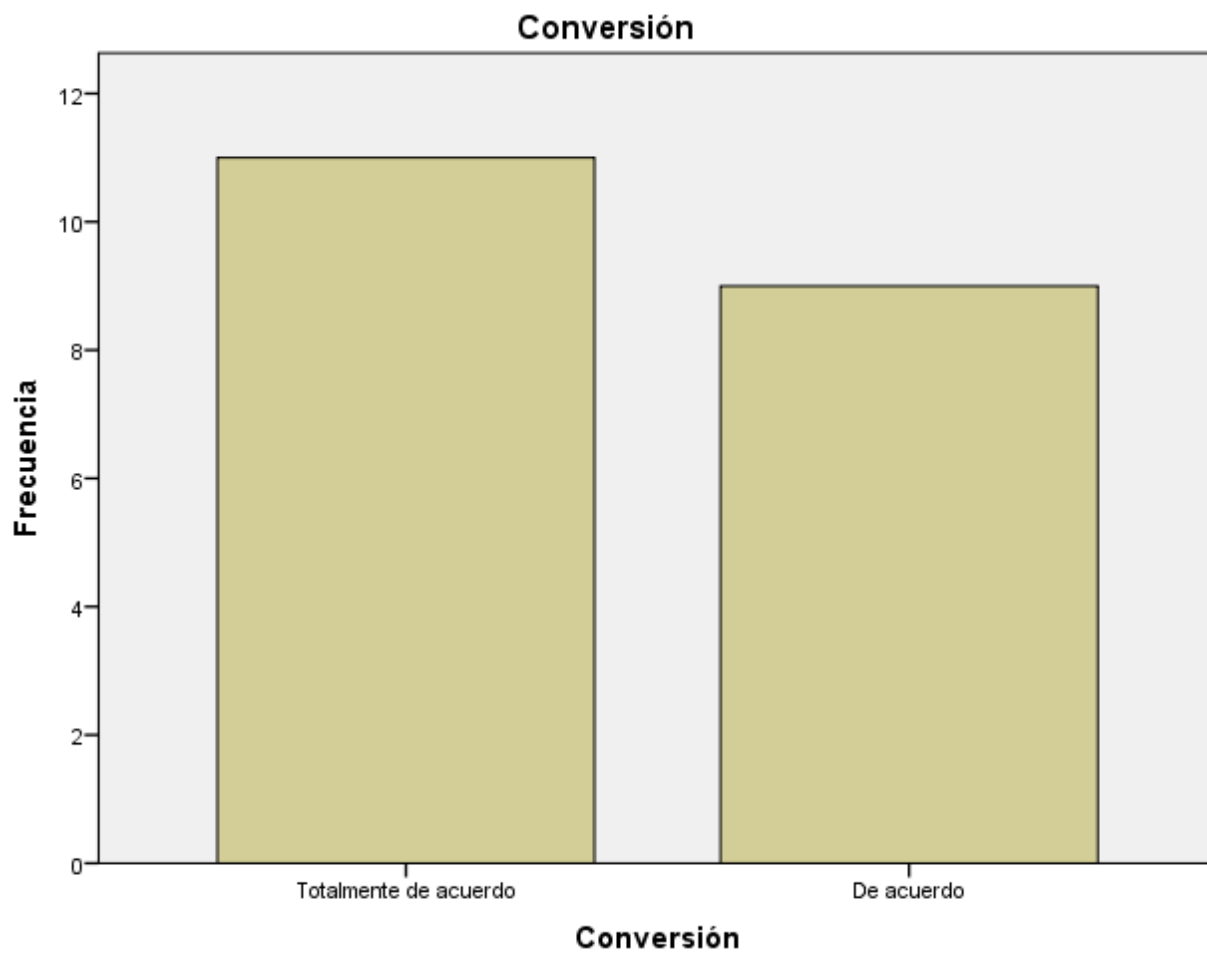
Responsable: Ronald Ramos Reyes

Análisis e interpretación.

En la tabla 5 gráfico 4 en relación con la segunda dimensión que es la conversión, respondieron totalmente de acuerdo 11 que equivale al 55,0%, los que respondieron De acuerdo son 9 que equivale a 45,0% del total, debido a que los fieles que respondieron Totalmente de Acuerdo son aquellos fieles que experimentaron la misericordia de Dios y se convirtieron al Señor, un cambio radical de mente y corazón, esto es llamado (*metanoia*), los que respondieron De acuerdo también

fueron personas que fueron tocadas por Dios y experimentaron la conversión. Ambas posturas son buenas ya que los fieles se acercaron a Dios, a la iglesia, y de esa manera se están santificando.

Gráfico 4



Fuente: Conversión

Responsable: Ronald Ramos Reyes.

Tabla 6

III Dimensión: Perdón

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Totalmente de acuerdo		10	41,7	50,0	50,0
Válido	De acuerdo	9	37,5	45,0	95,0
	Indiferente	1	4,2	5,0	100,0
Total		20	83,3	100,0	
Perdido	Sistema	4	16,7		
Total		24	100,0		

Fuente: Perdón

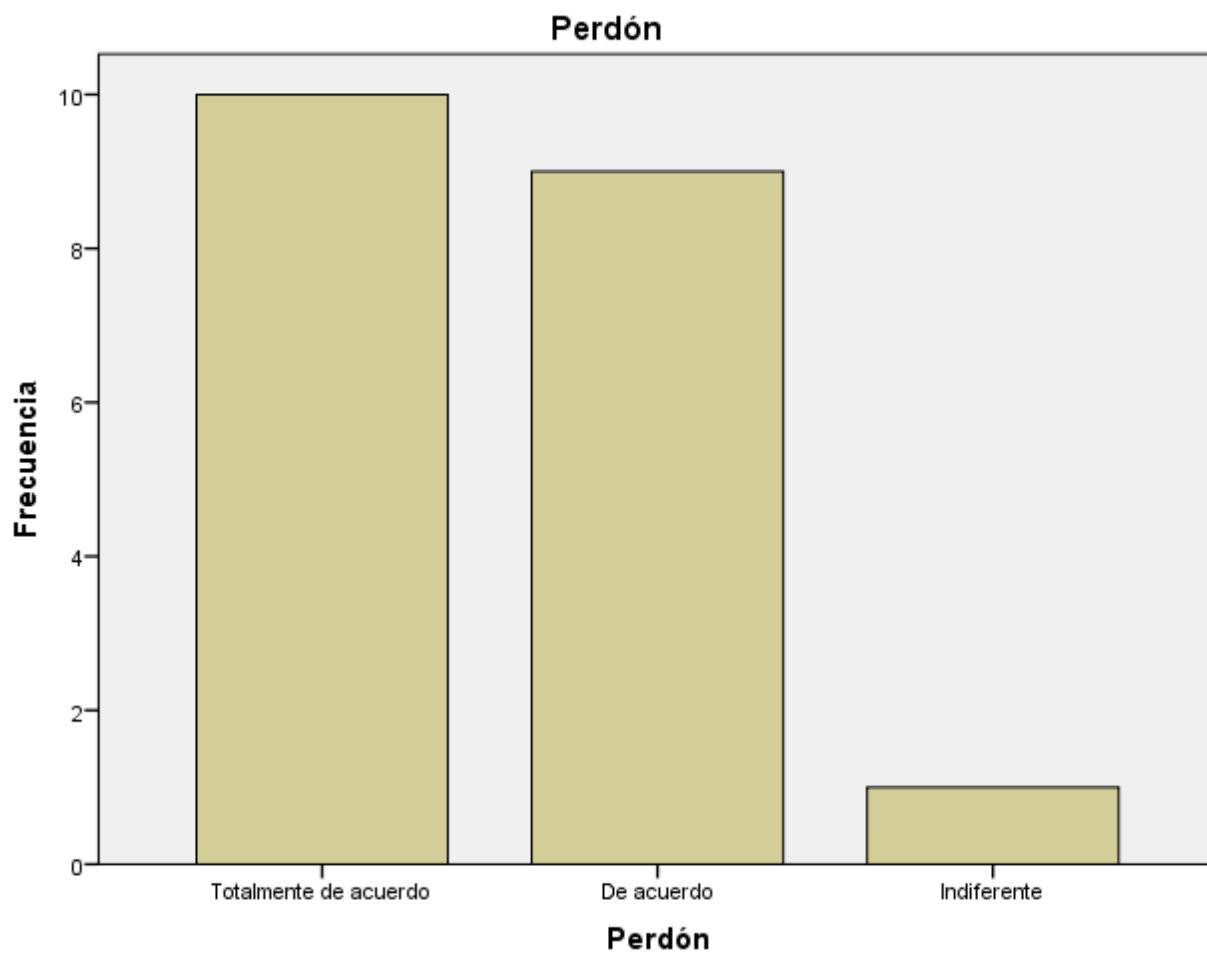
Responsable: Ronald Ramos Reyes.

Análisis e interpretación.

En la tabla 6 grafico 5, en relación con la tercera dimensión que es el perdón, respondieron totalmente de acuerdo 10 que equivale a 50,0%, los De acuerdo son 9 que equivale a 45,0%, y por último Indiferente son 1 que equivale a 5,0% del total debido a que los fieles que respondieron Totalmente de Acuerdo son aquellas personas que al pedir perdón a Dios ellos sintieron el perdón de Dios, y esto les ayudó a que ellos también perdonaran a su prójimo, esto de igual manera sucede

con los De acuerdo. Los de Indiferente son los fieles que no se acercan a la Iglesia, no se acercan a la confesión, no piden ayuda a un sacerdote, y es por eso que no se sienten perdonados por Dios, y por lo tanto ellos no perdonan, porque no han experimentado el perdón de Dios.

Gráfico 5



Fuente: Perdón

Responsable: Ronald Ramos Reyes

Tabla 7

IV Dimensión: Gracia

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Válido	Totalmente de acuerdo	9	37,5	45,0	45,0
	De acuerdo	11	45,8	55,0	100,0
	Total	20	83,3	100,0	
Perdidos	Sistema	4	16,7		
	Total	24	100,0		

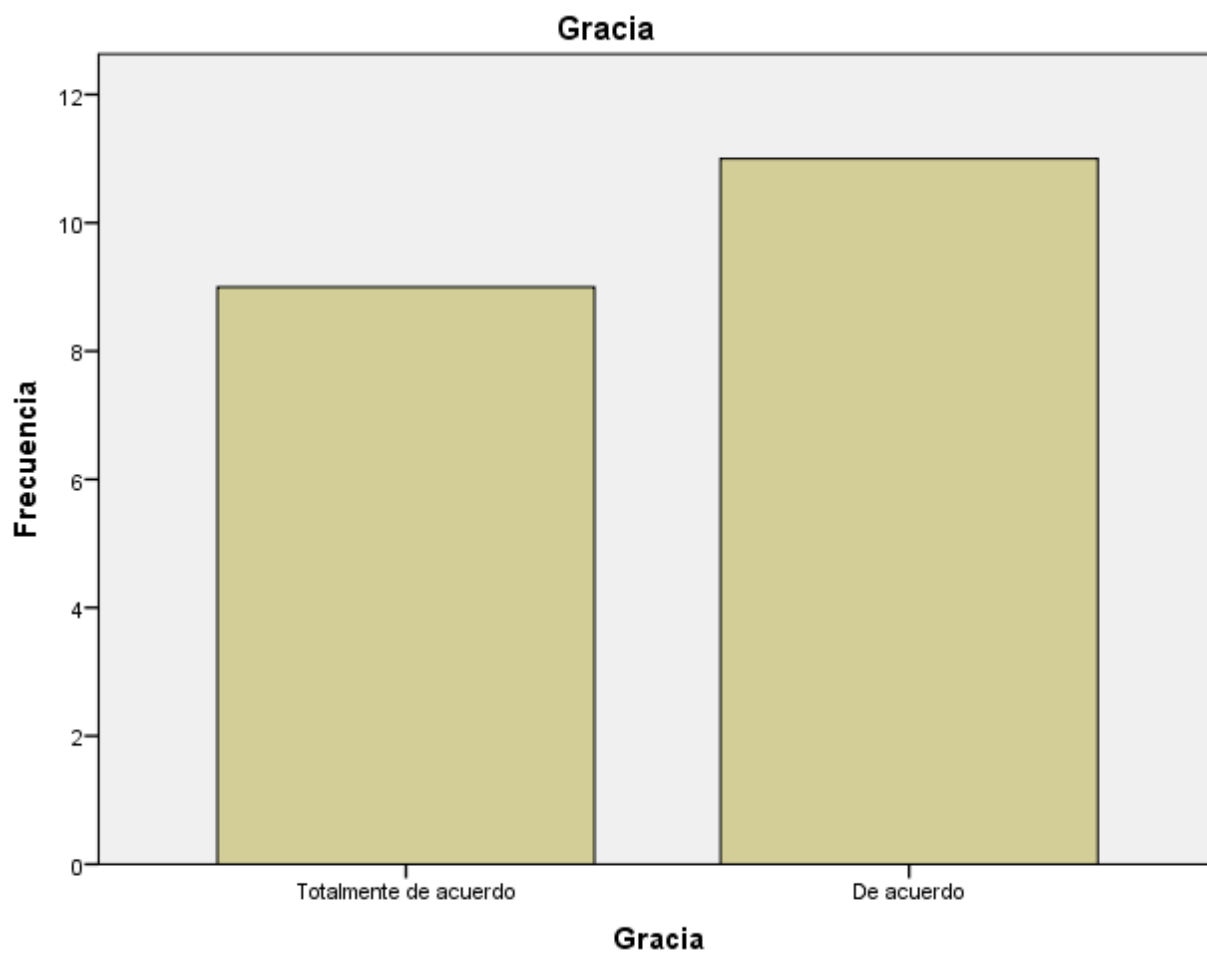
Fuente: Gracia

Responsable: Ronald Ramos Reyes

Análisis e interpretación.

En la tabla 7 gráfico 6, en relación con la cuarta dimensión que es la Gracia, respondieron Totalmente de acuerdo 9 que equivale a 45,0%, los De acuerdo son 11 que equivale a 55,0% del total, debido a que los fieles que marcaron Totalmente de acuerdo son aquellas personas que reciben la gracia de Dios mediante el sacramento de la Reconciliación y por ende son perdonados por Dios. Los fieles que marcaron De acuerdo son aquellas personas que también han experimentado la misericordia de Dios sea en la confesión o en la participación en la Iglesia.

Gráfico 6



Fuente: Gracia

Responsable: Ronald Ramos Reyes

Tabla 8

V Dimensión: Profesión de la fe, lo que creemos

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
	Totalmente de acuerdo	3	12,5	15,0	15,0
Válido	De acuerdo	8	33,3	40,0	55,0
	Indiferente	9	37,5	45,0	100,0
	Total	20	83,3	100,0	
Perdidos	Sistema	4	16,7		
	Total	24	100,0		

Fuente: Profesión de fe, lo que creemos.

Responsable: Ronald Ramos Reyes.

Análisis e interpretación.

En la tabla 8, grafico7 en relación con la quinta dimensión que es Profesión de fe, lo que creemos, respondieron Totalmente de acuerdo 3 que equivale a 15,0%, así mismo lo que marcaron De acuerdo que son 8 equivale a 40,0%, y los que respondieron Indiferente son 9 que equivale a 45,0% del total, debido a que los que respondieron Totalmente de acuerdo son los fieles que

profesan la fe no sólo estando en la Iglesia, como en la misa por ejemplo, sino también profesan su fe estando en los lugares donde siempre uno se desenvuelve, es decir: en la familia, el trabajo, los amigos, etc. Los que marcaron De acuerdo son los fieles que creen en todo lo que les propone la Iglesia y en consecuencia viven como tal, dando frutos de una buena creencia. Y por último, lo que respondieron Indiferente son aquellos fieles que no expresan su fe de manera plena, como asistiendo a misa los domingos o no participando activamente en la parroquia y no recibir una adecuada formación cristiana y moral, por tanto al no recibir estas perlas de la Iglesia el fiel poco a poco su fe se va debilitando hasta que llega a creer que Dios no existe, esta es una de las consecuencias de porqué es importante formarse en la Iglesia católica.

Gráfico 7.



Fuente: Profesión de la fe, lo que creemos.

Responsable: Ronald Ramos Reyes

Tabla 9

VI Dimensión: la celebración del misterio cristiano

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Válido	Totalmente de acuerdo	2	8,3	10,0	10,0
	De acuerdo	8	33,3	40,0	50,0
	Indiferente	6	25,0	30,0	80,0
	En desacuerdo	3	12,5	15,0	95,0
	Totalmente en desacuerdo	1	4,2	5,0	100,0
	Total	20	83,3	100,0	
Perdidos	Sistema	4	16,7		
	Total	24	100,0		

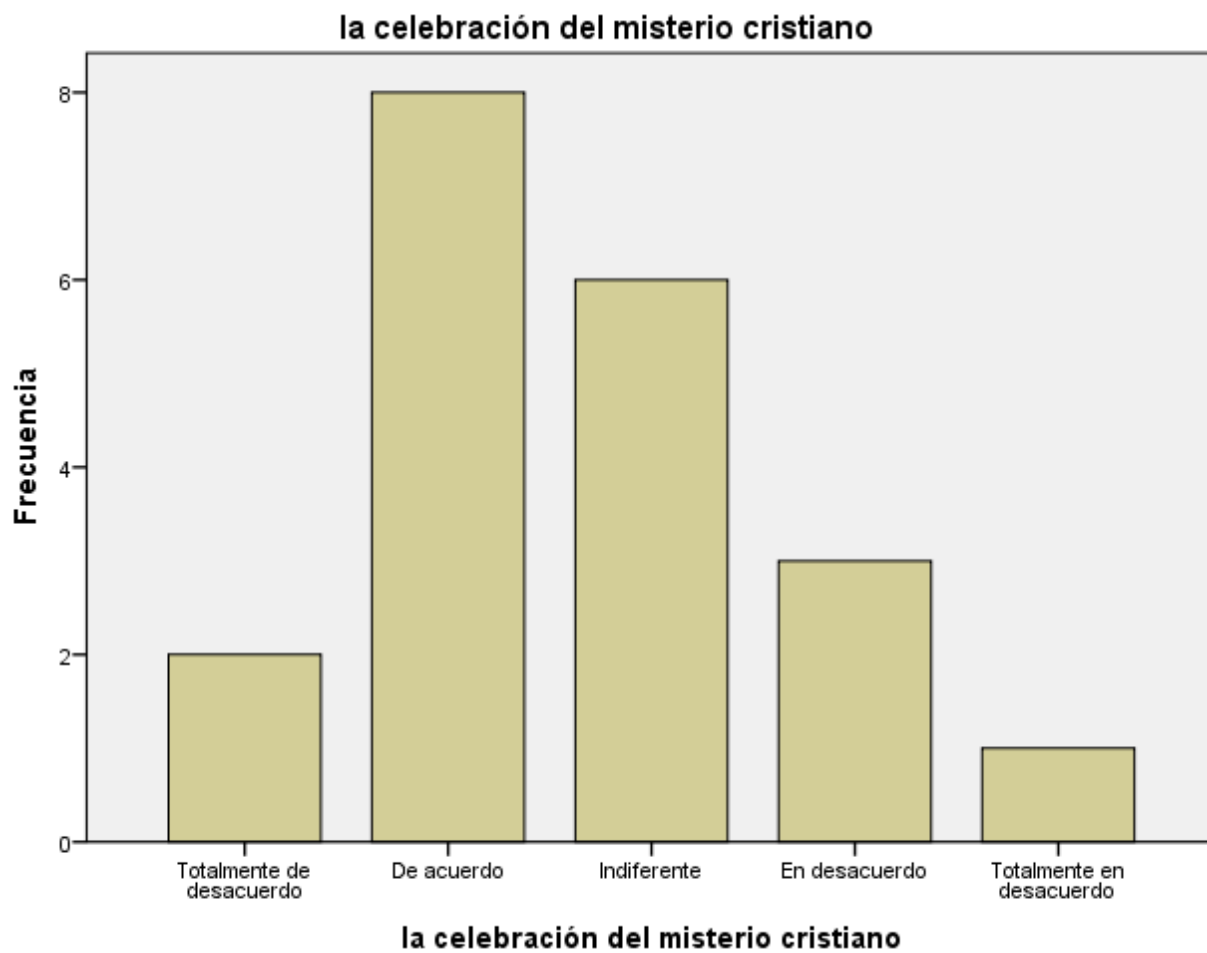
Fuente: La Celebración del misterio cristiano

Responsable: Ronald Ramos Reyes

Análisis e interpretación.

En la tabla 9 grafico 8 en relación con la quinta dimensión que es Profesión de fe, lo que creemos, respondieron Totalmente de acuerdo 2 que equivale a 10%, los De acuerdo 8 que equivale a 40%, los de Indiferente son 6 que equivale a 30%, En desacuerdo son 3 que equivale a 15%, y los que respondieron Totalmente de acuerdo es 1 que equivale a 5,0%. En total debido a que las personas que marcaron Totalmente de acuerdo son debido a que profesan su fe asistiendo los domingos a misa y es más también van los días de semana, es por eso que le es más fácil profesar su fe ya que diariamente se alimentan de la Eucaristía y son formados por la palabra de Dios. Los fieles que marcaron De acuerdo son aquellas personas que asistiendo misa también le son fáciles profesar su fe ante la sociedad. Los de Indiferente son aquellas personas que no les preocupa si profesan la fe o no en la celebración eucarística. En desacuerdo se debe a que las personas piensan que en la celebración litúrgica de la Iglesia no se da un efecto directo de la gracia de Dios y por lo tanto no asisten. Los de Totalmente en desacuerdo son aquellas personas que no les importa nada sobre la iglesia y mucho menos sobre los que celebramos los domingos que es la triunfante resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Gráfico 8



Fuente: La Celebración del misterio cristiano

Responsable: Ronald Ramos Reyes

Tabla 10

VII Dimensión: la vida en cristo

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
	Totalmente de acuerdo	6	25,0	30,0	30,0
Válido	De acuerdo	4	16,7	20,0	50,0
	Indiferente	10	41,7	50,0	100,0
	Total	20	83,3	100,0	
Perdidos	Sistema	4	16,7		
	Total	24	100,0		

Fuente: La Vida en Cristo

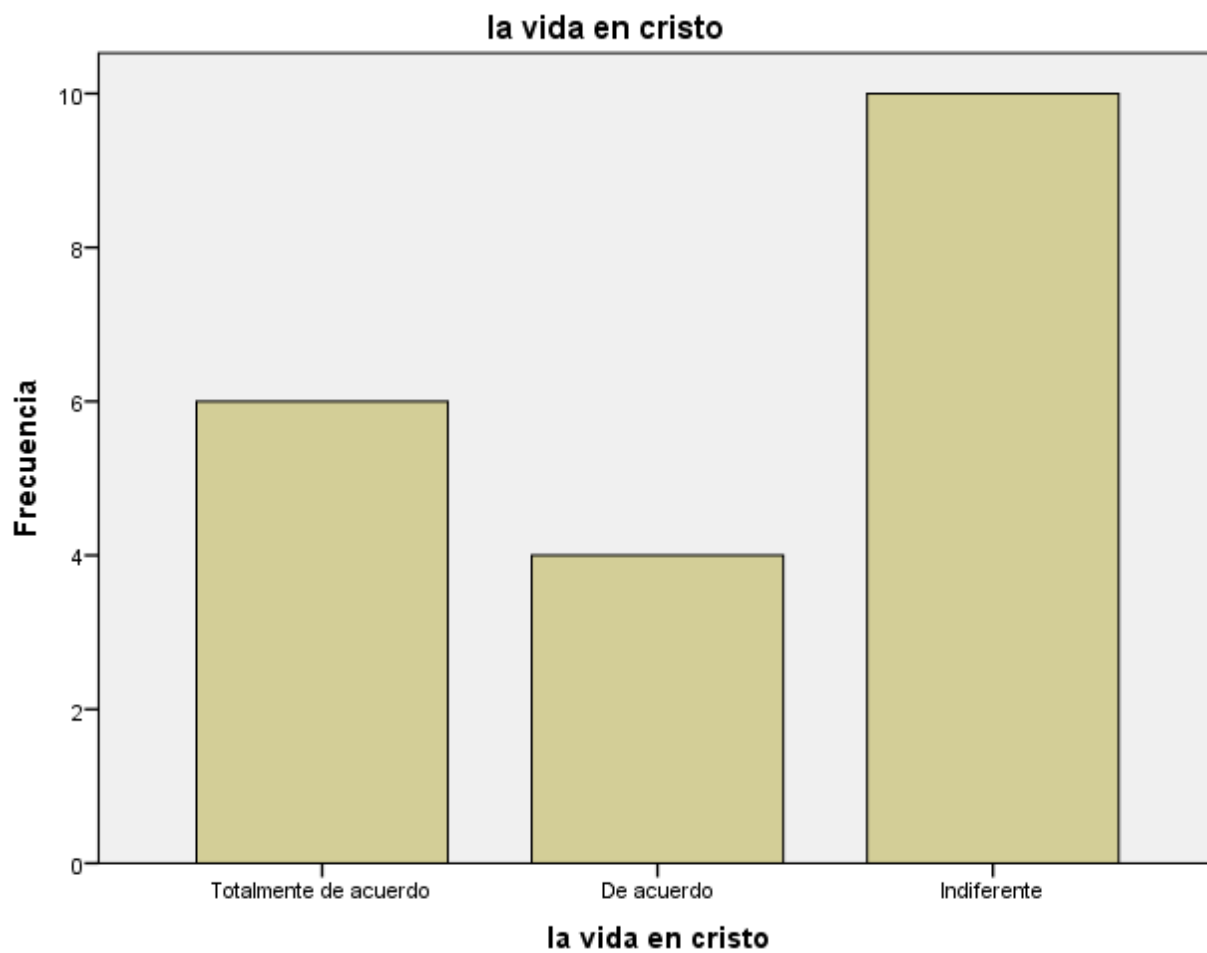
Responsable: Ronald Ramos Reyes

Análisis e interpretación.

En la tabla 10 grafico 9 en relación con la sexta dimensión que es la celebración del misterio cristiano, respondieron Totalmente de acuerdo 6 que equivale a 30,0%, los De acuerdo son 4 que equivale a 20,0%, los que respondieron Indiferente son 10 que equivale a 50,0%, del total debido a que los fieles que marcaron Totalmente de acuerdo son aquellos fieles que experimentan que

cuando reciben diariamente de los sacramentos, en especial la Eucaristía son configurados con Cristo, los que respondieron De acuerdo son porque los fieles siempre acuden a la Eucaristía en momento de dificultad, de problemas, y en donde sienten consuelo y protección. Los que marcaron Indiferente son aquellos fieles que aun viendo los sacramentos no acuden a ellos, debido al miedo o al qué dirán de la gente.

Gráfico 9



Fuente: La vida en Cristo

Responsable: Ronald Ramos Reyes

Tabla 11

VIII Dimensión: la oración cristiana

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Válido	Totalmente de acuerdo	10	41,7	50,0	50,0
	De acuerdo	10	41,7	50,0	100,0
	Total	20	83,3	100,0	
Perdidos	Sistema	4	16,7		
	Total	24	100,0		

Fuente: La oración cristiana

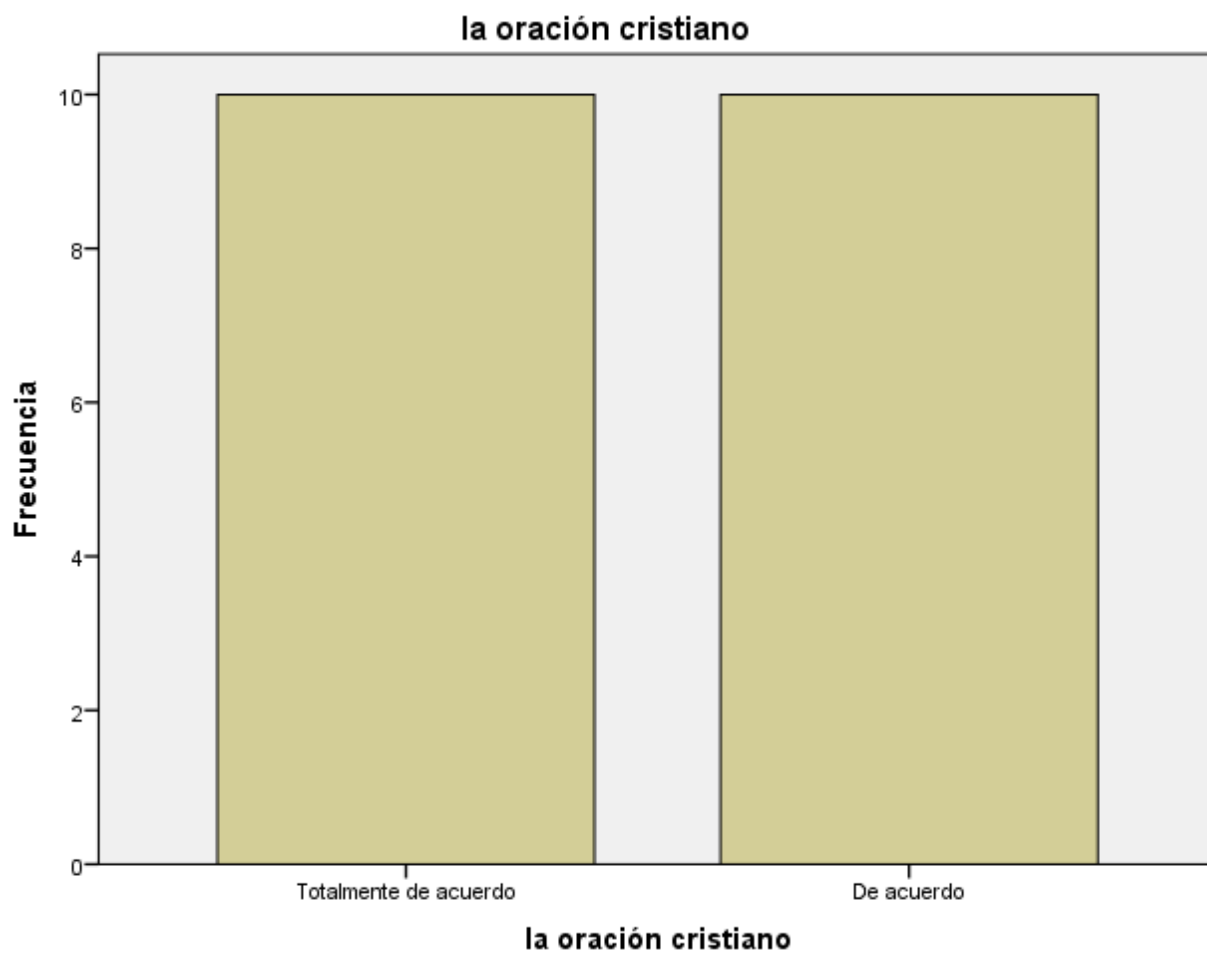
Responsable: Ronald Ramos Reyes

Análisis e interpretación.

En la tabla 11 grafico 10 en relación con la séptima dimensión que es la oración cristiana, respondieron Totalmente de acuerdo 10 que equivale al 50,0%, los que marcaron De acuerdo son 10 que equivale al 50,0% del total debido a que los fieles que respondieron Totalmente de acuerdo sienten que cuando hacen oración se están uniendo más a Dios, y por eso lo hacen con gran entusiasmo. Los que marcaron De acuerdo son aquellos fieles que viendo que la oración es una

práctica religiosa muy importante y valiosa porque viene ya testimoniado por la Sagrada Escritura y por los padres de la iglesia.

Gráfico 10.



Fuente: La oración cristiana

Responsable: Ronald Ramos Reyes.

4.3 Conclusiones.

Tras finalizar la siguiente investigación, los resultados obtenidos son muy relevantes, puesto que nos ayudan a visualizar la situación en que esta el sacramento de la misericordia en la actualidad.

Conclusión general:

La misericordia de Dios afecta grandemente en la formación cristiana de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete, porque ayuda en su formación cristiana y de esa manera conociendo se liberan del pecado ya que el pecado es la ignorancia de Dios. De esta manera viviendo en gracia y con Cristo tenemos una conversión radical dejando el hombre viejo y revestirnos del hombre nuevo como dice San Pablo. Pero como hombres que somos, débiles, siempre necesitaremos del sacramento de la misericordia para presenciar el perdón de Dios, y de esta manera estar en gracia de Dios, vivir con Dios. Estando *Cristificados* podemos profesar nuestra fe ante el prójimo sin vacilaciones, y alimentándonos siempre de su cuerpo y de su sangre en la celebración del misterio cristiano para tener fuerzas para anunciar a Cristo, ya que nosotros tenemos la vida en Cristo, como dirá San Pablo en Filipenses 3:7-9.

Conclusiones específicas:

Aceptan a Dios para librarse del pecado e iluminar las ideas y decisiones teniendo una actitud de humildad, entendiendo que Dios es infinitamente perfecto y que nosotros somos criaturas de Él, y por tanto encuentran respiro porque ven que sus pecados son perdonados por Dios en Cristo.

Es posible la conversión, en un cambiar de vida, teniendo un estudio serio de la conversión, así como también frecuentar el sacramento de la misericordia para pedir perdón y recibir su bendición,

en un cambio radical de mente y corazón, esto es llamado (*metanoia*). No solo un conocer sino también un hacer, convertirse de verdad para configurarse con Cristo.

Es posible el perdón, para una mirada más cristiana mediante un pedir perdón a Dios en el sacramento de la confesión, ya que los fieles de la parroquia por la asistencia al sacramento de la misericordia y su participación activa en la parroquia han reflexionado sobre el perdón poniendo una visión más positiva en el cristianismo, y por ello las personas se han sentido perdonadas y esto les ayudó a que ellos también perdonaran a su prójimo.

La actitud ante la gracia de Dios que reciben en la confesión es grande, ya que conciben, demuestran y reciben como un Don la gracia que en el sacramento de la penitencia se da.

Fue un trabajo arduo, pero que hemos aprendido mucho, todo lo conocido hasta entonces es un valor único que hay que agradecer, primero a Dios y luego a todos aquellos que nos han enseñado.

Una enseñanza que desconozca o que ponga al margen la dimensión moral y religiosa de la persona sería una educación incompleta, en este sentido, para la Iglesia, la educación religiosa escolarizada es un servicio que presta a la sociedad en cooperación con el Estado y la escuela. Ella tiene como finalidad a que el estudiante descubra el sentido de su vida, el proyecto de Dios para la humanidad, a través del descubrimiento y conocimiento de Cristo que nos invita a formar parte de su cuerpo, que es la Iglesia, que ayude a construir una sociedad justa y fraterna con el diálogo entre fe y ciencia, entre fe y cultura.

Es real, que la crisis educativa, también alcanza al Área de Educación Religiosa; algunos de los indicadores que nos permiten detectarla son: el uso inadecuado del programa curricular de religión al orientarlo básicamente a formar en conocimiento teóricos de la doctrina, a "enseñar" valores humanos y no vivencia las virtudes cristianas; el bajo desempeño y capacitación de

los docentes de religión; la ausencia de materiales educativos, la pobre relación de la escuela con la parroquia o iglesia, y otras instituciones de la comunidad.

El cristianismo no puede ser relegado al mundo del mito o de la emoción, sino que debe ser respetado por su anhelo de ofrecer luz sobre la verdad del hombre, de ser capaz de transformar espiritualmente a la humanidad y, por tanto, de permitirles realizar su propia vocación en el transcurso de la historia.

4.4 Recomendaciones.

Se obtuvo un resultado óptimo en el estudio de este tema. Siempre enfocado en la misericordia de Dios y su relación con la criatura humana. Se logró conseguir los objetivos tratados en este tema, que es principalmente ver que la misericordia de Dios está operante, está presente en la Iglesia de Dios y es por ello que cuando los fieles fueron encuestados respondieron casi unánimemente que sí experimentan la misericordia de Dios.

En primer lugar, falta una evangelización del sacramento de la penitencia para que muchas personas lo conozcan y se acerquen a experimentar el perdón de Dios, ya que en la actualidad muchas personas no lo conocen, y si lo conocen, no lo valoran ya que no le han hablado de tal sacramento. Pero antes de todo esto, evangelizar en primer lugar para que se acerquen a la Iglesia, lo conozcan y deje atrás esa concepción negativa de la Iglesia y vea que la Iglesia está presente Cristo y que por medio de sus sacramentos se transmite el poder salvador de Jesús ganado una vez para siempre en beneficio nuestro, como nos dice Juan José Pérez Soba: El perdón ofrecido por Dios permanece vivo en la historia de los hombres, nadie se puede considerar ajeno al mismo, todo encuentro con Cristo va a tener esa señal del perdón como una de sus dimensiones. (la confesión, evento de misericordia, p. 9).

III. ASPECTOS COMPLEMENTARIOS.

BIBLIOGRAFÍA.

- Aquino, S. T. (1485). *Summa theologiae*. Napoles: Ciudad nueva.
- Francisco, P. (2016). *El nombre de Dios es misericordia*. Vaticano: Palabra.
- II, c. v. (1962). *Dei Verbum*. Del Vaticano: Paulinas.
- II, c. v. (1962-1965). Vaticano: palabra.
- II, J. P. (1990). *Código de los cánones de las Iglesias orientales*. Vaticano: Palabra.
- II, J. P. (2004). *Directorio pra el ministerio pastoral de los obispos*. Vaticano: Palabra.
- II, J. P. (1999). *Ecclesia in Asia*. Vaticano: Palabra.
- II, J. P. (1984). *Reconciliatio et paenitentiae*. Vaticano: Palabra.
- II, J. P. (1980). *Dives in misericordia*. Vaticano: Palabra.
- II, J. P. (1979). *Redemptor hominis*. Vaticano: Palabra.
- II, J. P. (1979). *Sapientia christiana*. Vaticano: Palabra.
- II, c. v. (1965). *Dei Verbum*. Vaticano: Palabra.
- Agustín, S. (354). *De Civitate Dei*. Tagaste: mundo.
- Agustín, S. (426 dc). *De Trinitate*. Hipona: Planeta.
- Francisco. (2016). *Misericordia et misera*. Vaticano: Ciudad nueva.
- II, c. v. (1965). *Lumen gentium*. Vaticano: Palabra.
- II, c. v. (1983). *Código de derecho canonico*. Vaticano II: Planeta.
- II, c. v. (1965). *Gaudium et spes*. Vaticano: Palabra.
- Navarra, U. d. (1969). *Scriptura theologica*. España: Palabra.
- Romana, T. I. (siglo VI). *Exultet*. Roma: el universo.
- Tornielli. (2016). *El nombre de Dios es misericordia*. Vaticano: Planeta.
- VI, P. (1971). *Cor unum*. Vaticano: Palabra.
- VI, P. (1975). *Evangelii nuntiandi*. Vaticano: San Pablo.

VI, P. (1965). *Gravisimus educationis*. Roma: San Pablo.

Ximenes, J. (2014). *Libres de Escoger*. España: palabra.

XVI, B. (2005). *Deus caritas est*. Vaticano: Palabra.

II, J. P. (1992). *Catecismo de la Iglesia católica*. Vaticano: San Pablo.

Aranda, A. (2012). *Renovación de la Iglesia y nueva evangelización*. Pamplona: Pamplona.

Bouyer, L. (1977). *Diccionario de Teología*. Barcelona: Herder.

Rossi, T. (2003). *Diccionario teológico enciclopédico*. Pamplona: Verbo Divino.

Eicher, P. (1989). *Diccionario de conceptos teológicos*. Barcelona: Herder.

Cesar Izquierdo, J. B. (2007). *Diccionario de Teología* (2ª edición ed.). Pamplona: Eunsa.

Perez-Soba, J.J. (2016). *La confesión, evento de misericordia*. Madrid: BAC.

Nelson, W. M. (1974). *Diccionario ilustrado de la biblia*. Mexico: Caribe.

ANEXOS

Validación de Instrumentos

Carta de presentación

Sr.Pbro. Arnaldo Alvarado Saldaña

Presente: Validación de instrumentos a través de juicio de expertos

Me es muy grato dirigirme a usted para expresarle mis saludos y así mismo, hacer de su conocimiento que siendo estudiante de la carrera de educación religiosa en el IESPP "SAN JOSÉ", de San Vicente de Cañete promoción "Santo Cura de Ars", aula única, requiero validar los instrumentos con los cuales se recogerá la información necesaria para poder desarrollar la presente investigación y con la cual se optará el título de profesor de educación religiosa.

El título del proyecto de investigación es:

Influencia de la misericordia de Dios en la formación cristiana de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete.

Y, siendo imprescindible contar con la aprobación de docentes especializados para poder aplicar los instrumentos en mención, se ha conveniente recurrir a usted, ante su connotada experiencia en temas de gestión pública y/o investigación.

El expediente de validación, que le hacemos llegar contiene:

- Definiciones conceptuales de las variables y dimensiones
- Matriz de operacionalización de las variables.
- Certificado de validez de contenido de los instrumentos.

Expresandome nuestros sentimientos de respeto y consideración nos despedimos de usted, no sin antes agradecerle por la atención que dispense a la presente.

Atentamente.

Ronald Ramos Reyes

D.N.I: 73067315

DIMENSIONES CONCEPTUALES DE LAS VARIABLES Y DIMENSIONES.

Variable independiente:

La misericordia

Definición conceptual

Aspecto compasivo del amor hacia el ser que está en desgracia, o que por su condición espiritual no merece ningún favor. La misericordia y la gracia son actitudes y disposiciones muy semejantes en Dios; mientras que la primera trata al hombre como un ser miserable, la segunda lo toma como culpable. En la Biblia se destaca la misericordia de Dios como una disposición suya que beneficia al hombre pecador. En su ministerio público Jesucristo mostró misericordia para con los enfermos, los necesitados y los desprovistos de atención espiritual (Mt. 9:36). (Diccionario ilustrado de la Biblia. P. 426).

Dimensiones:

Pecado

Pecado es propiamente la oposición o aversión de la voluntad del hombre con relación a la voluntad de Dios. El pecado se configura de manera peculiar, como un acto humano, estructuralmente desordenado, que tiene, por consiguiente, una cualificación moral negativa, el aspecto desordenado expresa tanto la voluntariedad y la intención del acto humano como el carácter objetivo de la

realidad que constituye el objeto de dicho acto, calificándolo como desorden (Diccionario de teología, p. 522. Diccionario teológico enciclopédico, p. 750).

Conversión

La conversión (hebreo. *Tesubah*, gr, *metanoia*, lat. *Conversio*, *poenitentia*) es propiamente el retorno a Dios, una continua renovación del espíritu. De manera especial es el alejamiento de la idolatría, que es el estado más alejado y más contrario a Dios y fuente de otros pecados. El sujeto de la conversión es la persona, ya que sólo la persona es capaz de una determinación libre por el bien. El contenido de la conversión es también una persona: Cristo. Nos convertimos creyendo en el Evangelio, acogiendo a Jesucristo en cuanto que es Hijo del hombre (Dn) y siervo de Yahveh (Is), (Diccionario teológico enciclopédico, p .190).

Perdón

El perdón es propiamente el acto por el cual el que ha sufrido un daño dispensa al que es su autor responsable. Toda la Biblia, y en especial en Nuevo Testamento, pone de relieve la generosidad especialísima del perdón de Dios que no sólo no exige ninguna reparación anterior por parte del culpable para restablecerlo en su amistad, sino que toma sobre sí la misma obra reparadora, de manera que el pecador es efectivamente restaurado en esta amistad y filiación a las que Dios le destinaba (Diccionario de teología, p. 534).

Gracia

El término gracia, designa en general, todavía en nuestro uso actual, la benevolencia, el favor que se da gratuitamente, lo contrario a los que es debido (Diccionario de teología, p. 426). Gracia es la vuelta inmerecida, inexpresada, incomprensible del amor de Dios al hombre que conduce a éste a la salvación en la comunidad de vida con Dios descubriendo la oposición contra Dios como prisión del hombre en sí mismo y superándola a la par que libera (Diccionario de conceptos teológicos, p. 462).

Variable dependiente:

La formación cristiana

Definición conceptual:

Como nos dice la Constitución apostólica “Fidei depositum”: conservar el depósito de la fe es la misión que el Señor confió a su Iglesia y que ella realiza en todo tiempo... de conservar y explicar mejor el depósito precioso de la doctrina cristiana, con el fin de hacerlo más accesible a los fieles de Cristo y a todos los hombres de buena voluntad. Por tanto, la formación cristiana es enseñar el depósito de la fe, enseñar lo que se cree y hacerlo vida (Catecismo de la Iglesia Católica, p. 7).

Dimensiones:**Profesión de fe**

¿Qué es la fe?, la fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él dando al mismo tiempo una luz sobreabundante al hombre que busca el sentido último de su vida. Esto es pues la fe (Catecismo de la Iglesia Católica, p. 23).

La celebración del misterio cristiano

En la celebración del misterio cristiano (liturgia), la Iglesia celebra principalmente el misterio pascual por el que Cristo realizó la obra de nuestra salvación. Es el misterio de Cristo, lo que la Iglesia anuncia y celebra en su liturgia a fin de que los fieles vivan de él y den testimonio del mismo en el mundo (Catecismo de la Iglesia Católica, p. 369).

La vida en Cristo

Los cristianos, reconociendo en la fe su nueva dignidad, son llamados a llevar en adelante una vida digna del Evangelio de Cristo (Flp 1, 27). Por los sacramentos y la oración reciben la gracia de Cristo y los dones de su Espíritu que les capacitan para ello (Catecismo de la Iglesia Católica, p. 580).

La oración cristiana

¿Qué es la oración?, la oración es la elevación del alma a Dios o la petición a Dios de bienes convenientes (SJ Damasceno, f.o.3,34). ¿Desde dónde hablamos cuando oramos? ¿Desde la altura de nuestro orgullo y de nuestra propia voluntad o desde lo más profundo? (Sal 130, 14). (Catecismo de la Iglesia Católica, p.555)

Operacionalización de la variable independiente: La misericordia de Dios

Dimensiones	Indicadores	ítems	Escala de medición	Rango
. Pecado	. Separación con Dios	1		
	. Separación con la Iglesia	2		

	. Separación con los demás	3		
	. Separación con uno mismo.	4		
. Conversión	. Conversión de la mente	5		
	. Conversión del corazón	6		
	. Conversión el obrar	7		
. Perdón	. Solo Dios perdona	8		
	. Bautismo	9		
	. Penitencia	10		
. Gracia	. Gracia habitual	11		
	Gracia santificante	12		

Variable dependiente: La formación cristiana.

Dimensiones	Indicadores	Ítems	Escala de medición	Rango

. Profesión de fe, lo que creemos	. Creo- creemos . La profesión de fe cristiana	13 14		
. La celebración del misterio cristiano	. La economía sacramental . Los siete sacramentos	15 16		
. La vida en Cristo	. La vocación del hombre: la vida en el Espíritu . Los diez mandamientos	17 18		
. La oración cristiana	. La oración en la vida cristiana . La oración del Señor: Padre Nuestro	19 20		

Certificado de evaluación de la variable: Influencia de la misericordia de Dios en la formación cristiana de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete.

N°	Ítems	Pertinencia		Relevancia		Claridad		Sugerencias
1	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para que no se separen de Dios?							
2	¿Cómo influye la misericordia de Dios en los fieles para que no se separen con la Iglesia?							
3	¿Cómo determina la misericordia de Dios en los fieles para que no se separen entre ellos?							
4	¿Cómo influye la misericordia de Dios en los fieles para que no se separen consigo mismo?							
5	¿Cómo influye la misericordia de Dios, para la conversión de la mente de los fieles?							
6	¿Cómo influye la misericordia de Dios para la conversión del corazón de los fieles?							

7	¿Cómo determina la misericordia de Dios en la conversión del obrar de los fieles?							
8	¿Cómo influye la misericordia de Dios, para reconocer que sólo Dios perdona?							
9	¿Cómo influye la misericordia de Dios para reconocer que el bautismo es el primer paso para el perdón de Dios?							
10	¿Cómo afecta la misericordia de Dios, para la formación y práctica de la penitencia?							
11	¿Cómo influye la misericordia de Dios para mantener la gracia habitual de los fieles?							
12	¿Cómo influye la misericordia de Dios para que tengan la gracia santificante de los fieles?							
13	¿Cómo influye la misericordia de Dios para la credibilidad de los fieles en su fe?							

14	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para profesar la fe de los fieles?							
15	¿Cómo influye la misericordia de Dios para la economía sacramental?							
16	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para la práctica de los 7 sacramentos?							
17	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para reconocer la vocación del hombre?							
18	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para la práctica de los diez mandamientos?							
19	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para tener una vida de oración interna?							
20	¿Cómo influye la misericordia de Dios para rezar con más piedad la oración del Padre Nuestro?							

Opinión de aplicabilidad: Aplicable [] Aplicable después de corregir [*] No aplicable []

Apellidos y nombres del juez validador. Pbro.: Arnaldo Alvarado DNI: 41176857

Especialidad del validador.....

10 de junio del 2017

1. Pertinencia: El ítem corresponde al concepto Teórico formulado.
2. Relevancia: El ítem es apropiado para representar al componente o dimensión específica del constructo.
3. Claridad: Se entiende sin dificultad alguna el Enunciado del ítem, es conciso, exacta y directo

Nota: Suficiencia, se dice suficiencia cuando los ítems

Planteados son suficientes para medir la dimensión.

Firma del experto informante

Instrumento

Cuestionario

Muy estimados fieles de la parroquia San Vicente de Cañete:

Me encuentro realizando un trabajo de investigación y considero que su aporte es muy importante; por lo que le solicito colocar sus apreciaciones a las siguientes proposiciones.

La escala de actitudes Likert, tiene la siguiente alternativa de puntos:

(5) Siempre

(4) Casi siempre

(3) Neutro

(2) Casi nunca

(1) Nunca

Variable: Influencia de la misericordia de Dios en la formación cristiana de los fieles de la parroquia San Vicente de Cañete.

N°	ítems	1	2	3	4	5
1	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para que no se separen de Dios?					

2	¿Cómo influye la misericordia de Dios en los fieles para que no se separen con la Iglesia?					
3	¿Cómo influye la misericordia de Dios en los fieles para que no se separen entre ellos?					
4	¿Cómo influye la misericordia de Dios en los fieles para que no se separen consigo mismo?					
5	¿Cómo influye la misericordia de Dios, para la conversión de la mente de los fieles?					
6	¿Cómo influye la misericordia de Dios para la conversión del corazón de los fieles?					
7	¿Cómo determina la misericordia de Dios en la conversión del obrar de los fieles?					
8	¿Cómo influye la misericordia de Dios, para reconocer que sólo Dios perdona?					
9	¿Cómo influye la misericordia de Dios para reconocer que el bautismo es el primer paso para el perdón de Dios?					
10	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para la formación y práctica de la penitencia?					
11	¿Cómo influye la misericordia de Dios para mantener la gracia habitual de los fieles?					
12	¿Cómo influye la misericordia de Dios para que tengan la gracia santificante de los fieles?					

13	¿Cómo influye la misericordia de Dios para la credibilidad de los fieles en su fe?					
14	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para profesar la fe de los fieles?					
15	¿Cómo influye la misericordia de Dios para la economía sacramental?					
16	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para la práctica de los 7 sacramentos?					
17	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para reconocer la vocación del hombre?					
18	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para la práctica de los diez mandamientos?					
19	¿Cómo afecta la misericordia de Dios para tener una vida de oración intensa?					
20	¿Cómo influye la misericordia de Dios para rezar con más piedad la oración del Padre Nuestro?					

Muchas gracias por su colaboración

Ronald Ramos Reyes